

Charlize Clarke

Querido

Lord Blackwood



QUERIDO LORD BLACKWOOD

Charlize Clarke

Bitácora Servicio Editorial Digital

Copyright © 2024 Charlize Clarke

©Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibido, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

© Clarke, Charlize.

Querido Lord Blackwood - Diciembre 2024.

Diseño de portada y diagramación: Carolina Cáceres / Bitácora - Servicios Editoriales.

Ilustración de portada: Milagros Benitez.

bitacoracovers@gmail.com

Teléfono +595 993 542421

A todos aquellos que creen en el poder de las palabras y del amor verdadero, que trasciende el tiempo y las circunstancias.

A mis queridos lectores, cuya pasión por las historias de épocas pasadas mantiene viva la magia de los romances históricos.

“Las palabras son, en mi no tan humilde opinión, nuestra más inagotable fuente de magia, capaces de infringir daño y de remediarlo”.

J.K. ROWLING

PREFACIO

Londres, 1819

Querido Lord Blackwood,

Lo que tu indolencia ha causado en mí es imposible de expresar con simples palabras. Mi pluma tiembla entre mis dedos mientras intento plasmar mis más profundos sentimientos. Lo único real, ahora mismo, es que tu ausencia me impide seguir viviendo.

El verano ha llegado y desde mi ventana puedo ver a las aves disfrutando del tibio abrazo que el sol les obsequia. Sin embargo, aquí, en la soledad de mi habitación, el frío del invierno permanece, congelando mi alma que espera tu regreso. Cada día sin ti es una eternidad de sufrimiento, una tortura que no cesa.

Necesito que tus ojos, brillantes como Sirio, iluminen esta eterna y gélida noche. Sálvame, amor mío. Todo mi ser clama por volver a sentir tus labios sobre los míos, como los campos en plena canícula esperan por la lluvia. El canto matutino de los ruiseñores me recuerda tu voz y me ofrece un consuelo efímero, pero no suficiente para calmar mi tormento.

El abatimiento que domina mi existencia es abrumador. Tu indiferencia hacia los momentos de felicidad que compartimos es como una daga que se entierra con una lentitud insufrible en el centro de mi pecho. Te ruego, mi bienamado, respondas esta misiva. No puedo seguir en este limbo, esperando por ti. No seas cruel, estoy agonizando y merezco la expiación del único pecado que he cometido: amar con locura, transgrediendo las normas de Dios y la sociedad, incluso en perjuicio de mi dignidad.

Mi corazón late con desesperación, sabiendo que llevo en mi vientre la prueba de nuestro amor, una vida que crece mientras mi esperanza se desvanece. Mi padre, en su afán de proteger mi honor, me ha comprometido con un hombre que podría ser mi abuelo. No puedo soportar la idea de un futuro sin ti, de una vida encadenada a alguien que no amo.

Con infinita devoción y amor eterno,
Lady Sophie

1

La luz dorada del sol se filtraba a través de los polvorientos ventanales de la librería. El olor a papel envejecido y tinta fresca se mezclaba en el aire, creando una atmósfera serena y nostálgica. Amelia, la hija del librero, pasaba horas sentada detrás de un viejo escritorio de nogal oscuro, en un rincón especial. Inclined sobre un delicado trozo de papel crema, su pluma parecía deslizarse con la facilidad que solo la práctica y el amor por las palabras ofrecen. El silencio en el que estaba inmersa solo se rompía por el rasgueo suave de su escritura y el sonido tenue del tintero cuando sumergía su pluma para continuar.

La carta que estaba escribiendo no era para ella, por supuesto. Nunca lo eran. Esta vez, era el encargo de una joven tímida que había llegado esa mañana, con las mejillas encendidas y el corazón en la garganta. La había escuchado con paciencia mientras la muchacha tartamudeaba sobre un caballero al que no sabía cómo acercarse, pero cuya sonrisa la desarmaba cada vez que lo veía.

Amelia había escuchado muchas historias de amor como esa, siempre diferentes en los detalles, pero en esencia iguales.

A pesar de todo, jamás dudó en poner su empeño en cada misiva, hacía suyas las emociones de sus clientes, porque creía que en esas cartas no solo se enviaban palabras, sino que también ilusiones y, a veces, de ellas dependían el destino de quién las enviaba y, por supuesto, del que la recibía.

—Mi querido Henry... —murmuró Amelia en voz baja mientras el sonido de la pluma seguía su curso, las palabras brotaron solas, cobrando vida sobre el papel.

El arte de escribir cartas de amor no se limitaba a un simple intercambio de frases afectuosas. Para Amelia, cada palabra debía tener el peso justo, cada línea debía fluir como un río suave, acariciando el alma de quien la leyera. Su habilidad para plasmar los sentimientos ajenos era conocida, y aunque muchos acudían a ella por cartas de amor, también recibía encargos de rompimientos, reconciliaciones, incluso mensajes de despedida.

Un golpe suave en la puerta de la tienda la desconcentró. Levantó la vista, apartando un mechón rebelde de cabello oscuro que había caído sobre su frente. Vio a su padre, el dueño de la librería, un hombre de mirada amable y de manos cansadas por años de trabajo, saludando a un cliente con una sonrisa. Los estantes crujieron cuando el hombre se movió por los estrechos pasillos, buscando una nueva historia para llevarse a casa.

Observó la escena por un momento, y una pequeña sonrisa curvó sus labios. La librería, aunque modesta, era su refugio. En ese pequeño espacio lleno de libros y silencio, podía ser simplemente ella, una joven que amaba las palabras y el poder que estas tenían para transformar corazones. Sin embargo, un ligero escalofrío recorrió su columna al recordar la frialdad del nombre, que apareció con demasiada frecuencia. Pero sacudió esos pensamientos. Ahora no era el momento de preocuparse por él. Tenía una carta de amor que terminar, y en sus manos estaba

la posibilidad de que dos almas pudieran encontrarse a través de sus palabras.

Con un suspiro volvió a la carta, su pluma bailaba una vez más sobre el papel. Afuera, el mundo podía ser incierto, pero aquí, en su rincón seguro, Amelia controlaba cada historia que escribía, aunque ninguna de ellas fuera la suya.

El sonido del papel bajo su pluma era un susurro que acompañaba sus pensamientos. Sabía cómo elegir las palabras correctas, aquellas que se filtraban por las grietas más ocultas del corazón, removiendo recuerdos, deseos y esperanzas olvidadas. Sin embargo, en ese preciso momento, mientras firmaba el último encargo, volvió a pensar en lord Blacwood.

«¿Qué tipo de hombre merecía esas súplicas de afecto y lágrimas silenciosas de tantas mujeres?». Era una pregunta que la acosaba cada vez más.

Dejó la pluma en el tintero y se recostó en la silla, observando la pila de cartas que aguardaban ser enviadas. Algunas de ellas seguían el mismo patrón: la mujer anhelante y el hombre distante. Hasta podía escuchar los suspiros de aquellas que le habían confiado sus más íntimos sentimientos, esperando que sus palabras, de alguna manera, volvieran a encender la llama que alguna vez brilló en sus vidas. Pero el hombre era inmune. Las mujeres, sin embargo, continuaban contratándola para llenar páginas con palabras que él nunca contestaría.

El suelo del pequeño estudio se quejó con un suave crujido, y la figura de su padre, con su andar pausado, apareció frente a ella.

—Hija, han dejado un nuevo encargo en la librería. Parece que es urgente.

Su padre había estado enfermo durante algún tiempo, y ella podía verlo en su mirada cansada. Cada vez que lo observaba, se sentía triste al notar cómo la vitalidad de antaño se desvanecía poco a poco.

Sin decir nada, se levantó de la silla y caminó hacia el mostrador, su vestido arrastró el polvo del suelo de madera. La carta esperaba en el mostrador de la librería, el papel elegante, adornado con un sello de cera roja que ya le resultaba demasiado familiar.

Amelia tomó la misiva con manos temblorosas, pero esta vez no era por la prisa de escribir otra carta. Era diferente. Algo en su interior, algo que había permanecido dormido hasta entonces, comenzaba a despertar. Las cartas, los suspiros, el silencio de Lord Blackwood... todo parecía formar parte de un rompecabezas que no podía ignorar.

Rasgó el lacre y desdobló el papel con rapidez. Y leyó en la breve petición un nombre destacado: Lady Marian Haversham. Amelia recordó a la joven con facilidad, una de las mujeres más hermosas que había conocido, pero también una de las más desdichadas.

—Es la tercera carta que escribo para Lady Marian en lo que va del mes —murmuró para sí misma—. ¿Cuántos corazones más habrían sido rotos por el mismo hombre?

—*Llora en silencio mi alma solitaria, excepto cuando esté mi corazón unido al tuyo en celestial alianza de mutuo suspirar y mutuo amor* —recitó Sheldon, su viejo amigo y escritor de novelas góticas, tomándola por sorpresa.

—Sheldon, no le llegas ni a los talones a Lord Byron —dijo Amelia.

—Mi bella Amelia, deja de escribir esas inútiles cartas y dedícate a la novela.

—Cuántas veces te he dicho que no es lo mío, no quiero.

—Tienes un don que muy pocas personas reciben. Llegas a lo más profundo del alma y al leerte haces que sienta...

—Te agradezco —lo interrumpió mirándolo con severidad—, pero creo que lo dices por el aprecio que me tienes, prefiero seguir ayudando a las personas a poner en palabras lo que sus corazones sienten, pero sus bocas no pueden reproducir.

—¿Se vendió algo? —indagó Sheldon mirando al padre de Amelia.

—Nada, hijo —respondió el señor Fairburn—, tienes que tener paciencia, tan solo ayer dejaste tu nueva obra.

—Necesito un té para procesar mi fracaso, iré a preparar, ¿quieren? —preguntó Sheldon.

—No, gracias —dijo Amelia.

Su padre solo negó con la cabeza y fue hasta el mostrador.

Cuando Sheldon desapareció tras la puerta que llevaba a la pequeña cocina, Amelia observó de reojo a su padre. Él estaba sentado tras el mostrador, revisando una vieja cuenta con expresión sombría. La luz, tenue y melancólica, se filtraba a través de las ventanas, llenando la habitación con un aire pesado y reflexivo.

—Padre —dijo ella, armándose de valor mientras se acercaba—, es el aniversario de mamá. Estaba pensando en llevar flores al cementerio. Quizás... podríamos ir juntos.

Él levantó la mirada, sus ojos oscuros reflejaban un cansancio que iba más allá del físico. Por un momento, guardó silencio, como si las palabras pesaran demasiado.

—Amelia, cariño, tu madre no está allí —respondió con voz grave, pero no áspera—. A estas alturas, ni siquiera sus huesos deben estar.

—Pero... es un lugar para recordarla, para honrar su memoria —replicó ella con un tono que oscilaba entre la súplica y la firmeza.

—¿Honrar su memoria en un lugar frío, lleno de piedras y hojas secas? —su voz se endureció ligeramente, pero no era enfado lo que transmitía, sino dolor—. No necesito un cementerio para recordarla. Ella está aquí, en cada rincón de esta librería, en tus cabellos oscuros, tu mirada color miel, en tus gestos y en el sonido de tu risa. No en esa tumba.

Amelia apretó los labios. Las palabras de su padre la golpearon con una verdad que ella no quería admitir.

—Entonces... ¿vendrías a la iglesia? —preguntó con cautela.

El señor Fairburn soltó un suspiro largo y profundo, como si intentara liberar años de amargura acumulada.

—¿Iglesia? —dijo, esbozando una sonrisa amarga a la vez—. Si Dios existiera, tu madre no habría muerto. No hay nada que me haga entrar a ese lugar a implorar a un ser que permitió que

se marchara.

Amelia bajó la mirada, incapaz de refutar lo que su padre dijo.

—Lo lamento —murmuró ella, casi en un susurro.

Él se levantó del mostrador y le puso una mano cálida en el hombro.

—No tienes nada que sentir, mi niña. Ve al cementerio si eso te da consuelo. Llévale flores. Pero yo... yo prefiero recordarla en vida, aquí, entre los libros que tanto amaba.

Amelia se acercó con los ojos brillantes y el corazón apesadumbrado. Lo comprendía.

—Sheldon se quedará a ayudarte con la librería, no voy a tardar, serán solo un par de horas —dijo Amelia.

—Todavía puedo cuidar de mí, no soy un viejo inútil —respondió su padre—. Espero morir antes de convertirme en una carga.

Amelia ignoró la última parte del comentario de su padre.

—Estaré más tranquila si tienes compañía —rebatía Amelia, y lo miró con ternura.

—Está bien, si eso te tranquiliza —accedió su padre.

—Señor Fairburn, nos divertiremos... —sus ojos azules brillaron con picardía.

—Sheldon, no hagas que me arrepienta de haberte pedido este favor —dijo Amelia con severidad.

—Relájate, era una broma —se defendió Sheldon, y esbozó una amplia sonrisa.

Ser la adulta de la casa era una carga pesada, pero Amelia no tenía salida. A veces se cansaba de escribir todas esas cartas para extraños, sin embargo le gustaba y no tenía otra opción; en ese momento era su ingreso principal. Intentaba inspirarse, ponerse en la piel de aquellas personas que, en su mayoría, no tenían que preocuparse por cómo conseguir dinero para pagar las deudas o para comer. El problema más grave de todas esas mujeres era que un ingrato no volvía a hablarles. Ganas no le faltaban para escribir una carta mandando al demonio a aquel misterioso lord que no era capaz de dar la cara ni para poner en claro sus sentimientos. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso no tenía, por lo menos, una pizca de empatía dentro de su ser?

Aunque visitaba religiosamente cada mes el cementerio, aquel día tenía los sentimientos a flor de piel: era el cumpleaños de su madre, pero también se cumplía un aniversario más de su muerte. La extrañaba, aunque intentaba mostrarse fuerte para que su padre no volviera a caer en la depresión; sin embargo, a veces necesitaba un hombro amigo, un oído comprensivo que simplemente la escuchara en silencio. Su única opción era visitar el cementerio. Aunque su padre le decía que allí ya no estaba su madre, le gustaba ir a desahogarse, contarle todo lo que ocurría en la librería, hablarle sobre las cartas que escribía, las historias, los chismes que se enteraba gracias a Sheldon. Nunca olvidaba contarle sobre su padre y lo mucho que la añoraba.

Creía que estaba loca por ir y hablar sola, pero era su única forma de no hundirse en la tristeza. Habían pasado ya ocho años, sin embargo, se sentía como si hubiese sido ayer. Todavía tenía la sensación de que, en cualquier momento, su madre se acercaría a su escritorio con un

plato de galletas y un vaso de leche tibia, le daría un beso y un abrazo, y la regañaría por trabajar tanto.

2

Con una pequeña cesta de flores silvestres en la mano, caminó entre las lápidas hasta llegar a la tumba de su madre. El cielo parecía compartir su tristeza, como si también extrañara su risa y esa luz que irradiaba. Pasaron años, pero ella seguía yendo a ese frío lugar, como si pudiera escucharla, como si todavía estuviera cuidando de ella desde algún lugar. Amelia sabía que su padre intentaba ser fuerte, pero extrañaba a su madre, más de lo que decía. A veces lo sorprendía mirando su retrato en el salón, con los ojos perdidos en un mar de recuerdos.

Se arrodilló y, en un murmullo, comenzó a hablar. Las palabras salieron entrecortadas.

—¿Sabes? —dijo, y se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Ahora me ocupo de la librería con él. Cada rincón me recuerda a ti. Tu amor por las historias aún vive entre esos estantes. —Colocó el ramo con cuidado sobre la lápida.

Se quedó en silencio, dejando que la brisa llevara sus palabras, como si esperara una respuesta o una señal. Pero solo el canto de los pájaros y el viento entre las ramas la acompañaban. Su voz se quebró mientras hablaba, sin embargo continuó con su monólogo.

—Me gusta escribir todas esas cartas, hay algo en esa tarea que me hace sentir extrañamente viva. Es como si cada palabra me acercara a mundos desconocidos, a personas que nunca conoceré realmente. Tú siempre decías que las palabras podían cambiar vidas. ¿Crees que estoy cambiando alguna? —Bajó la mirada, apartó algunas hojas caídas sobre la tumba y se quedó en silencio, perdida en sus cavilaciones.

«¿Me estarás observando desde algún rincón del cielo, orgullosa de la mujer en la que me he convertido? ¿O tal vez preocupada? No sé si hago lo correcto, mamá. A veces siento que estas cartas son más que simples encargos; son espejos de todo lo que he evitado enfrentar: Amor, desamor, desilusión, felicidad... En fin, vivir. Tú conociste estos sentimientos con intensidad, y yo... yo sigo teniendo miedo», razonó, mientras lloraba sin poder contener más aquella sensación de vacío, de abandono, de soledad y desesperación.

—Te extraño tanto, mamá —murmuró con la voz rota—. Si pudiera verte una vez más, solo una, creo que tendría el valor para enfrentar cualquier cosa que venga. Ahora debo irme, he dejado a papá y al chiflado de Sheldon juntos, y son un peligro —bromeó con tristeza, se puso de pie, sacudió su falda y recogió su canasta. Besó sus dedos y los colocó sobre la lápida despidiéndose en silencio de su madre.

«Un día más, madre», pensó, mirando la inscripción que, como siempre, le provocaba una punzada en el pecho. *"Siento tu ausencia cada segundo"*.

La tumba de su madre era simple, con una lápida de piedra gris y un par de flores marchitas que Amelia reemplazaba cada mes. Las flores de temporada nunca duraban mucho, pero era lo que podía hacer. Lo que siempre hacía.

Comenzó a caminar con paso lento y meditativo, casi como si el suelo absorbiera cada una de

sus pisadas. El lugar, familiar para ella desde la muerte de su madre, tenía algo de reconfortante y triste a la vez. Las tumbas eran como antiguos relatos, con sus inscripciones que contaban historias de vidas pasadas, pero hoy, el sonido de las hojas secas al ser pisadas parecía más pesado que de costumbre. Era el cumpleaños de su madre, y como cada año desde su fallecimiento, Amelia había venido a visitarla.

Con el pensamiento fijo en el recuerdo de su madre, un pesado suspiro salió de sus labios. En ese momento, el cementerio parecía aún más callado que nunca, como si todo el aire estuviera retenido por la presencia de aquellos que ya no estaban. No podía evitar sentir la soledad que rodeaba el lugar. Pero al mismo tiempo, algo le decía que debía seguir adelante, que debía encontrar paz en el recuerdo y el cariño que aún guardaba.

Caminó con lentitud entre las tumbas, apartándose un poco de su usual recorrido. Necesitaba un momento para sí misma, para poner en orden los sentimientos que afloraban en días como este. De repente, al dar una vuelta en un sendero secundario, vio una figura a lo lejos. Un hombre con la cabeza inclinada, frente a una tumba. No se podía ver su rostro, pero su postura indicaba que estaba profundamente afectado.

Amelia, casi sin pensarlo, comenzó a caminar hacia él, impulsada por una empatía que no entendía por completo. El hombre parecía tan solo, tan absorto en su dolor, que a ella le recordó a sí misma cuando su madre murió. Tenía apenas diecisiete años entonces, pero recordaba con claridad la sensación de que el mundo se desmoronaba bajo sus pies, y como había tenido que aprender a vivir con la ausencia de la mujer que había sido su todo. Sin pensarlo, sus pasos la acercaron aún más.

Cuando estuvo a su lado, notó como su cabello oscuro caía con suavidad sobre su frente. Era un hombre de porte distinguido, alto y delgado, con una elegancia natural que parecía innata. Estaba tan concentrado que ni siquiera la oyó acercarse. Amelia dudó por un momento, pero una extraña fuerza la empujó a hablar.

—Perdón —susurró, haciendo que el hombre levantara la vista.

Sus ojos negros, enrojecidos por las lágrimas, la miraron con sorpresa. Era evidente que no esperaba compañía, pero algo en su expresión cambió al verla. Había una vulnerabilidad en su mirada, algo que Amelia conocía bien.

—¿Te ocurre algo? —preguntó, con suavidad.

El hombre tardó en responder, se giró ligeramente hacia ella, como si dudara. La voz que finalmente salió de sus labios era baja y cargada de emoción.

—Es... es la tumba de una buena amiga. —Hizo una pausa, como si las palabras le costaran—. Me resulta difícil venir aquí, pero... aún no acepto que se ha ido para siempre.

Amelia asintió, entendiendo más de lo que podía decir en ese momento. Los recuerdos de su madre invadieron su mente, y por un instante, pudo sentir una conexión con aquel extraño. La pérdida tenía ese poder, el de crear lazos invisibles entre las personas, incluso cuando no se conocían.

—Lo sé. —Amelia respiró hondo—. Ese sentimiento... nunca se va del todo. Pero... es parte

de quienes somos, ¿no es así?

El hombre asintió, y Amelia pudo ver cómo un leve consuelo comenzaba a tomar forma en su rostro. Se acercó un poco más, lo suficiente como para que su voz fuera casi un susurro.

—Yo también vengo a menudo a este lugar. Perdí a mi madre hace años. Y aunque nunca logremos entenderlo, siempre hay algo que se queda... —suspiró—, una chispa que no se apaga.

El hombre la miró fijamente, como si las palabras de Amelia fueran una revelación. Por un momento, ambos permanecieron en silencio, contemplando la tumba. Aunque no compartían la misma historia, algo los conectaba. Ambos sabían lo que era perder a alguien a quien amaban, y de alguna manera, la presencia del otro les otorgaba un tipo de consuelo.

El hombre habló de nuevo, esta vez con una ligera sonrisa que, aunque triste, parecía más esperanzada.

—Gracias. No sé por qué, pero... es como si me hubiera hecho falta escuchar esas palabras hoy.

Amelia sonrió, sintiendo una ligera paz en su corazón.

—A veces, solo necesitamos palabras simples.

El silencio los envolvió de nuevo, pero esta vez no era tan pesado. Ambos sabían que, aunque el dolor nunca desaparecería, el hecho de compartirlo con alguien lo hacía un poco más soportable. Amelia miró la lápida de la joven noble.

La tumba estaba en el rincón más opulento del cementerio, rodeada por un suave manto de hierba bien cuidado. La piedra pulida con esmero no mostraba las huellas del desgaste producido por la lluvia y el viento como sí se podía apreciar en la de la mamá de Amelia. En el centro, grabadas con delicadeza, destacaban las palabras:

Sophie Ashcroft
"Eterna Promesa"

21 de junio de 1795 – 21 de diciembre de 1820

Debajo del nombre, una rama de olivo tallada con esmero serpenteaba hacia el borde de la losa, sus hojas evocaban un brillo apagado bajo la luz del día. A un lado, pequeñas estrellas esculpidas parecían custodiar el epitafio, como si quisieran eternizar el mensaje en un cielo de mármol.

Al pie de la tumba, flores marchitas yacían mezcladas con ramilletes frescos, evidencia de una devoción que no se había extinguido. Una única rosa blanca destacaba entre ellas, sus pétalos caídos sobre la inscripción era como si llorara en silencio el paso de los meses.

—Hoy también es el cumpleaños de mi mamá —murmuró con tristeza.

El hombre la miró con atención, con los ojos teñidos de melancolía, pero al escuchar las palabras de Amelia, algo cambió en su expresión. Un atisbo de entendimiento cruzó su rostro, como si el peso de la tristeza compartida hubiera encontrado un eco en él.

—Entiendo lo que sientes. Es extraño, ¿verdad? La vida parece detenerse en estos días y, sin

embargo, el mundo sigue adelante, ajeno a lo que nosotros estamos viviendo.

Amelia asintió, con la mirada fija en la inscripción de la tumba. El nombre de Sophie Ashcroft brillaba en la piedra, una joven que, como ella, tenía una vida por delante.

—El tiempo... —empezó Amelia, con la voz quebrada por el sentimiento—... a veces parece que el tiempo es lo único que cambia. Pero el dolor, el amor, todo eso... permanece.

El hombre se quedó en silencio, con la mirada perdida en un punto imaginario. Durante unos instantes, solo se oía el susurro del viento acariciando las ramas de los árboles cercanos. Luego, sus palabras llegaron con una suavidad inesperada.

—Era como tú en algunos aspectos... Tenía una luz dentro de ella, como la que veo en ti. Aunque... —su voz titubeó, como si no quisiera profundizar en lo que sentía— aunque la vida no siempre fue amable con ella, su corazón nunca dejó de brillar.

Amelia lo miró, sorprendida por la vulnerabilidad que había en su voz. No era común que alguien hablase de la muerte de un ser querido de manera abierta. Había algo en él que le decía que, al igual que ella, había aprendido a vivir con el dolor, a aceptarlo y, de alguna manera, a llevarlo en su interior sin que nunca desapareciera del todo.

—Debe haber sido muy difícil perderla tan joven —comentó Amelia, sin querer evadir la verdad.

El hombre asintió, mirando la lápida con una intensidad que parecía casi reverente.

—Lo fue. Pero no por la muerte en sí misma, sino porque... a veces, la gente olvida lo que significa vivir con esa pérdida. No solo al principio, sino todos los días después. Los demás siguen adelante, pero tú continuas con ese vacío, con esa ausencia que no se llena nunca.

Amelia sintió una punzada en el pecho al escuchar sus palabras. Ella misma había vivido esa lucha interna durante años, desde el día en que su madre falleció. La gente a su alrededor continuó con sus vidas, pero ella había permanecido estancada en su propio dolor, aprendiendo a fingir que todo estaba bien, cuando no era así.

—A veces... —empezó Amelia, buscando sus propias palabras— a veces es difícil aceptar que esa persona se fue para siempre. Como si fuera a regresar, y que si solo cerramos los ojos las cosas volverán a ser como antes.

El hombre la miró y, por un instante, sus ojos se suavizaron. Era un consuelo silencioso, una empatía que ninguno de los dos había pedido, pero que de alguna manera se había formado entre ellos.

—Es curioso cómo el dolor puede unir a dos personas que ni siquiera se conocen —dijo él, casi en un susurro—. Tal vez el hecho de compartirlo sea lo único que nos hace humanos.

Amelia volvió a leer el epitafio, dejando que las palabras del hombre se instalaran en su mente. Ella no lo conocía, y él no la conocía, pero, por algún motivo, se encontraron ese día.

—Gracias por hablar conmigo —dijo Amelia, y sonrió con sinceridad, casi como si no quisiera que el momento terminara.

Una ligera sonrisa apareció en el rostro del hombre. Parecía que por primera vez en mucho

tiempo, había encontrado algo que lo aliviaba, aunque fuera solo un poco.

—No tienes que agradecerme. De vez en cuando, solo necesitamos que alguien nos escuche. Y hoy, parece que ambos lo necesitábamos.

Amelia asintió. No tenía intenciones de quedarse mucho más tiempo, pero algo le decía que este encuentro, aunque fugaz, había significado algo importante. Un pequeño consuelo en medio del dolor.

—Espero que encuentres paz —dijo Amelia, con un tono suave y lleno de deseo genuino.

Él la miró, y por un momento, sus ojos negros brillaron con gratitud y tristeza.

—Yo también —respondió, y luego, con un suspiro, añadió—: Ojalá todos encontráramos la paz que buscamos.

Amelia se giró para marcharse, sintiendo una ligereza inesperada en sus pasos, como si parte del peso que llevaba consigo hubiera sido dejado atrás. Mientras caminaba de regreso hacia la salida del cementerio, las palabras del hombre resonaron en su mente y, por un breve instante, pensó que tal vez, solo tal vez, el dolor podría ser más fácil de llevar si alguien más estaba dispuesto a compartirlo.

El hombre, aún con una ligera sonrisa, la observó irse.

Ella hizo lo que su madre le había inculcado: ayudar al prójimo cuando más lo necesitaba, aunque solo fuera con unas palabras. Y, al hacerlo, también había encontrado un pequeño alivio para su propio dolor.

Aquel era un lugar que hablaba de amor y pérdida, de promesas que resistían incluso la implacable marcha del tiempo, con las estaciones marcando los momentos más importantes de la existencia de la joven noble: el verano de su nacimiento y el invierno de su despedida.

3

La tenue luz del sol se filtraba a través de las imponentes ventanas del despacho de Lord Blackwood. La habitación, decorada con muebles de caoba oscura y estanterías repletas de libros encuadernados en cuero, parecía un santuario de intelecto y soledad. Weston Blackwood, con su postura siempre erguida y su porte imponente, estaba sentado detrás de su escritorio. En sus manos sostenía una carta.

Era un lector asiduo y amante de la literatura, un hombre que encontraba en los libros no solo entretenimiento, sino respuestas y preguntas que estimulaban su intelecto. Las cartas, aunque diferentes de las obras que solía devorar, llamaban su atención de un modo peculiar. Había algo en la precisión de las palabras, en el equilibrio perfecto entre sentimiento y razón, que le resultaba fascinante. Con cada línea que leía, se sentía obligado a imaginar la mente detrás de esas frases bien escritas, una mente que, aunque desconocida, lograba captar su interés.

En ese momento, la puerta del despacho se abrió con un crujido apenas audible. Evan Blackwood, su hermano menor, entró con su habitual energía despreocupada. Vestido con una chaqueta oscura y botas altas.

—¿Llegó otra carta? —dijo Evan, con una sonrisa torcida mientras se acercaba al escritorio. Sin esperar una invitación, tomó asiento frente a su hermano y señaló la carta—. ¿Quién será esta vez? ¿La dama desesperada o la romántica empedernida?

—Toma —dijo Weston, extendiendo la misiva hacia su hermano— ¿De dónde vienes?

—Fui a dar un paseo, pero volveré a salir —informó Evan, y cogió la carta, desdobló el papel y se puso a leer. Una sonrisa burlona se dibujó en sus labios.

Había algo peculiar en esas palabras, algo que comenzó a inquietarlo. La caligrafía era impecable, las frases entrelazadas con una elegancia que bordeaba lo poético. Sus ojos recorrieron la carta una y otra vez, analizando cada palabra, cada giro de frase.

—¿Por qué todas ellas suenan igual?—murmuró Weston, más para sí mismo que para Evan—. ¿Te diste cuenta de eso?, y huelen a lavanda.

—No estoy seguro de qué responderte. Todas parecen iguales —convino Evan.

—O, mejor dicho, todas parecen escritas por la misma persona —acotó Weston.

Weston levantó la mirada, sus ojos negros brillaban con una mezcla de paciencia y exasperación. Arqueó una ceja, intrigado. Tomó la carta que Evan había dejado sobre el escritorio y la leyó en silencio durante unos segundos. Luego, levantó la vista hacia su hermano con una expresión reflexiva.

—Tienes razón. El estilo es demasiado uniforme. Demasiado perfecto. —dijo Evan.

—Quizás estén recurriendo a una especie de escritora profesional —sugirió Weston.

Weston dejó escapar un leve suspiro, se reclinó en la silla y continuó con su reflexión:

—¿Con qué propósito? Estas cartas no son simples confesiones de amor, Evan. Tienes que sentar cabeza, no puedes seguir jugando el sentimiento de estas mujeres.

Evan se puso de pie y se acercó a la ventana, observando el jardín.

—Quizás deberías investigarlo. Debo decir que este misterio de las cartas puede mantenerte entretenido.

Weston apenas esbozó una sonrisa.

—Evan, ¿algún día madurarás?

—Y tú, ¿algún día dejarás de ser tan amargado? No me esperes despierto, Weston. Puede que regrese mañana.

Con un guiño y un ademán apático, Evan abandonó la habitación, dejando a Weston solo con sus pensamientos y aquella carta. Él la volvió a coger, y la leyó una vez más. Algo en esas misivas lo llamaba, lo desafiaba, y por primera vez en mucho tiempo, sintió que Evan tenía razón, el misterio podría ser un digno rival para su intelecto.

En algún lugar, alguien había escrito esas palabras, y Weston estaba decidido a descubrir quién era. Dejó la carta sobre la mesa, pero sus dedos permanecieron sobre el papel, como si no pudiera desprenderse de esas palabras. Un lacayo entró a la habitación anunciando la visita de su amigo, lord Nightingale.

—Querido Weston, estuve esperando que vayas al club anoche —le reclamó sin saludar.

—Estaba cansado, William, preferí quedarme a dormir —se excusó Weston, antes de ponerse de pie.

—No todo en la vida son obligaciones, tienes que divertirte un poco, te estás volviendo viejo, pero aún peor que eso, un gruñón amargado —se burló William.

—Pareces más amigo de Evan que mío —dijo Weston, y estrechó la mano de su amigo.

—¿Qué insinúas? —preguntó William, alzando una ceja.

—No estoy insinuando nada, solo es una observación. Ambos cambian de enamorada como de camisa, un día eso puede jugarles en contra, no se puede jugar con el corazón de las personas.

—Nuevas cartas para el escurridizo lord Blackwood —dijo William, cambiando de tema, y señaló el papel sobre el escritorio de Weston.

—Es fascinante cómo alguien puede capturar tanto sentimiento en unas líneas. Claro, también es desconcertante que todas estas mujeres parecen compartir un alma gemela.

—¿Alma gemela? —repitió William, casi riendo.

—Es una metáfora, William —dijo Weston, deslizando una mano por el respaldo de la silla frente a él antes de sentarse. Su tono se tornó más serio—. Aunque si lo piensas, es extraño, ¿no? Hay un patrón aquí. Las frases, las metáforas, incluso la caligrafía...

Blackwood permaneció en silencio por un momento, pensando en la última frase de la carta que acababa de leer.

«Mi corazón late por usted, aun cuando sé que jamás podrá llamarlo mío».

—Tal vez haya un escritor detrás de todo esto —murmuró William, más para sí mismo que para Weston.

Weston lo miró con curiosidad.

—Creo que eso tiene sentido.

—Ahí está, por algo soy tu amigo, no del descocado de Evan —bromeó William.

—Es probable que estas mujeres no hayan escrito ni una palabra de estas cartas —continuó Weston—. Tal vez haya alguien... alguien contratado para expresar los sentimientos que ellas no saben cómo poner en papel.

—¿Una especie de... escriba de emociones? —William rió, aunque su risa se apagó al ver la expresión seria de su amigo—. Pero eso significaría que estas cartas no son completamente sinceras.

Blackwood levantó la carta, como si buscara alguna pista oculta en las palabras.

—No lo sé. Sinceras o no, hay algo en ellas que resulta... genuino.

—Te noto muy interesado en esto, ¿qué estás pensando hacer?

—Quiero averiguar quién escribe estas cartas.

—Puede ser una manera de salir de este lugar, estaría dispuesto a ayudarte si me prometes ir a la fiesta de Lady Marbury —propuso William con picardía.

—He rechazado tantas veces sus invitaciones, es poco probable que vuelva a invitarme —comentó Weston.

—Yo voy a arreglar eso, no debes preocuparte, necesitas salir, mostrar que no hay solo un lord Blackwood y encontrar una esposa que te de un heredero, o piensas dejar el título en manos del tarambana de Evan, en un abrir y cerrar de ojos perdería todo en la mesa de juego...

—Todos tuvimos su edad, William, así como nosotros, va a madurar, solo es una etapa —lo justificó Weston.

—Sé que quieres a tu hermano, pero soy bastante pesimista en cuanto a la evolución de Evan, he visto a muchos nobles despilfarrar la riqueza de su familia hasta quedar en la más aciaga pobreza.

—Este no será el caso de Evan, confío en él y sabes, asistiré a la fiesta, pero no por mí, sino que más bien por él, me encargaré de encontrarle una prometida que lo ponga en vereda —afirmó Weston, mientras daba golpecitos suaves a la carta que reposaba sobre su escritorio.

—Me alegra que la vida licenciosa de Evan haga que al fin salgas de tu cueva.

—Ahora a lo nuestro, ¿cómo piensas ayudarme con lo de las cartas? —inquirió Weston.

—Tengo contactos, amigo, para mañana ya sabré de dónde salen todas esas súplicas desesperadas —se burló William.

—Eso espero —respondió Weston.

4

Amelia llegó a la librería y arrastró a Sheldon a la trastienda. Este último la siguió con su andar despreocupado y su eterna bufanda deshilachada, que parecía un símbolo de su rebelión contra las expectativas de su familia.

—¿Por qué la urgencia, querida? —preguntó Sheldon, mirando a Amelia con un brillo de curiosidad en sus ojos.

—Me encontré con un hombre en el cementerio —comenzó ella, bajando la voz como si temiera que su padre la escuchara—. Estaba frente a una tumba. Era... cómo describirlo, parecía ajeno al mundo, atrapado en un momento tan personal que hasta me sentí como una intrusa.

Sheldon arqueó una ceja y tomó asiento frente al desgastado escritorio de Amelia.

—Los cementerios tienen ese efecto, ¿no? Todo el mundo parece más poético ahí. ¿Y qué hiciste? ¿Interrumpiste su contemplación para hablar del clima?

Amelia ignoró el sarcasmo, aunque una sonrisa curvó sus labios.

—No, por supuesto que no. Por un instante me limité a observar. Pero no pude evitar acercarme. Quería saber más.

Sheldon se acomodó mejor en la silla, observándola con atención.

—¿Y qué descubriste?

—La tumba pertenece a alguien llamada Sophie Ashcroft. —Amelia tomó asiento frente a su amigo—. Nació el primer día de verano de 1795 y murió el primer día de invierno de este año. En la lápida decía: "Eterna Promesa".

Sheldon entrecerró los ojos, como si el nombre despertara algún recuerdo lejano.

—Ashcroft... sí, me suena. Sophie Ashcroft... Claro, creo que escuché algo de ella en los interminables chismes de las cenas familiares. Era una joven de una belleza notable, según las viejas historias, y provenía de una familia bien posicionada. Pero había algo trágico en su vida.

Amelia se inclinó hacia adelante, interesada.

—¿Qué pasó? —indagó.

—No estoy seguro de los detalles, pero recuerdo que mi madre dijo que su muerte fue inesperada y rodeada de rumores. Algo sobre una enfermedad repentina, aunque ya sabes cómo les encanta a las familias aristocráticas envolverlo todo en misterio. —Sheldon hizo un ademán despreocupado, aunque su tono sugería algo más profundo—. Por supuesto, también se murmuraba que había un prometido, pero la relación nunca se formalizó.

Amelia dejó escapar un leve suspiro.

—Ese hombre en el cementerio... había algo en su mirada. Algo más que simple tristeza.

—Quizás fuiste testigo de una promesa que nunca se cumplió. O de un amor que sobrevivió más allá de la muerte.

Amelia no respondió. Las palabras de Sheldon quedaron suspendidas en el aire, mezclándose con el sonido de la campanilla de la puerta de entrada de la librería. Ella se quedó mirando su pluma sobre el escritorio, y su mente regresó al cementerio y a la figura de aquel muchacho frente a la tumba de Sophie Ashcroft, la joven dama que compartía mes y día de nacimiento con su madre.

—Hija, tienes un nuevo encargo —gritó su padre desde el mostrador.

—¡Ya voy, padre! —respondió Amelia.

—He vendido una de mis novelas —le comentó Sheldon, rebosante de orgullo.

—Eres un buen escritor, estoy segura de que muy pronto serás reconocido, espero que cuando eso pase recuerdes a esta vieja amiga —respondió Amelia, con sinceridad.

—Tú y el señor Fairburn son mi familia —murmuró Sheldon, su semblante se oscureció por unos segundos, y añadió—: Es triste descubrir que quiénes deberían ser tu refugio eligen ser la sombra que intenta apagarte. Pero incluso en la indiferencia, uno aprende a valorar su propia luz.

Esa alegría eterna era el muro que había levantado a su alrededor para resguardarse de la tristeza que, en el fondo, lo consumía. Haber sido excluido de su familia y repudiado por sus padres, era difícil para él, pero las ganas de seguir su propio camino eran más fuerte que la nostalgia por lo que dejó atrás.

—Necesito saber más sobre Sophie —murmuró Amelia, y se puso de pié.

Sabía muy bien, que, aunque Sheldon intentaba esconder sus sentimientos, le dolía lo que su familia le había hecho. Por lo que decidió cambiar de tema, cuando él estuviera preparado para hablar, entonces ella estaría ahí para escucharlo y ofrecerle su silencioso apoyo.

—Me gustaría ayudarte, tal vez pueda averiguar más sobre la joven y su familia, sigo en contacto con algunos amigos, de vez en cuando se juntan con la chusma —bromeó Sheldon, y también se puso de pie.

—No eres chusma, ellos se pierden a una persona maravillosa —dijo Amelia, se acercó a él y lo abrazó.

—Creo que eres la única que piensa eso —susurró Sheldon, y le devolvió el abrazo.

Amelia dejó un tierno beso en la mejilla de su amigo antes de caminar hasta el mostrador donde la esperaba un nuevo trabajo. Sabía que Sheldon pensaba que perdía el tiempo haciendo eso, pero le gustaba, era como vivir varias vidas y amores, sin la amenaza de sufrir a causa de un corazón roto, además le pagaban por hacerlo. Ella nunca había sentido algo romántico por alguien, es más, estaba en una etapa de su vida en la que ya la daban como solterona, jamás había aparecido su caballero de brillante armadura, eso solo lo leía en los libros de romance que devoraba cada tanto.

«Pero qué demonios», pensó.

Se sobresaltó, al creer que lo había dicho en voz alta, pero no, su padre seguía catalogando

libros y Sheldon lo ayudaba.

Otra carta dirigida al lord ese, sin conocerlo ya le caía mal.

—Me pondré a escribir esta carta, creo que este hombre ya me ha sacado todas las palabras de súplica, no entiendo, es que acaso estas mujeres no tienen dignidad, jamás miraría dos veces a alguien con esa actitud.

—Querida —la interrumpió Sheldon—, entre los nobles, la dignidad está pasada de moda, ellos solo sellan alianzas y negocios, por algo se le dice: “Mercado matrimonial”. Estoy seguro de que la mitad de las cartas son pedidos de las propias madres de esas pobres damas —dijo Sheldon, sin dejar de ordenar la pila de libros que había llegado.

—Puede ser, pero igual no entiendo, cómo una madre querría que su hija se una para toda la vida con alguien como este... este...

—Hija, ya te he dicho que no te involucres, haz lo que te piden y luego pasa al siguiente encargo —intervino su padre.

—Ya le dije que es mejor que escriba novelas, es muy buena escribiendo, y con toda la información que tiene, puede hacer que la sociedad londinense entre en pánico —se mofó Sheldon—. Ya veo a todas las viejas víboras creyendo que hablas de sus florecillas intocables.

—Jamás, eso no sería ético, Sheldon...

—Para escribir hay que vivir, querida. Tú estás aquí encerrada, solo puedes recolectar experiencias a través de los demás —comentó Sheldon mientras hojeaba un libro de poemas. Luego añadió con desdén—: Odio a los poetas, son unos presumidos. Se creen sabios y ni siquiera se les entiende. Dime, Amelia, ¿quién quiere leer algo que no comprende? Es como si buscaran las palabras más complicadas que existen solo para crear frases —dejó el libro sobre el mostrador e hizo comillas con los dedos en el aire— "complejas". Bah... jamás gastaría ni un penique en algo así.

—Para gustos, los colores. A mí me encanta la poesía —replicó ella con una sonrisa tranquila.

—Escucha —dijo Sheldon, y comenzó a leer—: *Oh, vida, axioma inextricable del vértigo existencial, corolario de un éter sin geometría ni plectro, ¿eres acaso la sombra impoluta de un silogismo inverso, o el vestigio de una cadencia en análisis? Tu ontología se embebe en hipérboles sin ápice, un arabesco tautológico de vacíos exuberantes...*

—Pobre hombre, nunca vende nada, siempre termina regalando sus obras, pero él dice que lo hace por gusto, el que tiene dinero hace lo que quiere —comentó el señor Fairburn, mientras colocaba libros en la pequeña vidriera.

—¿Dinero?... algún trastorno, sería más apropiado decir —rebatía Sheldon.

—Te estás convirtiendo en lo que juraste acabar, querido amigo —bromeó Amelia.

—Solo digo la verdad, al que le duela, que llore —dijo Sheldon.

—Es lo que dicen ese tipo de personas —rebatía Amelia.

—Estás buscando pelea —la retó Sheldon.

—Jamás, te ganaría en el primer round —se burló Amelia.

Sheldon dejó el libro con un golpe teatral sobre el mostrador y cruzó los brazos sobre el pecho, mirándola con fingida gravedad.

—No sé si me molesta más tu exceso de confianza o tu incapacidad para apreciar mi inigualable elocuencia —dijo, alzando una ceja en un gesto exagerado.

Amelia lo miró con picardía mientras tomaba un libro al azar de la estantería.

—¿Elocuencia? Por favor, Sheldon, lo único inigualable aquí es tu habilidad para hablar sin decir nada.

El señor Fairburn, que seguía colocando libros en la vidriera, dejó escapar una carcajada.

—Hijos, para variar, ponganse a trabajar. Estas discusiones inútiles no pagan las cuentas.

Sheldon se llevó una mano al pecho, ofendido.

—¡Señor Fairburn! Yo soy un cliente distinguido, no un empleado de este santuario literario.

—Distinguido no sé, pero cliente seguro que no —replicó el señor Fairburn sin perder la sonrisa—. Cada vez que entras, solo hojeas y criticas.

Amelia no pudo evitar reírse.

—Y no somos capaces de cobrar su deuda pendiente con nosotros. Tal vez deberíamos vender tus opiniones, Sheldon.

Él la miró fingiendo indignación.

—¿Deuda? ¡Qué calumnia! Mi intelecto es mi pago, querida Amelia. Mi presencia eleva el estatus de este humilde establecimiento.

—Si tú lo dices —replicó ella, devolviendo el libro a su lugar—. Aunque, en mi opinión, solo eleva el volumen del ruido.

Sheldon abrió la boca para replicar, pero un cliente entró en la librería, interrumpiendo su intercambio. Ambos se quedaron en silencio por un momento, mirándose con un brillo travieso en los ojos.

—Otro día seguiremos con este debate, señorita Fairburn, mañana te traigo información sobre lady Sophie —dijo Sheldon con una sonrisa torcida mientras tomaba su sombrero y se dirigía a la puerta.

—Estaré esperando, señor Sheldon —respondió Amelia, inclinando la cabeza con un gesto teatral.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, el señor Fairburn negó con la cabeza y suspiró.

—Ese chico tiene demasiada energía.

—Por eso es tan divertido —replicó Amelia, sonriendo para sí mientras regresaba a sus tareas.

Londres, 1820

Querido Lord Blackwood:

Hoy dejo que las palabras sean las alas que lleven mi corazón hasta el tuyo, porque en este papel puedo decirte lo que a veces me tiembla en los labios. Nunca supe que se podía amar con tanta intensidad, hasta que llegaste tú, desafiando todo lo que creía saber sobre la vida y el amor.

Tu presencia ha dado luz a los rincones más oscuros de mi ser. Contigo aprendí que el amor no se trata solo de latidos acelerados o sonrisas nerviosas, sino de un constante fuego que arde suave. Eres mi refugio, mi puerto seguro en un mundo lleno de tormentas, y los días a tu lado fueron un regalo que agradezco con todo mi ser.

Cuando te miro, veo algo más que la belleza que todos ven; veo el hogar donde quiero quedarme, la risa que quiero escuchar en las mañanas y la voz que quiero que me calme en los días difíciles. Eres mi equilibrio, mi norte, mi inspiración. Cada palabra que escribo lleva una parte de ti, porque eres mi razón.

Si alguna vez dudas de lo que siento, cierra los ojos y escucha el eco de mi amor en cada susurro del viento que pronuncia tu nombre con devoción. En esta vida y en cualquier otra, elegiría amarte una y mil veces.

*Siempre tuya,
Lady Marian Haversham*

El sonido del tintero al ser destapado llenaba el pequeño espacio con una serenidad inusual. Era el ritual de cada mañana para Amelia: preparar su pluma, mojarla en la tinta negra, y observar cómo las primeras gotas caían con suavidad sobre el papel antes de trazar las primeras palabras del día. La luz de la mañana se colaba a través de la ventana, iluminando las pilas de cartas y papeles que decoraban su escritorio. Para algunos, aquel desorden podría parecer abrumador, pero para ella era su mundo.

Allí, rodeada de historias ajenas, Amelia había forjado su propio camino, convirtiéndose en algo más que la hija del dueño de la librería. En el transcurso de los últimos años, su habilidad para poner en palabras los sentimientos que otros no podían expresar había ganado una reputación silenciosa, pero firme entre aquellos que la conocían. Sus cartas no eran solo frases bonitas, sino pequeñas obras de arte que tocaban el alma de quienes las leían.

Amelia suspiró mientras observaba la carta que había terminado la noche anterior, una súplica apasionada de una joven que ansiaba el regreso de su amado. Cada palabra, cada giro de frase,

había sido pensado con cuidado. Sus manos, ligeras y ágiles, manejaban la pluma como un pintor con su pincel. No era solo el acto de escribir, era la conexión profunda que creaba entre el papel y el corazón. Para ella, cada carta representaba un vínculo con alguien que, en su vulnerabilidad, le confiaba ser el puente entre corazones separados.

Recordaba muy bien el primer encargo que había recibido, hacía ya varios años. Una cliente de la librería que se había convertido en amiga de su madre, desesperada por reconquistar el afecto de su esposo tras una disputa, le pidió ayuda. Amelia, entonces con apenas dieciséis años, había escrito desde lo más profundo de su ser, y la respuesta no se hizo esperar: "Eres una verdadera artista", le dijeron. Desde entonces, el boca a boca había hecho su trabajo. A pesar de su juventud, en poco tiempo las personas acudían a ella para pedirle ayuda con la misión más delicada de todas: confesar el amor, sanar heridas o intentar salvar una pasión moribunda.

Pero, con el tiempo, la naturaleza de sus cartas había empezado a cambiar. Ya no eran solo cartas de amor. En los últimos meses, cada vez más súplicas de reconciliación aparecían en su escritorio, y lo que era aún más intrigante, demasiadas de ellas mencionaban el mismo nombre.

Un fruncido de cejas perturbó su sereno rostro. La tinta seguía fresca sobre la carta más reciente. "Querido Lord Blackwood", comenzaba una vez más. Amelia no conocía en persona a este hombre, pero sentía que ya lo sabía todo sobre él a través de las palabras de las mujeres que la contrataban. Mujeres que, sin excepción, describían al hombre con una mezcla de admiración y dolor.

«Los hombres de la alta sociedad tienen el lujo de jugar con los sentimientos ajenos», pensó Amelia, mientras su pluma rozaba el borde del papel. Pero Lord Blackwood parecía distinto, más escurridizo, más inaccesible.

Amelia dejó la pluma dentro del tintero, mientras se permitía un momento para reflexionar. Había algo en esa repetición, en el constante eco de su nombre que comenzaba a inquietarla. Las cartas de amor que escribía ya no parecían simplemente palabras en papel; eran súplicas desgarradoras de mujeres que sufrían por alguien que, de alguna manera, siempre estaba fuera de su alcance.

Se puso de pie, cruzó la habitación y se asomó por la ventana. Desde allí, podía ver el modesto bullicio de la calle principal, y a las personas de su vecindario que parecían vivir sus sencillas vidas, sin las complicaciones de los corazones rotos que ella enfrentaba en cada carta. Se preguntó qué pensaría su madre si supiera cuántas historias había tejido en este pequeño espacio en la trastienda de la librería, cuántos corazones habían sido tocados por sus palabras y cuántos aún esperaban una respuesta.

Pero el misterio de Lord Blackwood persistía, colándose en sus pensamientos. Amelia sabía que pronto tendría que saber más sobre este hombre. No era solo curiosidad profesional; algo en su corazón la impulsaba a entender por qué tantas mujeres le amaban, y por qué él se mantenía indiferente.

Sin embargo, mientras se sentaba de nuevo ante su escritorio, sabía que, por ahora, todo lo que tenía era su pluma, su tintero y el encargo de otra mujer enamorada. Otro corazón que confiaba en sus palabras. Esbozó una sonrisa suave mientras sumergía de nuevo la pluma en la tinta, dejando que las palabras fluyeran como siempre lo hacían, confiando en que, al menos en

la página, los sentimientos encuentren su verdadero lugar.

La pluma danzó sobre el papel con la precisión y gracia de quien conoce el lenguaje del corazón. Las palabras brotaron en su caligrafía fluida, como si los sentimientos ajenos fueran suyos y no los de la joven clienta que había acudido a ella horas antes. El aroma de la tinta fresca impregnaba el aire mientras la luz del sol se colaba por la ventana, proyectando una calidez serena sobre el escritorio gastado.

Estaba absorta en su trabajo. Su pequeño mundo, en la trastienda, en su refugio apartado del bullicio que se oía desde la calle, de las preocupaciones y los dolores del mundo exterior. A su alrededor, pilas de libros antiguos, cartas a medio terminar y hojas de papel rasgado se amontonaban en aparente desorden. Pero para ella, aquel caos era perfecto, como un mapa del viaje emocional que emprendía cada vez que se enfrentaba a un nuevo encargo.

Con una delicada curva de muñeca, terminó el último párrafo:

"...Mi único y verdadero amor, aunque nuestros caminos estén hoy separados por la marea del tiempo, sé que el viento nos devolverá a la misma orilla. En ti confío y en tu corazón hallo mi paz. Con la esperanza de tu regreso, me despido.

Tuya siempre, Margaret"

Amelia dejó escapar un suspiro leve y contempló la carta con satisfacción. Su pluma descansó sobre el tintero de porcelana, mientras sus dedos trazaban con delicadeza los bordes del papel, asegurándose de que todo estuviera en su lugar. Sabía que Margaret estaría complacida con esas palabras, pero lo que en realidad importaba era si el destinatario lo estaría.

Justo entonces, su padre la interrumpió. Pero no la sobresaltó; estaba acostumbrada a su presencia calmada, siempre observándola desde las sombras con ese toque de orgullo paternal.

—Ah, otra obra maestra de mi talentosa hija —comentó con una sonrisa cálida en sus labios mientras se inclinaba para echar un vistazo a la carta.

—Espero que sea lo que Margaret necesita —respondió Amelia, sin dejar de observar su propia escritura con ojos críticos—. A veces siento que hay más que decir, pero es todo lo que tengo por ahora.

—Margaret confía en ti, Amelia. —El señor Fairburn pasó los dedos por los libros apilados en una estantería polvorienta—. Pero recuerda lo que siempre te digo, cariño: no te involucres demasiado.

Amelia asintió sin levantar la vista. Sabía que su padre tenía razón, pero también sabía lo difícil que era no involucrarse cuando cada palabra que escribía era una ventana a las emociones más íntimas de otras personas. Sus clientes no solo buscaban su pluma, necesitaban comprensión y alguien que pudiera traducir lo que ellos no podían decir por sí mismos.

—Sé que lo dices por mi bien, papá, pero a veces siento que esas historias, esas emociones, son tan reales para mí como para los que las viven —dijo Amelia con un dejo de melancolía en la voz—. Es como si, al escribir, yo también formara parte de ellas.

El señor Fairburn la observó en silencio durante unos segundos, con esa mirada paciente que solo un padre podía tener. Amelia había heredado el corazón sensible de su madre, y eso la hacía

especial, pero también vulnerable. Él, que había pasado años entre libros y clientes, sabía que involucrarse demasiado podía dejar cicatrices profundas.

—Es una virtud tener un corazón tan grande —respondió finalmente—, pero también puede ser una carga. No olvides que, al final del día, estas son sus historias, no las tuyas.

Amelia sonrió, reconociendo la verdad en aquellas palabras, pero sin poder evitar sentir que, en cierto modo, las historias que ayudaba a tejer sí formaban parte de ella. Había algo casi mágico en tomar las emociones de otros y darles forma, algo que iba más allá del simple acto de escribir. Era un vínculo silencioso, pero poderoso.

—Lo intentaré —aceptó—, aunque a veces me cuesta distinguir los límites.

—Lo sé, hija. Lo sé. —El señor Fairburn le dio una palmadita suave en el hombro antes de ir hacia el mostrador—. De todos modos, recuerda que hoy recibimos un nuevo envío de libros. Iré a organizarlo, pero necesito que me ayudes más tarde.

Amelia asintió, agradecida por el cambio de tema. Aunque amaba su trabajo en la librería, su verdadero refugio era allí atrás, entre sus cartas y papeles. Con un último vistazo al encargo que acababa de terminar, la dobló con cuidado. Otro trabajo completo.

Mientras su padre organizaba las cajas con libros, Amelia sintió una ligera inquietud en el pecho. El nombre que aparecía cada vez con más frecuencia en sus cartas aún resonaba en su mente: Lord Blackwood. ¿Quién era ese hombre que parecía hechizar a tantas mujeres, pero que mantenía una distancia gélida? Le molestaba la constante mención de su nombre.

Sacudiendo esa idea por el momento, tomó su pluma y comenzó a escribir el nombre del destinatario, con una floritura final a su creación. Pero la sombra de aquel nombre permaneció, como una mancha en el borde de su mente, insistente, esperando ser resuelta.

Sabía que tarde o temprano, tendría que descubrir quién era. El tintineo de la campanilla de la puerta la sacó de sus cavilaciones.

—¡Muy buenos días, señores! He llegado, ¡y con ello, la salvación que tanto aguardaban! —exclamó Sheldon con una sonrisa amplia, haciendo una exagerada reverencia—. Poseo información valiosa, pero como es costumbre en estos lares, solo la compartiré a cambio de un té.

—¡Ah, qué alegría recibir tan ilustre visitante! —respondió Amelia, curvando los labios en una sonrisa traviesa—. Y en cuanto a la información valiosa, me temo que un té común no será suficiente para tan grande revelación. ¿Qué tal si añadimos algo de pastel y una conversación que se haga merecedora de tan codiciado saber?

—¡Ah, una oferta tentadora! —dijo Sheldon, colocando una mano sobre su corazón en señal de aprecio—. Muy bien, accedo. La información que poseo es de tal calibre que bien merece un desayuno de primera. Se trata nada menos que de Sophie, la noble de la tumba. ¡Sí, tal como lo oye! Su misterio ha intrigado a la alta sociedad durante años, y hoy, en este momento glorioso, me dispongo a desvelar el enigma siempre y cuando mi té sea preparado como los dioses mandan, por supuesto.

La campanilla volvió a sonar, un hombre entró y se acercó al señor Fairburn. Amelia lo miró,

al parecer demasiado tiempo, porque un codazo de su amigo la hizo regresar a la realidad.

6

—Jamás imaginé que sería testigo del día en que la esquivadora señorita Fairburn encuentre a alguien que le mueva el tapete —bromeó Sheldon.

—¡Qué dices!, Nunca lo había visto por aquí, es solo eso —se justificó Amelia.

—¡Hija, preguntan por ti! —la llamó su padre.

—¡Vé, yo preparo el té! —dijo Sheldon, dándole un pequeño empujón.

—Señorita Fairburn —saludó el hombre, e hizo una pequeña reverencia con la cabeza.

—Sí... —respondió ella, y lo miró con curiosidad.

—Mi señor ha oído hablar de su talento para escribir cartas, tuvo muy buenas referencias y necesita su ayuda —dijo el desconocido, y sonrió.

Amelia parpadeó un par de veces, sorprendida. No era raro que la buscaran por su trabajo, pero este lacayo tenía un aire diferente.

—Por supuesto, caballero —respondió con cortesía, inclinando ligeramente la cabeza—. ¿Qué tipo de carta necesita?

El hombre sonrió de nuevo, esta vez con un destello de algo indescifrable en sus ojos.

—Una carta de amor —respondió, con una pausa calculada—. Pero no cualquiera. Mi señor necesita que sea tan poderosa que deje sin aliento a quien la lea.

Amelia lo miró con los ojos entrecerrados.

—Bueno, supongo que dependerá de lo que quiera transmitir. ¿Tiene algo en mente o prefiere que lo sorprenda?

—Oh, mi señor tiene mucho en mente —replicó el hombre, inclinándose apenas hacia ella, como si compartiera un secreto—. Pero prefiere que sea usted quien lo traduzca en palabras. Le aseguro que confía en su habilidad más de lo que confía en la mía.

Desde detrás del mostrador, Sheldon carraspeó con exageración.

—¿Seguro que no quiere escribirla usted mismo, caballero? —intervino, con una sonrisa burlona—. Tal vez la señorita Fairburn pueda asesorarlo, mientras prepara mi té.

Amelia rodó los ojos, deseando tener algo a mano para lanzarle a su amigo.

—Ignore a mi colega —dijo con apremio, mirando al cliente—. Si me da algunos detalles, puedo empezar de inmediato.

El hombre sacó un papel de su bolsillo y lo colocó en el mostrador.

—Aquí encontrará lo que necesita. No hay prisa.

—Bueno, bueno —canturreó Sheldon—. Este será un encargo interesante, ¿no crees?

Amelia abrió el sobre con cautela, mientras una sensación de curiosidad e inquietud se asentaba en su pecho. ¿Qué tan complicado podría ser escribir esta carta?

El contenido de la misiva que le pedían escribir era más atrevido de lo que jamás había imaginado. La solicitud incluía frases apasionadas y un tono que bordeaba lo indecoroso. Amelia sintió que sus mejillas se calentaban mientras avanzaba en la lectura.

—¿Está seguro de que esto es lo que su señor desea?

—Mi señor insiste. Además, está dispuesto a pagarle diez veces su tarifa habitual.

Amelia lo miró con los ojos muy abiertos, desconcertada y algo incómoda. No era su costumbre aceptar encargos tan explícitos, pero la cantidad mencionada era más de lo que podría ganar en un mes.

—Este no es el tipo de trabajo que suelo hacer... —comenzó a decir, pero el hombre la interrumpió con un gesto suave.

—Comprendo sus dudas, señorita, pero mi señor confía en que usted logrará transmitir exactamente lo que desea. Además, como muestra de su seriedad, aquí tiene un adelanto.

El lacayo depositó una pequeña bolsa de terciopelo en el mostrador con un leve tintineo metálico. Amelia, aún dubitativa, la miró antes de regresar su atención al hombre.

—Es una suma considerable —dijo, cruzando los brazos—, pero no estoy acostumbrada a escribir algo tan... —tragó saliva— explícito.

El hombre mantuvo la compostura, aunque un destello de diversión cruzó sus ojos.

—Señorita Fairburn, mi señor ha dejado claro que confía en su discreción y habilidad. No todos pueden captar el... sentimiento que desea transmitir.

Amelia vaciló. La librería había pasado por momentos complicados últimamente, y las cuentas pendientes pesaban sobre sus hombros. La suma adelantada podría darle cierto respiro.

—Está bien —accedió, y suspiró. Tomó la hoja con las instrucciones—. Tendrá su carta en dos días.

El hombre inclinó levemente la cabeza.

—Mi señor lo apreciará enormemente. Vendré a recogerla el día acordado.

Amelia lo observó mientras él salía de la librería con pasos ligeros, pero firmes. Algo en su porte la desconcertaba, aunque no podía señalar exactamente qué.

Releyó la esquila. El encargo estaba escrito en un estilo elegante pero frío, como si el autor hubiera querido que las palabras parecieran profesionales en lugar de personales. A pesar de ello, había algo curioso en la elección de las frases. Era como si la persona que lo había redactado supiera más sobre el amor fingido que sobre el real.

Amelia negó con la cabeza, tratando de apartar sus propias dudas.

«No importa quién sea este hombre ni por qué necesita una carta así», pensó. «Lo importante

es que este encargo podría salvar la librería».

Con seguridad, se sentó en su escritorio, afiló su pluma y preparó el papel. Sin embargo, mientras las palabras empezaban a tomar forma, no podía evitar preguntarse quién era en realidad ese supuesto lacayo y por qué sentía la incómoda certeza de que todo aquello no era lo que parecía. Volvió a leer la esquila:

Señorita Fairburn,

La dama a quien deseo rendir homenaje con esta carta es una mujer de inteligencia deslumbrante y un espíritu tan indomable como el viento. Sin embargo, su corazón es un enigma, uno que guarda con celo cada emoción y cada suspiro. Intenté, en vano, confesarle mis sentimientos, pero mis palabras siempre parecen ser demasiado frías, demasiado vacías, para hacerle justicia.

Es por ello que recurro a usted, quien posee la capacidad única de transformar pensamientos en versos que arden con pasión, de fusionar la lógica con el deseo de manera tan sublime que incluso los más férreos corazones se ven desbordados. Le ruego que sea discreta en este asunto tan delicado, no puedo permitirme que este sentimiento se torne público de ningún modo.

He adjuntado una lista con detalles que considero esenciales para darle a esta carta el toque adecuado. Cada palabra debe ser una caricia, cada frase, un susurro que la envuelva en una atmósfera de misterio y deseo.

Espero con impaciencia su respuesta, confiando en que su pluma sea mi única voz en este juego de corazones.

*Atentamente,
Un servidor*

Leyó el final con el ceño fruncido. Su reputación la precedía, y no precisamente por este tipo de encargos.

—¿Qué raro? —murmuró, apenas consciente de que había hablado en voz alta.

—¿Qué? —exclamó Sheldon, inclinándose hacia ella con interés—. Al fin algo de acción, esto se pone bueno.

Amelia dejó el papel sobre el mostrador, sin apartar la vista de él.

—No sé si debo sentirme halagada o preocupada —murmuró.

—¿Por qué no ambas? —dijo Sheldon, sonriendo de manera traviesa—. Ahora, querida, ¿qué harás?

Amelia respiró hondo.

—Lo que me pidieron, Sheldon —dijo con seguridad—. Escribir.

Sacó la lista de detalles que el misterioso señor consideraba esenciales para la carta. Con letra meticulosa, decía:

Para incluir en la carta:

1. *Una descripción poética y apasionada de los labios de una dama, como si fueran "frutos prohibidos, delicados y tentadores".*
2. *Una línea sobre "las caricias que despiertan incendios y calman tormentas".*
3. *La comparación de la piel con "el mármol más puro, aunque cálido al tacto".*
4. *Una mención a "susurros que encienden la noche y la convierten en un edén secreto".*
5. *Un pedido explícito para describir "los cabellos de ella cayendo como un río dorado sobre sus senos y que reclaman mi perdición".*
6. *Una frase que insinúe "la dulce esclavitud de los abrazos que no tienen fin".*
7. *Y finalmente, una referencia al "perfume de su piel, capaz de enloquecer al hombre más virtuoso".*

Amelia leyó la lista en silencio, sintiendo cómo el rubor le cubría las mejillas a medida que avanzaba.

—Vaya, parece que este caballero no quiere una simple carta de amor —murmuró, bajando el papel con rapidez y mirándolo como si fuera un objeto peligroso.

Sheldon, quien estaba a punto de servir el té, levantó la vista y arqueó una ceja al notar su expresión.

—¿Qué sucede? ¿El buen hombre necesita un mapa para llegar al corazón de su amada o algo más mundano? —bromeó, acercándose con curiosidad.

Amelia le mostró la lista de mala gana, mientras él la tomaba con aire solemne. Sus ojos recorrieron el contenido y, al instante, soltó una carcajada.

—¡Por todos los cielos, Amelia! Este hombre no necesita una carta, necesita una novela al estilo del Marqués de Sade —murmuró con una mezcla de burla y asombro, inclinándose ligeramente hacia ella como si compartiera un secreto inapropiado.

Amelia alzó una ceja ante el comentario, intentando mantener la compostura mientras él seguía riendo.

—Lamento decepcionarte, Sheldon, pero me temo que no poseo el mismo descaro que ese autor del que hablas —replicó con una pizca de ironía, cruzando los brazos sobre el pecho—. Sin embargo, haré mi mejor esfuerzo por estar a la altura de tan... peculiar pedido.

Sus palabras eran firmes, pero la leve curva en sus labios delataba que no estaba del todo ofendida, sino más bien intrigada por el desafío implícito en aquella comparación.

Amelia sonrió y comenzó a escribir. Al terminar el primer borrador dejó la pluma con cuidado y observó el resultado final.

— ¿Qué opinas, Sheldon? —preguntó, mostrándole la carta.

Él la tomó, leyó un par de líneas y levantó una ceja.

—Es... está bien —titubeó.

—Creo que él quería algo más... —dijo Amelia.

—Algo más... ¿atrevido?

—Sí, pero nunca me habían pedido algo así. No sé cómo hacerlo, Sheldon. O sea, puedo escribir sobre sentimientos románticos, pero la lujuria... Dios me libre, jamás me han besado...

—Tampoco has amado ni te han amado, solo imagina, Amelia.

—¡Por favor, Sheldon! Mi padre está ahí, no puedo escribir esto con él cerca.

—No te preocupes. Te recomendaré un libro para que alimentes tu imaginación. De hecho, creo que lo vi por aquí —dijo mientras se levantaba.

—Sheldon... —susurró Amelia, con un leve pánico en la voz.

—Tu padre está ocupado, no te preocupes.

Sheldon desapareció entre los estantes. Un rato después, apareció con un libro y se lo entregó. Ella lo cogió con cierto reparo por el miedo de que su padre la descubriera y leyó con rapidez la portada: *Fanny Hill de John Cleland*.

—Cuando termines la carta me la das para que te ayude a editarla —sugirió Sheldon, y con una ceja levantada y una sonrisa intrigante mientras depositaba una cucharada generosa de azúcar en su té añadió—: ¿Ahora puedo contarte la historia de Sophie?

—¿La dama de la tumba? Claro que sí —replicó Amelia, con la vista aún en el libro y el ardiente pedido. Aunque el cambio de tema la tranquilizó.

—Ah, pues tengo información privilegiada sobre ese encantador lío, por supuesto. Nadie cuenta historias mejor que yo. —Sheldon tomó un sorbo de té, cerró los ojos teatralmente y comenzó su relato.

—Sophie era, según dicen, una criatura de belleza celestial. De esas mujeres que hacen que los hombres caigan como moscas. Su historia es digna de una tragedia griega, se enamoró de un hombre que la abandonó cuando ella más lo necesitaba, se rumorea que ella había quedado encinta—exclamó con un ademán dramático.

—Sheldon, no puedes hablar en serio... —interrumpió Amelia.

—La pobre muchacha tenía más pasión que sentido común, y eso, querida, es una receta para el desastre. Pero ah, el amor. —Suspiró con exageración, apoyando una mano en su pecho.

—Déjame adivinar —dijo Amelia, cruzándose de brazos—. La familia de Sophie intentó arreglar el desastre.

—Exacto. Cuando su padre se enteró, bueno, no hace falta mucha imaginación para adivinar lo que ocurrió después. El viejo conde decidió proteger el honor de la familia a cualquier costo. Obligó a Sophie a comprometerse con un aristócrata mayor, un hombre que le triplicaba la edad.

—Qué romántico... —murmuró Amelia, rodando los ojos.

—El día de la boda —continuó Sheldon, inclinándose hacia ella—, Sophie no apareció en el altar. La encontraron en su habitación, sin vida, con una carta en la mano. Y aquí viene lo interesante, querida amiga: la carta desapareció. Nadie sabe qué decía. Algunos creen que era una nota de despedida, otros que contenía una revelación escandalosa.

—Eso es horrible —dijo Amelia.

—Solo cuento lo que escucho. Pero te diré esto: si alguna vez aparece esa carta perdida, es probable que derrumbe más de una teoría romántica.

Amelia negó con la cabeza.

—Los padres de Sophie fueron a vivir a su casa de campo y nunca más volvieron a aparecer en sociedad, y el aristócrata encontró pronto a otra joven que lo soportara. En cuanto a la madre de Sophie, se dice que cayó en un silencio perpetuo. No obstante, lo que en realidad intriga a las arpías de Londres es la identidad del hombre que la abandonó. Ningún nombre ha sido confirmado, aunque sospechas hay muchas.

Amelia asintió con lentitud. La historia había encendido una chispa de indignación en su pecho, por el trágico destino de Sophie.

—¿Cómo supiste todo esto? —preguntó, mirando a Sheldon intrigada.

—Tengo mis fuentes —respondió él, con una sonrisa traviesa—. Digamos que hay pocas cosas que el hijo repudiado de un barón no puede descubrir cuando se lo propone.

—Siempre me sorprendes, Sheldon. Entre tus historias y tus teorías, nunca sé cuánto hay de verdad.

—Eso es lo maravilloso de mí, querida Amelia; dejaré que decidas tú misma. —Sheldon hizo un brindis con su taza de té antes de añadir con una sonrisa pícara—: Aunque debo decir, que con ese aire trágico, podrías convertir en una novela la historia de Sophie.

—Se me hacía raro que no sacaras ese tema, eso te lo dejo a ti, querido amigo, es perfecta para una novela gótica.

Entre el singular pedido, el libro y lo que Sheldon le acababa de contar, Amelia se sintió intranquila, pero con ganas de volver a ver al hombre del cementerio. Ese día, antes de cerrar, acudió a la librería lady Eleanor, una hermosa y delicada dama, le solicitó una carta de despedida, le dio las indicaciones y le pidió que ella misma enviase la carta, le recalcó que confiaba en su discreción y le pagó un extra por el favor de hacer llegar la misiva a las mismas manos de John.

Londres, 1820

Amado John

Es con el corazón hecho pedazos que me siento a escribir estas líneas, sabiendo que serán las últimas dirigidas a ti. No hay mayor dolor que el de amar profundamente y no poder vivir ese amor.

Mis padres, con su fría lógica y su insistencia en lo que llaman "mi futuro", han decidido por mí, como si mi corazón fuese un simple accesorio que pueden moldear a su conveniencia. No entienden que mi felicidad eres tú, ni comprenden que mi alma no encuentra descanso si no está junto a la tuya. Pero el peso de sus expectativas y de este mundo que nos separa me ha vencido.

Te amo con cada fibra de mi ser, pero mi amor no puede desafiar las cadenas que me atan. Quisiera tener la valentía de dejarlo todo atrás, de correr hacia ti y vivir una vida humilde pero plena, en la que cada amanecer significara verte sonreír. Pero sé que hacerlo sería condenarte a un futuro incierto, a una vida de desprecio y lucha por mi causa. No podría soportar ser el motivo de tu sufrimiento.

Por eso, debo dejarte ir, aunque mi alma grite en contra. Quiero que encuentres la felicidad que mereces, incluso si no es conmigo. Seré tuya siempre, en los recuerdos, en los sueños y en el amor que jamás dejará de arder en mi corazón.

Nunca dudes de lo que siento por ti, ni de lo real que ha sido cada momento que compartimos. Llévame contigo en tu memoria, así como yo te llevaré en la mía, hasta el último aliento.

*Con amor eterno,
Eleanor*

Amelia acomodó su escritorio frente al ventanal. La luz suave iluminaba las páginas que guardaban las primeras palabras del día. Su pluma, siempre al alcance, era una extensión de su mano, lista para transformar sentimientos en frases perfectas.

Mientras su padre, con el rostro cansado, pero sereno, organizaba un nuevo lote de libros en los estantes, Amelia saludó al primer cliente, un joven tímido que sujetaba su sombrero entre las manos.

—¿Cómo puedo ayudarte hoy? —preguntó Amelia, ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora.

El muchacho le explicó su deseo de recuperar el afecto de una dama distante. Su relato era una mezcla de esperanza y angustia, y Amelia, acostumbrada a escuchar historias así, tomó nota de cada detalle. Cuando el cliente se retiró, dejó el anticipo y una descripción del destinatario, suspiró, y preparó su pluma.

«Otro corazón herido que busca consuelo en palabras», pensó.

El día transcurrió entre libros y tinta. Los clientes iban y venían, algunos buscando novelas de una nueva escritora, cuyas historias comenzaban a ganar popularidad. Su padre, orgulloso de la pequeña colección de la autora que había adquirido, se aseguraba de mencionar sus títulos a quienes buscaban algo especial.

Al caer la tarde, mientras revisaba un nuevo encargo, Amelia notó algo curioso. La carta era para él. Todas ellas llenas de súplicas, confesiones de amor y un deseo desesperado de captar su atención.

Intrigada, Amelia se quedó observando el nombre mientras su mente jugaba con las posibles historias detrás de esas cartas. ¿Quién era Lord Blackwood? ¿Qué tenía este hombre que atraía tantos corazones? El deseo de saber más sobre ese misterioso noble cuyas iniciales ya ocupaban un rincón persistente de su escritorio, comenzaba a tomar forma.

Sheldon apareció de repente, guiando a Amelia hacia la trastienda y le entregó la carta que había corregido. Ella la leyó, y a medida que avanzaba, sus mejillas comenzaron a sonrojarse. Cuando terminó de leer, lanzó un suspiro suave y miró a Sheldon con vergüenza.

—¿Qué opinas? Sin entrometerme en tu dulce estilo, intenté agregar la pimienta...

—Es... —Amelia se aclaró la garganta— está muy bien. Creo que la entregaré así mismo. Tienes una hermosa caligrafía. Gracias por ayudarme con esto —dijo, y lo abrazó.

—Para eso estamos los amigos. Además, necesito, por una vez, no solo ser jugador de los chismes, sino convertirme en parte de ellos.

—Todos salimos ganando: tú agregas el toque impúdico, lord Blackwood obtiene su carta y yo el dinero. Estaba pensando, amigo, creo que podemos ser socios. Te pagaré por tu impecable trabajo.

—Deja, que yo os debo bastante a ti y a tu padre. Ve restando de mi cuenta —dijo Sheldon, y le ofreció una gran sonrisa—. Ahora debo marcharme, tengo una noche de literatura y descontrol —se burló, levantando y bajando las cejas.

—Ve, pero no caigas en excesos. Luego te pasas el día con dolor de cabeza y aliento a mercader —dijo Amelia con sorna.

Más tarde mientras cerraba la librería junto a su padre, Amelia no pudo evitar comentar:

—Es curioso, ¿no crees? Este hombre parece tener a todas las jóvenes de Londres rendidas a sus pies.

Su padre, más interesado en la contabilidad del día que en los chismes, apenas levantó la mirada.

—Algunos hombres tienen ese efecto. Es importante recordar que no todo lo que brilla es oro.

Con el sonido de la llave girando en la cerradura, Amelia se despidió de otro día, pero su mente ya estaba trabajando en el misterio de Lord Blackwood.

Al día siguiente, cuando la librería apenas había abierto sus puertas, Amelia estaba preparada. Si aquel misterioso lacayo regresaba, tenía la intención de hacer preguntas.

Y como si el destino la escuchara, el hombre apareció cerca del mediodía, puntual como un reloj.

—Señorita Fairburn —dijo con esa voz calmada y formal—, estoy seguro de que mi señor estará satisfecho por su impecable trabajo.

Amelia lo observó con detenimiento.

—Eso espero —respondió con una sonrisa educada, aunque su corazón latía con fuerza—. Sin embargo, tengo una pregunta, si me lo permite.

Pudo ver un destello de curiosidad en los ojos del hombre.

—Por supuesto, señorita.

Amelia inspiró antes de hablar.

—¿Quién es realmente su amo? Porque, si le soy sincera, empiezo a sentir que escribo para un fantasma.

El lacayo no respondió de inmediato. Por un momento, algo que parecía una sombra cruzó su expresión.

—Señorita Fairburn, hay cosas que es mejor no saber —dijo, con una calma inquietante—. Le aseguro que su trabajo es valorado. Más allá de eso, no hay nada que deba preocuparla.

Pero esas palabras no calmaron a Amelia; al contrario, solo alimentaron su curiosidad.

—¿Por qué su amo no escribe estas cartas por sí mismo? —se atrevió a preguntar, manteniendo un tono cortés.

El sirviente levantó una ceja, sorprendido por la pregunta, pero su respuesta fue rápida y seca:

—Mi señor no considera que estas tareas requieran su atención personal. Confía en su habilidad para manejarlas con la discreción necesaria. —Dejó el segundo pago sobre el mostrador.

Amelia no pudo evitar sentir que estaba contribuyendo a algo que no comprendía del todo. Mientras analizaba la situación, observó al hombre alejarse.

Sin embargo, lo que ahora la preocupaba más que aquel raro encargo, era Lord Blackwood, un misterio que empezaba a tocar una fibra muy personal en ella.

Amelia cerró la puerta de la librería y se apoyó en ella, dejando escapar un suspiro pesado. Con la mirada perdida en la bolsa de terciopelo, aquel pago simbolizaba tanto alivio como inquietud, sin embargo había algo que la intrigaba más.

«¿Quién era Lord Blackwood? ¿Por qué tantas mujeres parecían obsesionadas con él, y por qué ella se encontraba ahora enredada en ese torbellino?», se preguntó.

Mientras el día avanzaba, su mente no podía apartarse de la idea. Las cartas que había escrito destinadas él no eran solo mensajes de amor, sino declaraciones apasionadas y, en algunos casos,

casi desesperadas. La manera en que aquellas mujeres lo describían iba más allá de un simple galán; lo veían como una figura casi mítica.

Esa noche, sentada junto al escritorio donde componía sus cartas, Amelia tomó una decisión. Sacó todas las copias de los encargos que había escrito para las admiradoras de Lord Blackwood y las extendió frente a ella. Encendió una lámpara de aceite y se preparó para examinar cada palabra con atención.

Al leer las cartas, una idea comenzó a formarse en su mente. Había un patrón en los detalles que las mujeres proporcionaban. Todas mencionaban pequeños gestos que parecían demasiado específicos: una inclinación particular de la cabeza, una sonrisa fugaz al final de una conversación, una frase que parecía sacada de un libro romántico. Y luego estaba el hecho de que casi todas habían conocido a Lord Blackwood en los mismos círculos sociales, en bailes organizados por familias influyentes.

Amelia cerró los ojos un momento, dejando que las palabras de su última clienta resonaran en su mente: «Él me miró como si fuera la única mujer en el salón. Y entonces, simplemente desapareció».

No podía ignorar la sensación de que estaba siendo usada para alimentar una ilusión. Pero la pregunta que más la atormentaba era: ¿Qué gana este misterioso Lord Blackwood con todo esto?

8

Weston estaba sentado tras su escritorio, concentrado en los cálculos de los gastos de la mansión y de Evan. Las cifras no cuadraban, y la lista de extravagancias de su hermano parecía interminable. Arrugó el gesto, pensando en cómo abordar el tema con él sin provocar una discusión.

Un golpe en la puerta lo hizo levantar la vista.

—Adelante —dijo, soltando la pluma.

William entró en la habitación con una sonrisa amplia y un aire de triunfo. En su mano llevaba una carta, que agitó frente a Weston con teatralidad.

—Mira lo que tengo.

Weston suspiró.

—Creí que te habías olvidado de ese asunto.

—¿Olvidarme? Por favor. Me disfracé de sirviente para llegar a la misteriosa escritora. —William soltó una carcajada mientras se dejaba caer en una silla frente al escritorio.

Weston lo miró con incredulidad.

—Ya eres adulto para hacer ese tipo de cosas —dijo con un tono exasperado—. No puedo creer lo que eres capaz de inventar solo para sacarme de aquí.

William fingió estar ofendido.

—Te estoy haciendo un favor, amigo. Algún día me lo vas a agradecer. Aquí tienes. —Le tendió la carta con una sonrisa cómplice—. Léela y dime si la letra coincide con las otras.

Weston tomó la misiva con cierta reticencia. Mientras leía, su expresión pasó de la sorpresa al desconcierto. De vez en cuando levantaba la vista hacia William, como si necesitara confirmar que realmente estaba allí.

Querida Dama

¿Cómo podría empezar estas líneas sin evocar aquello que me obsesiona? Sus labios, milady, son frutos prohibidos, delicados y tentadores, que me atraen con una promesa de dulzura y condena. Solo basta que los roce para que todo mi mundo se disuelva en un caos delicioso del que no quiero escapar.

Mi sangre hierve al calor de sus recuerdos, convirtiéndose en lava, estimulando cada rincón de mi cuerpo. Mi bella dama, es usted capaz de generar incendios y calmar las tormentas que azotan mis pensamientos. Su toque, delicado como el pétalo de una flor trasciende mi carne,

llegando a lo más profundo de mi ser. Lucho contra mis instintos y la necesidad de volver a beber de su fuente prohibida, pero el recuerdo de su aroma sigue aquí, impregnado en lo más hondo de mis sentidos.

Y su piel... ¡Ah, su piel! Es como el mármol más puro, pero cálido al tacto, como si un sol secreto habitara en su vientre. Cada encuentro ha dejado una marca, no en mi cuerpo, sino en mi espíritu, que la ansía cada día más.

Sus susurros, milady, encienden la noche y la convierten en un edén secreto, un lugar donde el tiempo se detiene y solo existimos usted y yo, sin la atadura del ropaje, piel contra piel. Esos momentos, aunque fugaces, son eternos en mi memoria, y me temo que en ellos reside mi perdición.

Sus cabellos, que caen sobre sus senos como un río dorado reclaman mi perdición con cada movimiento. Sé que sueño audaz, pero no puedo evitar desear aquello que me fascina y atormenta al mismo tiempo. El recuerdo de su cuerpo desnudo sobre el mío, absorbiendo la vida que emana de este acto casi religioso es lo que me mantiene cuerdo.

Anhelo con una intensidad que asusta la dulce esclavitud de esos abrazos suyos que parecen no tener fin, donde la voluntad se rinde y lo único que importa es el calor compartido. Y su perfume... ese aroma que permanece en el aire después de que se haya marchado, capaz de enloquecer al hombre más virtuoso. Cuando la tengo cerca, temo no poder controlar mis instintos ni comportarme como un caballero de actos puros y morales. El deseo crece con cada instante de su proximidad; es como si una fuerza ineludible instase a mi cuerpo para que rinda homenaje a su belleza.

Comprendo a Adán y la decisión que tomó al extender la mano hacia la fruta prohibida. Conocía el riesgo, como yo. Sabía que, con un solo bocado, perdería el paraíso. Y aún así, ¿cómo resistirse a lo irremediable cuando lo prohibido resulta tan tentador? Si estar a su lado significa arriesgarlo todo, entonces no soy mejor que él, porque, aun sabiendo las consecuencias, tomaría el riesgo una y otra vez.

Espero que estas palabras no resulten demasiado atrevidas, aunque temo que ya he cruzado ese límite. Sé que es una mujer valiente y atrevida, que sabe disfrutar del placer y del juego. Confío en que sepa leer en esta misiva no solo deseo, sino que también la admiración profunda y, quizás, algo más que no me atrevo a nombrar.

Suyo,
Un servidor

—¿Qué demonios le pediste que escribiera? —preguntó, dejando la carta sobre la mesa con cuidado.

William se encogió de hombros, divertido.

—No te pongas dramático. Solo le di unas ideas.

—Ideas. —Weston lo miró incrédulo—. Estas no son ideas, William. Esto es... —Buscó las palabras adecuadas, pero terminó soltando un suspiro de frustración—. Es...

— ¿Demasiado descriptivo? —interrumpió William con una sonrisa ladina.

—Exacto. ¿Y dices que quien escribió esto es una dama?

—Amelia Fairburn, una dama encantadora, aunque, para mi gusto, demasiado corriente. Su padre es dueño de una librería en decadencia, por lo que le ofrecí más de lo que cobra, me costó convencerla, ya que no suele escribir este tipo de textos, sin embargo, vi la acuciante necesidad en la que está envuelta, y aproveché esa debilidad.

Weston se llevó una mano al rostro, frotándose las sienes.

—¡Mucho peor! ¿Qué estará pensando de mí? Que soy un completo degenerado...

—Bueno, para ser justos, ella escribió lo que lees. Si alguien me acompañará al infierno aquí, será ella. Interpretó perfectamente mi pedido.

—Eso está claro —murmuró Weston, tomando de nuevo la carta y leyendo algunos fragmentos en voz baja. Luego la dejó sobre la mesa con firmeza—. Pero no, la letra no coincide con las demás cartas.

William arqueó una ceja, divertido.

—Interesante... Entonces tenemos que seguir investigando.

Weston lo miró con incredulidad y resignación.

—Te estás divirtiendo con todo esto, ¿verdad?

—Por supuesto. ¿Y tú no? —William se levantó, dándole un golpe amistoso en el hombro antes de dirigirse a la puerta—. Algún día me lo vas a agradecer.

Weston lo observó, preguntándose cómo siempre lograba meterlo en situaciones tan absurdas. Luego volvió a mirar la carta sobre su escritorio, sintiendo que aquel misterio empezaba a ser mucho más complicado de lo que había imaginado.

—Seguiré buscando, amigo. Vamos a dar con la persona que escribe esas cartas —dijo William desde la puerta.

Weston suspiró y se recostó en su silla.

—Igual iré el sábado, William. No hace falta que sigas con esto. —Hizo una pausa, y luego agregó en un tono cansado—: Imagínate que todos los escritores de cartas de Londres piensen que soy un depravado. Te agradezco el esfuerzo, pero te suplico que pares con esto.

—No he dado nombres, nadie sabe que fuiste tú quien me pidió...

—Será porque no lo hice, no te pedí nada, por lo menos no algo así.

—Me pediste que averiguara, pero no me dijiste cómo hacerlo, tuve que echar mano a mi imaginación para...

—Está bien, ya no importa, por lo menos no diste mi nombre, te lo agradezco.

Amelia y su padre disfrutaban de una noche tranquila en la trastienda de la pequeña librería. Las velas estaban colocadas de manera estratégica para iluminar cada rincón. Ella estaba inclinada sobre la mesa del comedor, revisando una nueva solicitud, mientras su padre, con su semblante apacible y las manos curtidas por años de trabajo, la observaba desde su silla junto a la chimenea.

—Parece que esas cartas han mantenido tus manos ocupadas —comentó él de manera casual, rompiendo el silencio.

Amelia alzó la vista, sorprendida por el comentario. Su padre no solía entrometerse en los detalles de su trabajo con las cartas, pero era evidente que había notado algo. Colocó la pluma sobre el tintero y cruzó las manos sobre el pecho, reflexionando antes de responder.

—Es cierto —admitió con un leve suspiro—. Siempre son encargos similares. Es... peculiar, por llamarlo de alguna manera.

Su padre asintió, sus ojos marrones brillaban con interés. Aunque había dejado a Amelia manejar esa parte del negocio, le gustaba mantenerse informado sobre los detalles. Era un hombre observador, y su instinto le decía que había algo extraño en la actitud de su hija.

—No te obsesiones con esto, hija —dijo con suavidad.

Amelia se removió incómoda en su asiento. En su interior, una chispa de curiosidad comenzó a brillar, aunque intentó sofocarla con una respuesta racional.

—Debes estar tranquilo, padre, no lo hago —dijo, aunque sus palabras sonaban más como una excusa que como una convicción.

Su padre la estudió por un momento, intentando leer algo en su expresión. Al final, dejó escapar una ligera risa.

—Amelia, te conozco muy bien, sé cuando estás tramando algo.

Ella bajó la mirada hacia la hoja sobre la mesa. Las palabras que había escrito aún estaban frescas en su mente. Cada letra le parecía ahora un eco que la incomodaba.

—No entiendo por qué estas mujeres se humillan de esta manera —murmuró después de un momento, casi más para sí misma que para su padre.

—Esa es una buena pregunta —respondió su padre, inclinándose hacia adelante con un gesto de curiosidad paternal—. Quizá deberías animarte a vivir el amor, todo es un riesgo en la vida, Amelia, pero como siempre digo: el que no arriesga no gana.

Amelia levantó la mirada, sorprendida por la sugerencia. Su padre rara vez la alentaba a involucrarse en asuntos que pudieran complicar su tranquila vida. Pero había algo en su tono,

una mezcla de súplica y desesperación, que la hizo considerar la idea por primera vez.

—Quizá —repitió con una ligera risa nerviosa.

Ella volvió a sus cartas y su padre se quedó en silencio, con la mirada en la chimenea.

—Amelia —su voz ronca rompió el silencio con suavidad, pero con un peso que le hizo levantar la cabeza de inmediato—. Ven aquí.

Ella arrugó el gesto con preocupación, pero dejó la pluma y se acercó. Se sentó frente a él, en el sillón opuesto, y cruzó las manos sobre su falda.

—¿Qué ocurre, padre? ¿Se siente bien?

—Bien, bien —respondió él, agitándose un poco y con una sonrisa forzada—. Aunque quizá no tanto como antes. Es lo normal cuando uno tiene mi edad. Los años pesan, hija, y es hora de hablar de cosas que no puedo seguir ignorando.

Amelia lo miró con mayor atención. Sabía que algo le preocupaba. Aquel tono solemne, casi distante, era raro en él.

—¿Qué cosas?

El señor Fairburn tomó aire, como si necesitara reunir coraje para continuar. Sus ojos, cálidos y cansados, se posaron en su hija.

—Tú. Amelia, ¿has pensado en lo que será de ti cuando yo ya no esté?

Ella abrió la boca, atónita.

Él levantó la mano, deteniendo cualquier protesta.

—No me malinterpretes, no estoy diciendo que me iré mañana. Pero no soy un hombre joven. Mi corazón y mis huesos me lo recuerdan cada día. Me preocupa lo que te espera cuando no tengas a este viejo gruñón cuidándote.

—¡Pero eso no es algo de lo que debas preocuparte ahora! —replicó Amelia indignada, pero también asustada por el cariz que tomaba la conversación.

—Lo es. Y debería preocuparnos a ambos. Hija, no puedes vivir toda tu vida aquí, en esta librería, aferrándote a tus historias y a un corazón que mantienes bien guardado.

Amelia sintió que la garganta se le cerraba.

—Padre, yo soy feliz así... No necesito a nadie más.

—No hablo de necesidad, hija. Hablo de compañía y amor. Mereces más que estos muros. Mereces alguien que te ame y que te sostenga cuando el mundo parezca demasiado amenazador.

—Estoy bien —dijo ella con firmeza, aunque sus ojos reflejaban la lucha en su interior—. Prefiero cuidarme a mí misma que arriesgarme a sufrir.

El señor Fairburn la miró con tristeza. Alargó una mano temblorosa y tomó la suya.

—Hija, no puedes proteger tu corazón para siempre. A veces, arriesgarse es lo que nos da vida. El amor merece ese riesgo.

Ella apartó la mirada, parpadeó con rapidez para espantar cualquier lágrima traicionera.

—Padre, por favor...

—No estoy diciendo que te cases mañana, pero al menos permite que alguien se acerque. No cierres las puertas antes de que alguien toque. Porque un día, Amelia, podría ser demasiado tarde.

Amelia liberó su mano con delicadeza y se puso de pie.

—Voy a preparar una taza de té —dijo, intentando sonar serena—. Necesito descansar.

Él asintió apenado, pero antes de que ella se marchara, volvió a hablar:

—Lo único que deseo, es verte feliz. No lo olvides.

Amelia salió de la sala con pasos apresurados. Mientras ponía el agua a hervir en la cocina, su pecho se sentía pesado. Las palabras de su padre habían tocado un lugar que ella creía bien protegido. Y, por primera vez en mucho tiempo, se preguntó si de verdad era feliz o si solo se había resignado a estar sola.

Se sumió en un silencio reflexivo. La semilla de curiosidad que había comenzado a germinar en su mente ahora echaba raíces más profundas. Sin embargo, había algo que la inquietaba más: Lord Blackwood, y no podía ignorar ese asunto. Pero, ¿en realidad quería adentrarse en un mundo lleno de secretos y complejidades que escapaban a su control?

Más tarde, cuando su padre se retiró a descansar, ella se quedó en el comedor. Los pedidos de cartas aún esperaban su atención, pero su mente estaba lejos de allí.

Esa noche, mientras observaba las sombras alargadas que la vela titilante proyectaba sobre la mesa, decidió algo: no podía seguir ignorando lo evidente. No sabía cómo, ni siquiera estaba segura de por qué, pero tenía que saber más sobre Lord Blackwood. Sus cartas habían sido el reflejo de tantos corazones rotos; convirtiendo a su curiosidad en una motivación poderosa.

Antes de apagar la vela y retirarse a su habitación, escribió en un pequeño trozo de papel una simple frase que resumía lo que sentía: "Las palabras pueden revelar lo que los actos ocultan". Colocó el papel en el bolsillo de su vestido, como un recordatorio de la inquietud que comenzaba a marcar su camino.

Esa noche, al cerrar los ojos, no soñó con las cartas que solía escribir ni con las historias de amor que ayudaba a forjar. En su mente, solo estaba el nombre que ahora la mantenía en vilo.

9

Amelia caminaba a paso lento, aferrando con una mano su sombrilla y con la otra una pequeña cesta con correspondencia para entregar. Había salido de la librería con la intención de distraerse. La fina llovizna que empapaba las calles adoquinadas de Londres, le daban un toque gris y melancólico.

Fue entonces, mientras atravesaba un parque casi desierto, cuando notó a una mujer sentada en un banco, sola y ajena a la fría humedad que empezaba a calar en el aire. Tenía la mirada perdida en el vacío.

Amelia, siempre sensible al sufrimiento ajeno, sintió un tirón en su corazón al verla. Por un momento, dudó si acercarse. Tal vez aquella mujer deseaba estar sola. Pero algo en su expresión, una mezcla de desesperanza y vulnerabilidad, la impulsó a caminar hacia ella. Al llegar a su lado, notó que era una mujer un poco menor que ella, con un vestido elegante que indicaba su estatus social, pero con un rostro que delataba el peso de una tristeza profunda.

—Disculpe —dijo Amelia con suavidad, inclinándose con sutileza hacia ella—, no pude evitar notar que parece afligida. ¿Necesita ayuda, milady?

La mujer alzó la vista con lentitud, y sus ojos, enrojecidos por el llanto, encontraron los de Amelia. Al principio, pareció sorprendida por la intrusión, pero algo en la voz cálida de la joven librera pareció desarmarla.

—No, no estoy bien —respondió después de un momento, con la voz entrecortada por la emoción contenida—. Aunque no sé si importa.

Amelia tomó asiento a su lado, sin importar que el banco estuviera mojado por la llovizna. Sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo ofreció.

—A veces, decirlo en voz alta ayuda más de lo que creemos. Si desea hablar, estoy aquí para escucharla.

La mujer tomó el pañuelo con manos temblorosas y asintió. Durante unos instantes, pareció debatirse entre la necesidad de desahogarse y el temor de compartir su dolor con una desconocida. Al final, inclinó la cabeza, fijando la mirada en sus manos que sostenían el pañuelo y comenzó a hablar.

—Desapareció sin explicación, simplemente se alejó, después de... —dejó la frase en el aire, y el corazón de Amelia dio un vuelco—. Todos los hombres son iguales.

Amelia mantuvo su expresión neutral, aunque por dentro estaba conmocionada.

—Eso suena terrible.

—Lo amo —susurró ella, con la voz rota por las lágrimas—. Y pensé, tontamente, que él también lo hacía. Pero entonces, comenzó a evitarme y lo ví en el último baile cortejando a otra muchacha.

La joven librera sintió que un nudo se formaba en su garganta. Era como si estuviese hablando de Lord Blackwood.

—¿Y no hubo explicación? —preguntó Amelia, con la esperanza de entender más sobre la situación.

La mujer negó con la cabeza, limpiándose las lágrimas con el pañuelo que Amelia le había dado.

—Nada. Lo esperé durante días, con la esperanza de que se presentara en persona o que enviara alguna señal, pero nunca lo hizo. Simplemente desapareció de mi vida como si nunca hubiese existido.

Amelia sintió una oleada de culpa. Nunca había considerado el impacto real de las palabras que escribía en esas cartas. Para ella, eran solo encargos, transacciones comerciales que ayudaban a mantener la librería y cubrir los gastos. Pero ahora, viendo el rostro devastado de aquella mujer, entendió que sus palabras habían sido súplicas desesperadas de alguien que había amado con sinceridad.

—Lo siento mucho —dijo Amelia, y apoyó una mano en el brazo de la mujer—. No puedo imaginar lo difícil que debe ser para usted.

La mujer esbozó una sonrisa triste.

—No es su culpa, señorita, ni siquiera es culpa de ese energúmeno. La culpa es mía por haber creído que alguien como él podría amarme.

Amelia negó con la cabeza, indignada.

—No es culpa suya —dijo con firmeza—. Amar no es un error. La culpa recae en aquellos que juegan con los sentimientos ajenos.

Por un momento, la mujer pareció calmarse. Miró a Amelia con algo parecido al alivio, como si las palabras de la joven hubieran aligerado un poco su carga.

—Gracias por escucharme —dijo finalmente—. No sé quién es usted, pero su bondad significa más de lo que puede imaginar.

—Soy Amelia Fairburn, la librería de mi padre queda aquí cerca, ¿le gustaría conocerla y tomar una taza de té caliente?

—Lady Rebecca Marbury, es un placer conocerla, señorita Amelia —dijo la joven, e inclinó la cabeza en una sutil y educada reverencia—. Le agradezco la invitación, pero será en otra oportunidad.

Amelia la acompañó hasta que la mujer decidió marcharse. Cuando se quedó sola, permaneció sentada en el banco, reflexionando sobre lo que acababa de escuchar. No podía quitarse de la cabeza la idea de que, de alguna manera, podría contribuir a calmar el sufrimiento de aquella mujer.

Ese encuentro cambió algo dentro de Amelia. Aunque la mujer no le dio nombres, y ella tampoco había preguntado, la historia de lady Rebecca convirtió la curiosidad por Lord Blackwood en algo más profundo: una necesidad de entender quién era en realidad ese hombre

que parecía tener el poder de romper corazones con la misma facilidad con la que otros respiraban.

Cuando finalmente se levantó, lo hizo con una resolución renovada. Podía intentar descubrir la verdad. Y con cada paso que daba, sentía que el destino la empujaba inexorablemente hacia el misterio que rodeaba a aquel hombre.

La tarde estaba envuelta en un aire de inquietud cuando Amelia regresó a la librería, todavía sumida en las emociones del encuentro con la mujer en el parque. Había algo perturbador en la forma en que el nombre de Lord Blackwood seguía apareciendo en su vida, como si un hilo invisible la guiaba hacia él. Pero no había tiempo para contemplaciones vagas; la librería la esperaba, y con ella, los papeles acumulados de los encargos más recientes.

Cerrando la puerta detrás de ella, se quitó el abrigo empapado y saludó a su padre. La calidez del espacio, rodeado de estanterías abarrotadas de libros y pergaminos, la hizo sentir segura. Respiró profundamente, buscando el consuelo habitual. Sin embargo, esta vez, la paz que solía encontrar en ese lugar estaba ausente.

Tomó asiento frente al escritorio, moviendo con cuidado un montón de papeles para hacer espacio. Desde hacía tiempo, había comenzado a mantener un registro meticuloso de los encargos de cartas, tanto por curiosidad como por organización. En cada hoja había los siguientes detalles: el nombre del cliente, el destinatario y las solicitudes para futuras referencias.

Al abrir el registro más reciente, sus ojos comenzaron a recorrer las filas de nombres escritos en su pulcra caligrafía. Al inicio, no buscaba nada en particular, pero una sensación persistente la empujaba a buscar más allá de lo evidente.

Fue entonces cuando el nombre apareció por primera vez en la página: Lord Blackwood.

Amelia se detuvo y frunció el ceño. Pasó la página, y allí estaba de nuevo: Blackwood. Su dedo recorrió la lista, ahora con creciente urgencia, y encontró el nombre una y otra vez.

—Esto no puede ser casualidad —murmuró para sí misma, sintiendo cómo una mezcla de sorpresa y aprehensión se apoderaba de ella.

Desde hacía meses, había asumido que sus encargos eran diversos, provenientes de distintas personas con intereses románticos variados. Sin embargo, al examinar con mayor detenimiento, quedó claro que varias de las cartas estaban destinadas al mismo hombre. Lo que inicialmente había sido un murmullo inquietante en su mente, ahora resonaba como un grito claro: había algo extraño en todo esto.

Se levantó de su silla y fue hacia un pequeño baúl de madera donde guardaba copias de las cartas que había escrito. Era un hábito que desarrolló para protegerse de cualquier acusación de falsificación o discrepancia en sus encargos. Sacó un puñado y comenzó a revisarlos.

Cada carta dirigida a Lord Blackwood seguía un patrón similar: mujeres que declaraban su amor, suplicaban su regreso o, en algunos casos, intentaban comprender por qué las había dejado. Era como si cada una de ellas estuviera atrapada en una red emocional que él había tejido y abandonado sin mirar atrás.

—¿Quién es este hombre? —preguntó en voz alta, como si las paredes de la librería pudieran responder.

No podía ignorar la cantidad de vidas que parecían entrelazadas con la de ese misterioso noble. Amelia recordó las palabras de la mujer en el parque y su dolor evidente al hablar de cómo había sido abandonada.

Volvió a sentarse, esta vez con una determinación diferente. Tomó un pedazo de papel en blanco y comenzó a hacer una lista de todas las cartas dirigidas a Lord Blackwood. Algunas eran recientes, otras de meses atrás, pero juntas formaban un patrón innegable. Y ahí, en medio de ese caos apareció el nombre de Sophie. La revelación comenzó a incomodarla.

De repente, un pensamiento inquietante se deslizó en su mente: ¿y si él es el culpable de la muerte de Sophie? El sonido de la campanilla en la puerta principal interrumpió sus pensamientos, levantó la cabeza sobresaltada.

Era Sheldon. Él entró con su usual caminar divertido, pero al ver la expresión en el rostro de Amelia, frunció el ceño.

—¿Todo está bien? —preguntó, dejando su sombrero y abrigo en el perchero cercano.

Amelia dudó por un momento antes de responder.

—Sheldon, necesito saber más sobre este lord Blackwood.

Sheldon se sorprendió, pero después de un momento, asintió.

—He oído hablar de él, claro. Es conocido en ciertos círculos. No es alguien con quien haya tratado directamente, pero su nombre aparece de vez en cuando en los rumores. Él se crió lejos de Londres, su padre enviudó y lo envió al campo, regresó solo cuando lord Blackwood falleció para hacerse cargo del título ¿Por qué lo preguntas?

Amelia vaciló antes de responder.

—En los últimos meses he estado escribiendo muchas cartas que lo involucran, y no puedo evitar sentir que hay algo extraño en todo esto.

Sheldon se acercó, mirando por encima del hombro de Amelia las notas que había estado haciendo.

—¿Y por qué eso sería algo malo?

—No lo sé —admitió Amelia—, pero hay demasiadas coincidencias. Las mujeres para quienes escribo estas cartas parecen estar profundamente afectadas por él. Una de ellas estaba devastada... La dejó y nunca volvió a saber de él.

Su amigo la miró con preocupación.

—Amelia, deberías tener cuidado. A veces, los nobles juegan con los sentimientos de los demás como si fueran fichas en un tablero. Pero también es posible que tú solo estés viendo patrones donde no los hay.

Amelia apretó los labios, sintiendo que sus pensamientos se agitaban aún más.

—Tal vez tengas razón, pero no puedo ignorar esto. —Le mostró lo que había encontrado, un registro con el nombre de la mujer de la tumba—. Quiero saber quién es Lord Blackwood y por qué tantas mujeres parecen sufrir por su causa.

Sheldon suspiró y colocó una mano en su hombro.

—No quiero que te metas en problemas.

Amelia asintió, aunque en su interior sabía que no podía dejar esto sin respuesta. Había algo que la empujaba a descubrir la verdad, sin importar las consecuencias.

Esa noche, mientras la librería se sumía en el silencio, Amelia se quedó despierta hasta tarde, repasando una y otra vez las cartas y los registros. Las palabras que había escrito para otras personas, en especial, para Sophie, ¿cómo no se había acordado de ese nombre?, sus palabras ahora parecían ecos de algo mucho más grande, un enigma que apenas comenzaba a comprender. Y aunque no sabía dónde la llevaría esta investigación, estaba segura de una cosa: ahora ya no podía detenerse.

10

Amelia se encontraba sentada en el pequeño escritorio de la librería. Afuera la ciudad seguía su curso, con su bullicio distante y sus ecos suaves, pero ella no podía concentrarse en nada de eso. Su mente estaba en otro lugar, atrapada en un mar de pensamientos contradictorios.

Algunas de las cartas que había escrito durante los últimos meses pesaban sobre su conciencia como una carga invisible. Había sido parte de una red de palabras, hilando sentimientos ajenos con su pluma, transformando emociones en meras frases en papeles. Pero ahora, a medida que reflexionaba sobre las últimas semanas, esa rutina había comenzado a sentirse diferente, casi extraña. Los nombres de las mujeres y los hombres para quienes escribía no eran simples caracteres en un papel. Eran personas, con corazones reales que palpitaban detrás de las palabras que ella escribía. Y en su mente, algo había comenzado a desmoronarse.

Recorría con la vista las hojas de las cartas que había escrito, pero no podía evitar preguntarse si en realidad estaba ayudando a esas mujeres o simplemente las estaba condenando a una repetición interminable de sufrimiento. Sus palabras buscaban consuelo, pero al mismo tiempo, ¿no era ella parte de la misma maquinaria que las mantenía atrapadas en un amor sin esperanza? Sintió que estaba creando un círculo vicioso. ¿Estaba ayudando a esas mujeres a cerrar capítulos dolorosos o las estaba empujando a la oscuridad de su desdicha?

Tomó una de las cartas dirigidas a Lord Blackwood. Esta, en especial, había sido difícil de escribir. La mujer que la había encargado solicitó que las palabras fueran suaves, llenas de esperanza, como si la posibilidad de una reconciliación aún estuviera al alcance. Había seguido sus instrucciones, pero algo en el tono de la carta la había dejado con un nudo en el estómago. La mujer no quería rendirse, no quería dejar ir a un hombre que, al parecer, ni siquiera le había dirigido la palabra en mucho tiempo. Amelia, con sus propias emociones a flor de piel, se dio cuenta de que lo único que estaba haciendo era alimentar una esperanza inútil.

Se levantó de la silla y caminó hacia la ventana, y se perdió mirando la calle abarrotada de transeúntes. El sol brillaba con fuerza sobre los adoquines. Los sonidos de la ciudad comenzaron a desvanecerse, y un sentimiento de soledad se apoderó de ella. ¿En qué punto su habilidad con las palabras se había transformado en una herramienta para perpetuar la mentira? Amelia siempre había sido consciente de la fragilidad del amor y las relaciones humanas, pero ahora su papel en todo aquello se sentía más cuestionable que nunca.

A lo largo de los años, había hecho su trabajo con diligencia. Escribir cartas de amor para aquellos que no sabían expresar sus sentimientos había sido, en muchos casos, una forma de ayudar a personas que, por una razón u otra, no podían comunicarse de manera clara. Pero ahora, frente a esta revelación, comenzó a preguntarse si realmente estaba haciendo bien en intervenir en esas vidas.

Su mente volvía una y otra vez a la mujer que había encontrado en el parque. La joven cuya alma estaba hecha pedazos por el abandono. Pero en especial a Sophie. ¿Qué derecho tenía ella

de darle falsas esperanzas? ¿De ofrecer palabras dulces y suavizar la realidad de lo que en realidad ocurría? ¿Acaso no estaba colaborando en la construcción de una trampa emocional, una en la que esas mujeres quedarían atrapadas por siempre, esperando una carta que nunca llegaría, o un amor que nunca fue mutuo?

En sus días más solitarios, cuando el silencio en la librería se hacía más denso, Amelia solía imaginarse a sí misma en la piel de sus clientes. ¿Cómo se sentiría si estuviera en su lugar, esperando con ansiedad la respuesta de un hombre que parecía haberlas olvidado por completo? La idea de ser esa mujer, esperar la carta de un amor perdido, la llenaba de angustia.

Se dirigió de nuevo a su escritorio. Se sentó en la silla y miró las hojas que había dejado abiertas sobre la mesa. Cada una de ellas contenía la promesa de un final, de una despedida. Si había algo que le molestaba en su corazón, era precisamente esa duplicidad: por un lado, las palabras que ofrecían consuelo y cierre; por otro, las palabras que prolongaban una mentira.

El sonido de la campanilla en la puerta interrumpió sus pensamientos, y Amelia se levantó con rapidez con los ojos aún nublados por las dudas. Era su padre, regresando de su habitual paseo por la ciudad. Pero Amelia ya no estaba tan segura de las respuestas que había estado buscando en las cartas y los encargos. Si antes había creído que escribir para los demás era una forma de hacerles bien, ahora no estaba tan segura de lo que estaba haciendo. Las palabras, que antes le habían parecido inofensivas, ahora se sentían como cuchillos afilados, destinados a cortar los lazos con la realidad y sumergir a las personas en una fantasía absurda.

Mientras su padre le sonreía, preguntándole sobre el día, Amelia no pudo evitar sentir la distancia entre ellos. Era como si, por primera vez, ella misma se estuviera alejando de su propia vida, de su trabajo y, sobre todo, de su conciencia. ¿Qué estaba haciendo? ¿Era esta la vida que quería? ¿Escribir cartas para desconocidos, interpretando sentimientos que no le pertenecían, mientras otras almas se perdían en la confusión del amor no correspondido?

No sabía qué hacer, ni qué pensar. Pero una cosa era segura: el camino que había seguido hasta ahora ya no la satisfacía. Y lo más inquietante de todo era que ni siquiera sabía hacia dónde la llevarían sus propios pasos a partir de ese momento. Lo único certero era que su corazón había comenzado a dudar, y la duda, aunque pequeña al principio, tenía el poder de cambiar todo lo que conocía.

De nuevo la campanilla sonó, era un lacayo, ataviado con una impecable librea negra. El hombre saludó con una inclinación de cabeza y se acercó al mostrador donde estaba el señor Fairburn.

—Buenas tardes, estoy buscando a la señorita Amelia Fairburn —informó.

—¡Amelia, hija, te buscan! —la llamó su padre.

Ella se acercó al mostrador.

—¿En qué puedo serle útil? —preguntó Amelia con educación.

—Milady le envía esta invitación, espera que acepte —dijo el lacayo y le entregó la correspondencia.

Amelia miró el papel que el hombre sostenía frente a ella, luego miró a su padre, frunció el

ceño y con duda cogió la invitación. Al leerla pudo apreciar que se trataba de la mujer del parque.

Lady Marbury tiene el honor de invitar a la Señorita Amelia Fairburn a su distinguido Baile de Verano, en agradecimiento por la gentileza y el consuelo brindado en un momento de debilidad.

La celebración tendrá lugar en la Mansión Marbury el próximo sábado 30 de junio , a las ocho en punto de la noche.

Se ruega vestir de etiqueta.

"La verdadera bondad brilla más que cualquier estrella en una noche de verano".

*Con sincero afecto,
Lady Marbury.*

Una vez que el sirviente se marchó, Amelia comenzó a reír.

—Seguro es una broma —se justificó—. ¿Quién me invitaría a un lugar tan exclusivo? Solo mírame, padre, ¿acaso a algún ser pensante en este bendito mundo se le ocurriría que alguien con mi apariencia iría?

—Puede ser una oportunidad para ti, hija, ve —sugirió su padre, y la miró con cariño—. Eres hermosa, Amelia, solo falta que te arregles un poco, y con lo que pagó ese hombre de la última carta sobró para que te compres un atuendo acorde a la ocasión.

—Prefiero ahorrar ese dinero, tenemos muchos gastos y deudas esperando —explicó Amelia con seriedad.

—Mereces un poco de distracción, trabajas duro, ve y disfruta de la noche. Te prometo que tenemos bajo control las cuentas, invierte en ti sin sentirte culpable —dijo su padre en un tono que no dejaba lugar a que le discutiera.

—Lo pensaré —cedió Amelia, y regresó a su escritorio.

No tardó en volver a sonar la campanilla de la puerta, esta vez era Sheldon, que entró saludando con la jovialidad y alegría que lo caracterizaba. El señor Fairburn le hizo una seña con la cabeza, para que se acerque.

—¿Qué pasó? —indagó Sheldon en un murmullo cuando llegó a él.

—Amelia ha recibido una invitación, es para un baile, en la mansión de lady Marbury —susurró el señor Fairburn, mirando a Amelia que seguía inmersa en su trabajo.

Sheldon abrió los ojos sorprendido, pero no tardó en cambiar a una actitud complacida.

—Lady Marbury, la conozco, es raro que la haya invitado, eso solo puede significar que la estima, señor Fairburn, esto puede significar un ascenso para Amelia en la escala social, puede conseguir más clientes, puede...

—Puede conseguir un marido —murmuró el señor Fairburn.

—Bueno, eso ya es codicia —susurró Sheldon—, pero todo es posible, mi buen señor.

—Ayúdame a convencerla y guíala para que encuentre un atuendo bonito.

—A mi juego me han invitado —dijo Sheldon—, deje todo en mis manos, seré el hado padrino de Amelia —bromeó en un susurro.

11

Amelia no entendía cómo se dejó convencer, pero ahí estaba, probándose vestidos y zapatos bajo la mirada crítica de Sheldon. La había llevado a la tienda de una amiga, no muy lejos de la librería. La dueña era una mujer entrada en edad, elegante y amable, se notaba el aprecio que tenía hacia Sheldon y no dudaba en demostrarlo con palabras y gestos.

Allí estaba, en el centro de una lujosa tienda de vestidos, observándose en un espejo tan grande que parecía burlarse de su incomodidad. La seda del vestido que llevaba puesto le rozaba su blanca piel como un susurro, y su color, un coral que le recordaba el amanecer, combinaba con la calidez de sus mejillas, que revelaban su incomodidad.

—Déjame ajustar el largo un poco más, querida, así te lucirá mejor —dijo la dueña de la tienda, Madame Pritchard, una mujer elegante de cabello plateado, mientras se inclinaba con sus alfileres en la mano. Su tono era amable pero firme, como si Amelia no tuviera derecho a discutir.

—Es ridículo —murmuró Amelia, intentando no moverse demasiado—. No entiendo por qué debo someterme a esto.

—Porque una dama no puede presentarse en un baile de verano vestida como si fuera a organizar estanterías —respondió Sheldon con un tono lleno de falsa paciencia desde un sillón tapizado en terciopelo rojo.

—Mis vestidos no están tan mal.

—Están perfectos... para la librería —dijo Sheldon, mientras la examinaba con ojos críticos—. Pero esto es una recepción en la mansión de Lady Marbury. La misma que envía invitaciones perfumadas y llena su salón con las mejores familias de Londres. Si vas a asistir, más vale que te presentes como corresponde.

Amelia bufó, incapaz de encontrar una respuesta, y miró a Madame Pritchard, quien la observaba con una sonrisa divertida. Era evidente que disfrutaba de la escena.

—Su amigo tiene buen ojo para estas cosas —comentó la modista con un gesto de aprobación hacia Sheldon—. Lo conozco desde hace años y siempre ha sido un caballero con buen gusto.

—No le dé más razones para presumir —dijo Amelia en tono de derrota.

Sheldon sonrió como si acabara de ganar una batalla. Se levantó y se acercó al espejo, situándose detrás de Amelia.

—Admítelo, querida. Te queda precioso. Ese color fue hecho para ti.

Amelia observó su reflejo. El vestido era hermoso, sí, y la hacía ver diferente: menos librera y más... algo que no lograba definir. Su mirada se deslizó hacia Sheldon, quien sonreía con una satisfacción descarada.

—Solo una noche —murmuró ella finalmente—. Y lo hago por Lady Rebecca, no por ti.

—Patrañas, lo haces para conocer al lord ese que te tiene indignada, del amor al odio hay un solo paso, querida —respondió Sheldon, ofreciéndole su brazo con una exagerada cortesía—. Aunque no te sorprendas si al final de la velada me agradeces.

Madame Pritchard rió con suavidad.

Amelia rodó los ojos. Sin embargo, en el fondo, no pudo evitar pensar que algo en ella, algo pequeño e insignificante, sentía curiosidad por ver qué sucedería aquella noche.

—Acompáñame —suplicó Amelia, mirando a Sheldon.

—Es difícil que me dejen entrar sin invitación.

—Pero tú puedes conseguirla si quieres, eres parte de ese mundo, puedes acudir a algún amigo en común.

—Y correr el riesgo de toparme con mi disfuncional familia, no, yo paso, con los demás no tengo problemas, pero prefiero seguir en las sombras, fuera de la vista de mis padres —dijo Sheldon.

—Sheldon —dijo madame Pritchard—, tu madre te extraña, creo que es momento de arreglar las cosas con ella, además, ha estado enferma, no dejes que el resentimiento te aleje.

—Él solo sirve para dar consejos, pero no para seguirlos —comentó Amelia.

—Yo puedo conseguirte una invitación —ofreció madame Pritchard.

—¿Lo haría? —indagó Amelia—. Sería genial.

Sheldon observó a las damas, no estaba tan seguro de que fuera una buena idea, pero terminó por aceptar acompañar a Amelia.

—Espero, querida, valores lo que hago por ti —dijo Sheldon.

El salón de baile estaba iluminado por cientos de candelabros, cuyas luces titilaban sobre las cabezas de los invitados, reflejando destellos dorados en los vestidos de seda y las chaquetas de terciopelo. Amelia se encontraba allí, observando la multitud que se mezclaba y se saludaba con una gracia que ella no podía emular. La música, aunque suave y agradable, parecía estar tan distante como el mundo que la rodeaba, y por un momento, se sumió en la observación de las personas que llenaban la estancia.

Sheldon, estaba absorto en una conversación con un viejo amigo. Amelia aprovechó el momento para dejar que su mirada vagara entre los invitados, con la mente llena de pensamientos dispersos. Fue entonces cuando, al girar ligeramente hacia su derecha, algo la detuvo. En el borde de la sala, rodeado por un grupo de hombres con trajes impecables y mujeres que le sonreían con evidente admiración, estaba él.

«¿Qué demonios!», pensó Amelia.

Era el sirviente. No, se dijo a sí misma, debe ser alguien parecido. Aguzó la mirada y sintió

que su corazón comenzó a latir con fuerza, sus manos le sudaban y su piernas temblaban como si estuviera a punto de derrumbarse. Sheldon pareció darse cuenta, por lo que se acercó a ella y sostuvo su mano.

—Parece que has visto fantasma, Amelia, ¿qué pasa?

—Mira ahí. —Señaló con el mentón al hombre que la había puesto así.

—Es...

—Sí, el... ¿sirviente?

—Aspecto de lacayo no tiene —comentó Sheldon.

—Es evidente, Sheldon, pero ¿quién es en realidad?

—¿Lord Blackwood? —indagó Sheldon.

—¿Cómo no lo conoces?

—Bueno, en persona no, sí escuché hablar de él, pero nunca fui muy asiduo a este tipo de reuniones, es una de las causas de mi destierro —le recordó Sheldon.

—Claro, lo siento —dijo Amelia.

—¿Amelia? —una voz femenina conocida la llamó desde atrás.

Amelia se volteó y se encontró de frente con la joven del parque.

—Milady, muchas gracias por la invitación, todo está... precioso... —dijo Amelia, y sonrió con amabilidad.

—Me alegra que hayas aceptado venir, no te había reconocido, estás hermosa —dijo la joven mujer.

—Milady —dijo Sheldon, y agachó la cabeza con educación.

—Buenas noches —saludó la muchacha, y lo miró con curiosidad.

—Sheldon Brown —se presentó él.

—Brown... —murmuró ella—. Pariente de la baronesa Westhill.

—Es mi madre —respondió Sheldon, y sonrió con nerviosismo.

—Creo que escuché hablar de usted, señor Brown —comentó la joven con una sonrisa pícara—. Me gustaría tener su audacia.

—Lo dudo, milady —respondió Sheldon, y repasó el salón con la mirada.

—Su hermano está en la sala de caballeros —le informó lady Rebecca Marbury—. Puede ir a verlo mientras yo charlo con la señorita Fairburn.

—Gracias —respondió Sheldon. Miró a Amelia pidiendo permiso y ella asintió—. Te dejo en buenas manos, no tardaré.

—Esta velada será la más criticada de la temporada —comentó la muchacha con diversión.

Amelia la miró extrañada.

—¿Por qué lo dice, milady? —indagó con curiosidad—. Para mí todo se ve hermoso, volvió a mirar el salón decorado de manera exquisita y a los invitados elegantes que hacían juego con el lujo que se desplegaba a su alrededor.

—Usted ya ha llamado la atención, es sangre nueva, pero cuando se enteren que es hija de un librero... —hizo silencio—, no es que a mí me importe, pero a todos estos estirados —señaló a su alrededor con la mano—, ellos son unos hipócritas interesados, además, está el díscolo hijo de la baronesa, pobre mujer, ha estado enferma... —Dejó la frase sin terminar al ver la incomodidad en el rostro de Amelia.

—Creo que hemos cometido un error al venir, iré a buscar a ...

—No, por favor, no se vaya —la detuvo lady Rebecca colocando su mano con suavidad sobre la de Amelia—. Es refrescante compartir con alguien honesto y sensible como usted, y claro, el señor Brown.

—Está bien —accedió Amelia, y volvió a pasear la vista por el salón. El supuesto sirviente había desaparecido.

—¿Busca a alguien? —indagó lady Rebecca intrigada.

—Creí ver a alguien conocido, pero es imposible que yo conozca a alguna persona en este salón —respondió, y añadió—: Bueno, solo a Sheldon y a usted.

—Eso es algo que puedo solucionar —dijo lady Rebecca—, vamos a recorrer la sala y la presento en sociedad —sugirió, pero más bien sonó a una orden.

En realidad, a unas cuantas mujeres las conocía, no en persona, pero sí a través de los sirvientes que le traían los encargos. Algunas se sorprendieron al verla ahí, sabían de quién se trataba, pero Amelia decidió ser prudente, uno de los requisitos en su trabajo era la discreción. Y en la mirada de sus clientas pudo percibir gratitud ante su comportamiento cauteloso.

12

Cuando William la vio entrar dudó que se tratase de Amelia, pero al estudiar con más detenimiento a la mujer no le quedaron dudas, era la librera, disfrazada de dama de la alta sociedad. Vio como ella le dirigió una mirada de sorpresa, pero para su fortuna, la distrajeron, por lo que no tardó en arrastrar a Weston a un salón apartado de la mansión.

—¿Qué te pasa? —preguntó Weston una vez que estuvieron solos.

—Está aquí —le informó William.

—¿Quién?

—Ella, Weston, la mujer de la carta.

—¿Cuál?

—La de la carta ardiente, la librera.

—Estás borracho, creí que tenías más resistencia al alcohol.

—Te estoy diciendo la verdad, ¿cómo consiguió ser invitada?

—Y me lo preguntas a mí, que estoy aquí porque me obligaste a venir.

—No puede verme.

—¿Por qué?

—Ella cree que soy un sirviente, acaso lo olvidaste.

Weston comenzó a reír.

—Tus mentiras te han alcanzado, Willian, no puedes escapar.

—Riete, Blackwood, pero recuerda que eres mi cómplice.

—Yo no te pedí que hicieras nada, todo fue idea tuya, ni siquiera lo sabía hasta que trajiste esa carta, además, qué importa, es una simple librera, tú mismo lo dijiste, es una mujer corriente.

—Me da igual lo que haya dicho, simplemente no quiero ser descubierto.

—Entonces lárgate —sugirió Weston.

—Creo que será lo mejor, además, debo seguir investigando lo de las cartas.

—William, te he dicho que dejes eso en paz.

—Se ha vuelto mi misión.

—Como se nota que tienes mucho tiempo libre, porque no lo dedicas a algo productivo.

—Esto es productivo, amigo, te estoy ayudando, debes agradecerme.

—Sé que nada de lo que diga hará que dejes el tema, haz lo que quieras, pero déjame afuera.

—No seas amargado y no le digas quién eres, mantente alejado de la mujer.

—Ah, mira, en eso nos parecemos, hago lo que se me antoja, William.

—Me voy, pero no me decepciones.

Weston suspiró hastiado, pero no le contestó. William fue hacia la parte trasera de la mansión y él volvió al salón, no sabía quién era Amelia, por lo que le iba a resultar difícil decepcionar a William, sin embargo, cuando estaba caminando hacia Evan, lady Rebecca se interpuso en su camino y comenzó a hablarle.

—Lord Blackwood, me gustaría presentarle a una muy buena amiga, la señorita Amelia Fairburn —dijo Lady Rebecca.

Amelia y Weston enmudecieron, sus ojos se encontraron, pero al mismo tiempo intentaron disimular.

—Es un placer conocerla —dijo Weston, e inclinó la cabeza con reverencia.

—Igualmente, milord —respondió Amelia imitando el gesto del hombre.

—Seguiremos caminando —dijo lady Rebecca.

Weston las vio alejarse, hasta que se mezclaron con los demás invitados. Caminó hasta donde estaba Evan y se puso a charlar con el grupo de amigos de su hermano, sin embargo, no dejaba de estar atento a los movimientos de las mujeres. Aunque la figura de Amelia era sólo una sombra entre la multitud, algo en su presencia hizo que se sintiera intrigado.

La primera impresión fue la de una mujer que desprendía una calma inquebrantable. Baja, con una postura erguida, sus ojos color miel parecían atravesar la multitud con curiosidad, buscando algo, o a alguien, alejada de las trivialidades sociales que la rodeaban. La observó en silencio, sintiendo una mezcla extraña de curiosidad y vergüenza. Su piel blanca contrastaba con el elegante vestido en tono coral que hacía juego con el sonrojo natural de sus mejillas y sus labios rojos.

Amelia no pudo dejar de pensar en el hombre; al fin lo había conocido. Había algo en su expresión que le resultaba inquietante, casi arrogante. A pesar de la ligera sonrisa en su rostro, parecía no tener nada de cálido. Era la sonrisa de un hombre que ya había visto todo lo que Londres tenía para ofrecerle, que se había cansado de las cortesías, de las máscaras que todos usaban para ocultar sus verdaderos deseos. Su figura no hacía más que acentuar su aura de distancia: era alto, con una postura impecable que denotaba confianza. Su cabello negro caía en suaves ondas que rozaban su cuello, y sus ojos, de un tono igualmente oscuro, parecían observar todo con una intensidad calculadora. La piel aceitunada le daba un aire exótico, casi peligroso, que contrastaba con la formalidad de su atuendo impecablemente ajustado.

Lord Blackwood se movió entonces entre los presentes, su figura se deslizaba con una gracia que no dejaba de destacar. Amelia observó cómo algunos de los hombres a su alrededor se apartaban ligeramente, y las mujeres susurraban entre ellas, lanzándole miradas furtivas. En su rostro no había emoción alguna, con una actitud tan contenida como si estuviera observando una escena en la que no tenía ningún interés. Aquel comportamiento indiferente le resultaba

coherente.

Se dio cuenta de que su curiosidad iba más allá de la imagen que él proyectaba. Estaba allí, en ese salón, rodeado de admiración y respeto, pero lo que más le llamaba la atención era la frialdad de su ser. ¿Cómo era posible que un hombre, dotado de poder y encanto, se mantuviera tan distante de todo y de todos?

Rebecca esperó a que Weston estuviera fuera del alcance de su voz y entonces soltó un suspiro teatral.

—¿No es fascinante que hombres como él puedan causar tanto caos y continuar como si nada?

Amelia arqueó una ceja, desconcertada.

—¿A qué se refiere?

Rebecca señaló con sutileza hacia el grupo donde Weston ahora hablaba, su porte elegante y distante destacaba entre ellos.

—Ahí lo tienes, lord Blackwood. Alguna vez pensé que estaba interesado en mí, pero... bueno, ya ves cómo terminó todo. —Rebecca rodó los ojos con un gesto de resignación.

El corazón de Amelia dio un vuelco. La mención del nombre Blackwood la hizo conectar de inmediato a Weston con sus propias sospechas.

—¿Estás diciendo que él...? —preguntó, tratando de ocultar su sorpresa mientras sus pensamientos se agolpaban.

Rebecca soltó una risa amarga.

—Claro que no soy tan dramática como para morir de amor, si es lo que insinúas. Pero sí, digamos que fue un desengaño. Creí que sus atenciones significaban algo, pero luego descubrí que sus intereses estaban en otra parte... Mejor dicho, en muchas partes.

Amelia volvió a mirar hacia el grupo de caballeros. Weston, ajeno a la conversación de las mujeres, reía suavemente ante algún comentario de su interlocutor. A medida que Rebecca continuaba hablando, Amelia comenzó a atar cabos, convencida de que había encontrado una conexión entre Weston y Sophie.

Rebecca continuó hablando, aunque Amelia, absorta en sus pensamientos, no lo notó.

—Por supuesto, hay quienes caen rendidas ante esa mirada y esos modales perfectos. Pero créeme, Amelia, a veces lo que parece oro no es más que hojalata.

Amelia asintió, mientras su mente se llenaba de conjeturas. Rebecca tomó su silencio como comprensión y siguió disfrutando de la velada, mientras Amelia no podía apartar la mirada de Weston, segura de que había algo más detrás de su fachada impecable. Lady Marbury hizo llamar a su hija, por lo que Amelia se quedó sola, admirando el lugar.

La sala de baile resplandecía bajo la luz dorada de los candelabros, reflejada en los amplios espejos y en las joyas que relucían sobre las damas. Las notas de un vals sonaban con suavidad, envolviendo la estancia en una atmósfera casi onírica. Amelia Fairburn se mantenía al margen,

ligeramente apartada de la multitud, observando el ir y venir de los invitados como si no fuera parte de aquella escena.

No debería estar allí. Se lo había repetido una y otra vez desde que cruzó el umbral de aquella mansión. Y, sin embargo, ahí estaba, atrapada en un mundo que le resultaba tan ajeno como exasperante.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por una suave presión en su brazo. Volvió la vista para ver a Sheldon sonriéndole con una mirada que parecía adivinar la dirección de sus pensamientos.

—Amelia, querida, ¿ha sucedido algo malo en mi ausencia? —preguntó, en tono suave pero divertido.

—Es... es él —respondió Amelia, titubeante, mientras se erguía y dirigía la mirada hacia el grupo de hombres con el que se encontraba Lord Blackwood.

Amelia no pudo evitar sentirse incómoda. Estaba tan cerca del hombre cuyo nombre había sido mencionado con frecuencia en su vida, y sin embargo, ella nunca había pensado que lo conocería en persona.

Lord Blackwood se giró hacia ellos al percatarse de sus miradas, y por primera vez, sus ojos se encontraron. Amelia sintió una punzada de sorpresa al ser recibida por una mirada que, aunque serena, parecía atravesarla. Fue un instante fugaz, casi imperceptible, pero suficiente para que se sintiera observada de una manera que no estaba acostumbrada. Sus ojos, oscuros como la noche sin luna, no mostraban interés alguno en ella, pero había algo en su intensidad que la hizo sentir vulnerable.

—¿Lord Blackwood? —indagó Sheldon, e hizo una reverencia respetuosa hacia el hombre.

—Sí, me lo presentó lady Rebecca —respondió—. No tiene pinta de ser un rompecorazones, al contrario, parece alguien que no disfruta mucho de este tipo de reuniones. —Amelia carraspeó, sintiendo cómo sus palabras se atascaban en su garganta.

¿Qué se podía decir de alguien como él? Alguien que parecía tan fuera de su alcance, tan ajeno a la realidad que ella conocía.

Lord Blackwood asintió ligeramente, con una expresión de cordialidad, pero era un gesto vacío, casi automático.

—Parece amable, es guapo...

Amelia le dio un codazo a su amigo, un calor le subió desde la punta de sus pies hasta su rostro, y se puso más roja que el vestido de la anfitriona. No pudo evitar notar la forma en que la miraba desde la distancia, como si estuviera interesado en ella, como si todo lo que ocurría a su alrededor fuera una distracción momentánea.

—Te está mirando, amiga —dijo Sheldon.

—Tal vez te mira a ti —dijo Amelia.

—Es más, está viniendo hacia nosotros... —informó Sheldon.

—¡Por Dios! ¡Vamos! ¡Vamos, Sheldon, salgamos de aquí!

—No —respondió Sheldon, y la sostuvo con firmeza del brazo—, es tu oportunidad de saber más sobre él y quitarte esa duda que llevas auestas.

—Te odio —masculló Amelia entre dientes, pero esbozó una sonrisa forzada.

—Señorita Fairburn, señor...

—Brown —dijo Sheldon.

—Un placer, señor Brown —saludó a Sheldon y añadió—: Señorita Fairburn, me complacería que acepte mi invitación a bailar una pieza.

Amelia miró de reojo a Sheldon.

—Ella estaría feliz de aceptar —respondió Sheldon, y añadió—: Yo iré a conversar con un viejo amigo.

Amelia forzó una sonrisa, mientras su mirada se mantenía fija en Lord Blackwood, que ahora la observaba con más atención. Parecía interesado, pero de una manera extraña, como si todo fuera parte de un acto. Su reacción hizo que Amelia sintiera como la incomodidad comenzaba a crecer.

«¿Cómo podía alguien en apariencia perfecto estar tan vacío por dentro? Y más aún, ¿cómo podía alguien que parecía tan distante y desdeñoso captar el interés de tantas personas?».

—Es curioso encontrar a alguien tan pensativa en un lugar como este.

La voz profunda la sacó de sus pensamientos. Amelia levantó la mirada y se topó con la de lord Blackwood. Su cabello oscuro estaba perfectamente peinado, y sus ojos negros, parecían estudiarla con detenimiento. Aquel caballero, no se imaginaba que su nombre llevaba semanas en su mente, aunque por razones poco alegres.

Él arqueó una ceja, y una sombra de interés cruzó su rostro.

—Ah, claro, como hija de un librero. La dama prefiere los libros a los bailes.

Amelia se sorprendió. ¿Acaso se estaba burlando de ella? Sin embargo, su tono no parecía irónico, solo perspicaz.

—Quizá porque en los bailes no hay demasiada verdad que encontrar —respondió con calma.

Lord Blackwood sonrió ligeramente, aunque sus ojos no perdieron su intensidad.

—¿Y si le demostrara que no todos los bailes son tan superficiales como parecen?

—Me temo que eso sería difícil, milord.

—No subestime el poder de un buen vals —dijo él, extendiendo una mano enguantada—. Le aseguro que podría sorprenderla.

—Es bastante difícil que algo me sorprenda.

—¿Acaso teme a lo desconocido, señorita Fairburn?

Amelia lo miró con cautela. Había algo en él —un aire imponente, pero también una elegancia innata— que la desconcertaba más de lo que quería admitir. El nombre Blackwood retumbaba en su mente, unido a todas las cartas que había redactado para clientas rotas de dolor. Y ahí estaba él, tan sereno, tan seguro de sí mismo, tan... normal.

«Un vals no hará daño», pensó.

—Está bien, milord, pero solo porque quiero ver qué tan hábil es usted para cambiar mi opinión.

Lord Blackwood sonrió, esta vez con una pizca de triunfo, y la guió hacia la pista de baile con una destreza que parecía haber perfeccionado durante años.

La música los envolvió. Amelia apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando sintió su mano firme sostener la suya y el otro brazo posarse con cuidado en su cintura. Los movimientos eran fluidos, casi naturales, como si él fuera capaz de llevarla sin esfuerzo alguno.

—No parece alguien que disfrute de las multitudes —comentó él, en voz baja para que solo ella pudiera escucharlo.

—¿Y por qué cree eso?

—Porque tiene esa mirada —dijo, ladeando apenas el rostro para observarla mejor—. Como si estuviera en otro lugar, incluso cuando está aquí.

—Quizá me equivoqué al venir, y más que nada, al aceptar su invitación, milord —replicó ella, dispuesta a mantener las distancias.

—¿Por qué dice eso?

—Porque parece que sabe demasiado sobre alguien a quien acaba de conocer.

Lord Blackwood esbozó una sonrisa apenas perceptible.

—¿Acaso no es ese el propósito de un baile? Conocer a quien está frente a uno. Además, no es raro, siendo que está en boca de la mayoría de los invitados.

Amelia sintió un nudo en el estómago. Aquello no debía estar pasando. La cercanía, la forma en que él la miraba... nada de eso concordaba con la imagen despiadada que ella había construido de Lord Blackwood. Él no parecía el villano de las cartas, el hombre insensible que había causado tantas lágrimas. Pero debía recordar que las apariencias engañaban.

—Tiene usted habilidad para las palabras, milord. Casi tanto como para bailar.

—Me halaga —respondió él—, aunque noto que no me cree del todo.

—¿Acostumbra a hacer que las damas desconfíen de usted?

—No —dijo él, con una sonrisa ladeada—. Pero usted es distinta.

Amelia sintió que su corazón se detenía por un instante. La música, el murmullo de las voces a su alrededor, todo se volvió lejano mientras él seguía mirándola con aquella intensidad. Distinta. Una palabra tan simple, pero que contenía demasiado peso. Sin embargo, supuso que era lo que le decía a todas.

Cuando la música llegó a su fin, Lord Blackwood soltó su mano con suavidad, pero no se apartó de inmediato. La guió fuera de la pista.

—Gracias por concederme este baile, señorita Fairburn —dijo con una leve inclinación de cabeza—. Espero que no lo haya lamentado.

—Aún lo estoy meditando —respondió Amelia, con una frialdad que intentaba disimular su nerviosismo.

—Entonces procuraré ganar su confianza en otro momento.

Lord Blackwood se alejó con la misma elegancia con la que había llegado, dejando a Amelia sola, con un revoltijo de pensamientos en la cabeza. Lo odiaba. Lo odiaba porque no coincidía con el monstruo que esperaba encontrar, y eso hacía que todo fuera más difícil.

Amelia estaba inquieta, pero también curiosa. Algo en la actitud de Lord Blackwood había tocado una fibra en su ser, una parte de ella que quería entender más, aunque la otra parte le decía que debía mantenerse alejada. Sin embargo, sabía que ese primer encuentro, dejaría una huella imposible de borrar.

Amelia se refugió cerca de una de las ventanas, observando a las parejas que daban giros y reían en la pista de baile. Fue entonces cuando la presencia de Lady Rebecca se hizo notar a su lado, llevando consigo una copa de vino y una sonrisa cálida.

—¿Se esconde de los bailarines, señorita Fairburn? —preguntó Rebecca con tono juguetón, y le ofreció la copa que llevaba en la mano.

Amelia aceptó con un leve sonrojo.

—Solo estoy disfrutando de la vista, milady. No suelo estar en eventos como este y... —bajó la voz— no soy muy buena bailarina.

Rebecca soltó una risa suave, que pareció iluminar su rostro.

—No se preocupe, querida. Más de la mitad de estas damas no son grandes bailarinas, pero eso no las detiene. Además, aquí no se trata tanto de los pasos, sino de las apariencias.

Amelia arqueó una ceja, intrigada por las palabras de Rebecca.

—Y ¿qué pasa con usted? Parece manejarse perfectamente en este ambiente.

Rebecca dejó escapar un suspiro que revelaba más de lo que tal vez pretendía.

—Oh, mi madre me obliga, ella es la anfitriona de todas estas reuniones, podría dirigirlas con los ojos cerrados. A veces me pregunto si sabe lo que en realidad quiero, pero como te dije, este es un mundo de apariencias, por lo tanto, solo fluyo, sin pensar demasiado para no convertirme en una amargada.

Amelia la miró con sorpresa.

— ¿Qué quiere decir?

Rebecca inclinó la cabeza, estudiando a Amelia como si estuviera decidiendo hasta dónde confiar en ella. Finalmente, habló con suavidad:

—Quiero decir que, en este mundo, todos llevamos máscaras, ¿no crees? Una mujer como yo debe ser encantadora, ingeniosa, la perfecta anfitriona. Pero, en realidad, muy pocas personas me conocen... —hizo una pausa, sonriendo con afecto—. Bueno, estoy empezando a pensar que tú podrías ser una de ellas.

Amelia parpadeó, incapaz de disimular su sorpresa.

—Eso es muy amable de su parte, milady. Sería un placer para mí, y ya que estamos haciéndonos confianzas, nunca tuve una amiga mujer. Como verá, mi único amigo es Sheldon.

Rebecca sonrió, pero había una sinceridad en sus ojos que desarmó a Amelia.

—A veces, no hace falta mucho tiempo para saber quién vale la pena. La forma en que hablas, cómo observas todo con tanto cuidado... eso no es algo común. Y, con sinceridad, ya tengo suficientes conocidos. Lo que me falta son amigas de verdad.

Amelia sintió un calor inesperado en el pecho, una sensación que no había experimentado en mucho tiempo.

—Bueno, no sé si seré una gran amiga, pero puedo intentarlo.

Rebecca alzó su copa, animada.

—Eso es todo lo que necesito. Y, por favor, llámame Rebecca. Estoy segura de que estaremos viéndonos con frecuencia.

Amelia dejó atrás su reserva inicial.

—Entonces, ¿puedo preguntarte algo?

—Por supuesto.

—¿Por qué me invitaste esta noche?

Rebecca se inclinó hacia ella, como si estuvieran compartiendo un secreto.

—Porque en un mundo lleno de superficialidades, tú pareces auténtica. Y creo que ambas podríamos aprender mucho la una de la otra.

13

Weston experimentó una mezcla de emociones al bailar con Amelia, algo inusual para él, que solía mantener una actitud reservada y pragmática en los pocos eventos sociales a los que acudía por obligación. Desde el momento en que sus manos se encontraron, sintió una chispa que lo desconcertó. Había algo en su mirada, en la forma en que lo desafiaba sin siquiera intentarlo, que lo desarmó por completo.

Por un lado, estaba intrigado. Amelia no se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido antes. No estaba adornada con las máscaras habituales de la alta sociedad. En su mirada percibió una inteligencia aguda, y en sus movimientos, una seguridad que lo desafiaba. Le resultaba fascinante y provocador a la vez.

Por otro lado, se sentía culpable. ¿Era ella realmente la autora de la carta erótica que había leído con tanta intensidad? Si era así, ¿cómo era posible que alguien con una apariencia tan recatada pudiera esconder un espíritu tan apasionado? La contradicción entre lo que creía saber de ella y lo que experimentó al tenerla cerca lo confundía.

Además, Weston no pudo evitar sentirse vulnerable. La cercanía de Amelia, el calor de su presencia y el aroma suave a lavanda que la envolvía despertaron algo que llevaba mucho tiempo tratando de reprimir: un deseo genuino de conexión. Sin embargo, la posibilidad de que ella fuera simplemente una artífice de palabras seductoras lo mantenía alerta.

Por último, al final del baile, mientras la música se desvanecía, Weston sintió algo que no había experimentado en años: esperanza mezclada con un peligro latente. Amelia era un enigma, y él estaba decidido a resolverlo, aunque sabía que en el proceso podría descubrir más de sí mismo de lo que estaba dispuesto a enfrentar.

Estaba de pie junto a la ventana, observando las calles de Londres, mientras sostenía un vaso de brandy. La noche del baile aún pesaba en su mente, sus pensamientos giraban en torno a la mujer de ojos vivaces y palabras llenas de intención.

William, como siempre, estaba cómodo en aquel ambiente. Recostado en un sillón de cuero, jugaba con una pluma que había tomado del escritorio, observando a su amigo con una sonrisa que no auguraba nada bueno.

—Así que bailaste con la señorita Fairburn —dijo al fin, rompiendo el silencio con su tono burlón característico—. ¿Fue por placer o curiosidad?

Weston no se molestó en girarse.

—No empieces, William.

—¿Y cómo podría no empezar? —replicó William, levantándose del sillón con una teatralidad calculada—. Te has pasado renegando de los bailes, de las reuniones sociales, de todo lo que tenga que ver con la alta sociedad. Y ahora no solo asistes, sino que también bailas. ¿Con quién? Nada menos que con la mujer que escribió esa carta.

Weston se giró con lentitud, y le lanzó una mirada de advertencia.

—No estoy convencido de que ella sea la autora.

William alzó las cejas con incredulidad.

—¿No? ¿Dudas de mí?

El comentario lo irritó, pero Weston se limitó a suspirar, llevándose el vaso a los labios.

—Hay algo en ella... algo que no encaja.

William se rió entre dientes, caminando hacia él con las manos en los bolsillos.

—¿No encaja? ¿Qué esperabas? ¿Una dama dócil y predecible? Vamos, Weston, admítelo: ella te agrada.

—No es eso —respondió, dejando el vaso sobre la mesa con un leve golpe—. La señorita Fairburn no parece el tipo de mujer que escribiría algo tan..., en fin, es una mojigata.

William se llevó una mano al mentón, adoptando una exagerada pose de reflexión.

—¿Eso dices? Quizás subestimes la profundidad de las personas. A veces, las mujeres más recatadas esconden las pasiones más intensas.

—O quizás alguien más escribió esa carta por ella —contestó Weston con frialdad.

William alzó las cejas, divertido.

—Ah, entonces ya tienes una teoría. Déjame adivinar: ¿su fiel amigo, el escritor repudiado? ¿Cómo se llama? ¿Sheldon Brown?

Weston asintió con lentitud, con los ojos fijos en el vaso frente a él.

—Es posible. Aunque tampoco estoy seguro de hasta qué punto está involucrada.

William cambió su expresión a una más seria.

—Weston, no puedes negar lo evidente: te importa. Y no solo por la carta. Hay algo en ella que ha captado tu atención de una manera que nadie lo ha hecho en años.

Weston permaneció en silencio, los engranajes de su mente giraban. Finalmente, habló.

—Puede que tengas razón. Pero no estoy dispuesto a caer en un juego de suposiciones. Necesito respuestas certeras.

William volvió a sonreír, su actitud despreocupada regresó.

—Bueno, si necesitas respuestas, quizás deberías invitarla a otro baile. O mejor aún, buscarla en su terreno. Su librería es un lugar encantador.

Weston arqueó una ceja, y un destello de sospecha cruzó su rostro.

—¿Sabes más de lo que dices?

William se encogió de hombros con una risa ligera.

—Digamos que no soy el único curioso aquí.

La mirada de Weston se endureció, aunque su interés era evidente.

—Entonces, será mejor que ambos descubramos quién es realmente la señorita Fairburn.

William se inclinó hacia la mesa y tomó su copa de brandy, y la alzó en un brindis informal.

—Estoy de acuerdo con eso, brindemos.

Weston no respondió, pero sus pensamientos ya estaban lejos, trazando un plan para desentrañar el misterio que rodeaba a la librera.

Amelia estaba sentada en su pequeño escritorio de la librería, rodeada por pilas de libros que casi alcanzaban el techo. La habitación, impregnada por el olor familiar a papel y tinta, era su santuario. Sin embargo, en esa tarde, los estantes llenos de historias ajenas no lograban calmar su mente. Su vista se posaba distraída en las hojas blancas de su cuaderno, pero su pensamiento estaba lejos de allí, en un lugar que no podía dejar de visitar, no importa cuánto lo intentara: Lord Blackwood.

El encuentro en el salón de baile aún resonaba en su mente como un eco molesto. Su presencia, su caballerosidad, el destello en sus ojos, todo eso la había dejado confundida. Sin embargo, lo que en realidad la perturbaba no era tanto el hombre en sí, sino el dolor que había dejado a su paso. Sophie apareció en su mente, a través de la carta que había escrito, le produjo una pena tan profunda que le cortaba el aliento. Esas historias de corazones rotos, de sueños desvanecidos, de promesas olvidadas; todo eso, aparentemente, a manos de un hombre cuya indiferencia era tan grande que ni siquiera se tomaba la molestia de terminar con dignidad una relación.

—No es justo... —murmuró para sí misma, sin darse cuenta de que las palabras ya habían salido en voz alta.

La frustración y la rabia crecían en su interior, y con ellas, una decisión que se cocía a fuego lento en su corazón. Sabía que, como escritora de cartas, su papel siempre había sido el de una observadora, alguien que transmitía los sentimientos de otros sin involucrarse. Pero ahora, algo había cambiado. Ya no podía seguir siendo una espectadora pasiva en un juego que le causaba tanto dolor a las mujeres que acudían a ella en busca de consuelo. El rostro del hombre que había conocido en el cementerio y, que sufría por la partida repentina de su amiga, devastada por la indiferencia de Lord Blackwood, flotaba en su mente, como una aparición que no podía deshacerse.

Amelia apretó los puños sobre la mesa, como si estuviera tomando una decisión trascendental. El aire de la librería se sentía pesado, cargado de la tensión que había estado acumulando durante tanto tiempo. ¿Cómo podía ella, una simple joven que se dedicaba a escribir cartas, cambiar algo tan grande, tan complejo, como el daño que un hombre podía causar? Pero en su corazón, sabía que no podía quedarse de brazos cruzados. Tenía que hacer algo.

El sonido del reloj de la sala la sacó de sus cavilaciones, marcando la hora. Era casi la misma hora en la que su madre solía venir a sentarse junto a ella, a hablarle de su día, a darle algún consejo sobre cómo llevar sus responsabilidades con dignidad. Amelia cerró los ojos un instante,

recordando sus dulces gestos. Pero este pensamiento no la detuvo; al contrario, lo avivó aún más. Su madre siempre le había enseñado a ser valiente, a no tener miedo de enfrentar lo que era justo. Y ahora, más que nunca, necesitaba esa valentía.

Con un suspiro profundo, Amelia se levantó de su silla y fue hasta la mesa en la que estaban organizados los nuevos envíos de libros. Su padre no sabía nada de lo que pasaba por su mente. Él estaba de espaldas, haciendo cuentas con sumo cuidado, como si nada pudiera alterarlo. Amelia lo observó durante unos segundos.

Sheldon, como era habitual, llegó poco después, cargando un paquete de manuscritos bajo el brazo y una expresión curiosa en el rostro. Observó a Amelia en silencio durante un momento, notando la tensión en sus movimientos.

—Buenos días, dama de las letras —dijo con una sonrisa traviesa mientras dejaba los manuscritos sobre el mostrador—. ¿Dormiste bien o acaso tuviste demasiados pensamientos bailando en tu cabeza?

Amelia dejó escapar un suspiro y levantó la vista para encontrar la mirada astuta de Sheldon.

—No estoy de humor para tus bromas, Sheldon.

Él arqueó una ceja, intrigado.

—¿Qué pasó? Lady Rebecca fue una anfitriona exquisita ¿O es que lord Blackwood te pisó los pies mientras bailabas?

Amelia apartó los libros con un gesto brusco y cruzó los brazos.

—Estoy hablando en serio, Sheldon.

Sheldon dejó escapar un silbido bajo, inclinándose hacia ella con el interés de un hombre a punto de escuchar un escándalo.

—Ahora tienes mi atención. ¿Qué te pasa?

Amelia vaciló un momento, como si no estuviera segura de querer compartir lo que había descubierto, pero finalmente lo dijo, casi como un susurro:

—No puedo dejar de pensar en la joven de la tumba y todo lo que me contaste.

Sheldon se enderezó, sorprendido.

—Debes dejar de torturarte con eso, Amelia.

Amelia asintió con seriedad, pero había un dejo de tristeza en su rostro.

—Tienes razón, pero no puedo, creo que lord Blackwood tiene que ver con lo que hizo esa pobre muchacha.

Sheldon se quedó en silencio por un momento, estudiando el rostro de Amelia con curiosidad.

—¿Y qué hizo el infame donjuán? —preguntó Sheldon, apoyándose en el mostrador.

Amelia apretó los labios, tratando de ordenar sus pensamientos.

—La abandonó.

Sheldon parpadeó, desconcertado.

—¿Eso es todo? Pensé que ibas a decirme que la asesinó.

—Sheldon —gruñó Amelia—. Es como si lo hubiera hecho. Cada vez que pienso en Sophie, en cómo su vida terminó de manera tan trágica, no puedo evitar culparlo. Quizás no directamente, pero es un hombre que juega con los sentimientos de las mujeres.

—¿Estás segura de que el culpable es él?

—¿Cómo no iba a estarlo? —replicó Amelia con vehemencia—. Todo apunta a él.

Sheldon se rascó la barbilla, reflexionando.

—¿Y qué impresión te dio? No como el hombre de las cartas, sino como el hombre con el que bailaste.

La pregunta la tomó por sorpresa, y su ceño se frunció mientras trataba de encontrar una respuesta adecuada.

—Fue... desconcertante. No esperaba que fuera tan... diferente.

Sheldon alzó una ceja, divertido.

—¿Diferente cómo? ¿Encantador, apuesto, cautivador?

Amelia le lanzó una mirada de advertencia, pero su gesto no fue tan firme como habría querido.

—Es más reservado de lo que imaginé. Y, aunque no quiero admitirlo, tiene una forma de mirar que te hace sentir como si estuviera leyendo tus pensamientos.

Sheldon dejó escapar una risa suave.

—Bueno, querida amiga, parece que Lord Blackwood tiene más capas de las que suponías.

—Eso no cambia nada —insistió Amelia, enderezándose—. Si de alguna forma es responsable del sufrimiento de Sophie, o de cualquiera de esas mujeres, no pienso quedarme de brazos cruzados.

Sheldon la miró preocupado.

—Solo ten cuidado, Amelia. A veces, cuando buscamos la verdad, terminamos descubriendo cosas que preferiríamos no saber.

Ella sostuvo su mirada, segura de su propósito.

—Entonces que así sea. Pero no voy a detenerme.

Sheldon sonrió con ternura y sacudió la cabeza.

—Eres imposible, ¿lo sabías?

Amelia tomó uno de los libros del mostrador y se lo tendió.

—Y tú demasiado curioso. Ahora, ¿puedes dejar el interrogatorio y ayudarme?

Sheldon tomó el libro, aún sonriendo.

—Por supuesto, aunque debo decir que nunca pensé que terminarías compartiendo un vals con el famoso Lord Blackwood.

—Créeme, yo tampoco lo esperaba —murmuró Amelia, aunque una parte de ella sabía que ese baile había sido más que un simple giro en la pista.

Mientras Sheldon cogió una pila de libros y se alejó tarareando una melodía, Amelia se permitió un momento para reflexionar. Por mucho que quisiera despreciar a Blackwood, había algo en él que la inquietaba... y también le producía intriga.

14

Amelia abrió la librería, el suave sonido de la campanilla de la puerta al sacar el cartel, anunció el comienzo de una nueva jornada. La tienda aún conservaba la calma de las primeras horas de la mañana. Su padre había salido al amanecer, lo cual le dejaba un espacio tranquilo para meditar. Sin embargo, desde la noche del baile, algo se había agitado dentro de ella. Lady Rebecca, el descubrimiento del pedido de Sophie, todo había sumido a Amelia en una profunda confusión. Ya no podía seguir siendo la espectadora callada que escribía cartas para otros. Ya no podía seguir perpetuando el daño que el hombre causaba.

El sonido de la puerta hizo que Amelia saliera de sus cavilaciones. Su corazón dio un vuelco al ver entrar a lord Blackwood, con su porte impecable y la mirada calculadora que parecía escrutar cada rincón.

—Señorita Fairburn —saludó con una leve inclinación de cabeza, impecable en su porte y modales.

Amelia sintió un nudo en el estómago, pero logró sonreír con cortesía.

—Lord Blackwood, qué sorpresa.

Él no respondió de inmediato. En cambio, caminó hacia una de las estanterías y comenzó a pasar los dedos por los lomos de los libros.

—Debe disfrutar mucho de este lugar —comentó—. Estar rodeada de historias y conocimientos... parece una vida tranquila.

Amelia lo observó, buscando algún rastro de ironía en su tono.

—La tranquilidad es relativa, milord. Siempre hay algo que hacer, incluso en un lugar como este.

Weston tomó un libro al azar y lo abrió.

—¿Siempre quiso trabajar aquí? —preguntó sin levantar la vista.

La pregunta la tomó desprevenida.

—La librería pertenece a mi padre. Crecí entre estos estantes, así que podría decirse que este lugar es parte de mí.

Weston asintió, cerrando el libro con cuidado antes de devolverlo a su lugar.

—Debe ser agradable tener algo tan constante.

—Supongo que sí. Pero también tiene sus desafíos. —Amelia lo miró con curiosidad—. ¿Y usted, milord? ¿Siempre quiso hacer... bueno, lo que sea que hace un lord?

La pregunta le arrancó una sonrisa casi imperceptible a Weston.

—Ah, ¿y qué cree que hace un lord?

—Asistir a bailes, administrar tierras, viajar...

—Interesante lista. —Se acercó al mostrador y apoyó las manos en el borde—. Podría decirse que hago un poco de todo, aunque no siempre por elección.

Amelia levantó una ceja, intrigada por su tono.

—¿Por elección, entonces, qué haría?

Weston la miró, y por un instante pareció que iba a dar una respuesta directa, pero en su lugar se inclinó ligeramente hacia ella.

—Leer más poesía, tal vez.

Amelia dejó escapar una risa suave. Recordó a Sheldon hablando sobre la soberbia de los poetas, ahora tenía que conocer qué pensaba de los lectores de poesía. Sonrió imaginando a su amigo diciendo: los lectores de poesía son pretenciosos, un grupo singular, casi una especie aparte. Almas torturadas que...

Weston carraspeó y la sacó de sus cavilaciones. Entonces ella dijo:

—¿De verdad? No lo hubiera imaginado.

—No me gusta ser predecible.

Ella asintió, divertida.

—Entonces, ¿tiene algún autor favorito?

Weston fingió pensar por un momento.

—Byron, supongo. Aunque a veces encuentro más consuelo en Wordsworth.

Amelia ladeó la cabeza.

—Una elección interesante. Wordsworth es más sereno que Byron.

—Todos necesitamos un poco de serenidad de vez en cuando —replicó Weston, en un tono suave—. Pero usted, señorita Fairburn, ¿qué lee cuando busca algo más que serenidad?

—Supongo que depende de mi estado de ánimo. A veces prefiero algo que me haga pensar.

Weston sonrió.

—Y a veces algo que la haga sentir... —dijo, recordando la carta.

Ella lo miró, sorprendida por la agudeza de su observación.

—Mmm... Supongo que sí —respondió con un leve titubeo.

El ambiente entre ellos se había relajado. Por un momento, Amelia olvidó las sospechas y dudas que le inspiraba aquel hombre. La conversación fluía con una facilidad inesperada, como si ambos hubieran bajado sus respectivas defensas.

Sin embargo, la campanilla de la puerta volvió a sonar, interrumpiendo el momento. Sheldon

entró con su habitual energía, llevando un paquete bajo el brazo.

—¡Amelia! —exclamó, deteniéndose al notar a Weston—. Oh... parece que interrumpí algo importante.

—No del todo —respondió Weston, enderezándose y ajustando su chaqueta—. Creo que ya encontré lo que buscaba.

Dejó un libro sobre el mostrador y le dirigió una última mirada a Amelia, con un destello de algo que ella no pudo interpretar.

Amelia le informó el precio, intentando domar su nerviosismo.

Él le pagó y no aceptó su vuelto.

—Señorita Fairburn, ha sido un placer. Quizá vuelva pronto por más recomendaciones.

Con un leve asentimiento hacia Sheldon, Weston salió de la librería, dejando tras de sí una mezcla de emociones.

Sheldon se acercó con rapidez al mostrador, su expresión oscilaba entre la curiosidad y la diversión.

—¿Lord Blackwood en tu librería? Ahora sí necesito una explicación.

Amelia suspiró, consciente de que el día estaba lejos de terminar. Permaneció inmóvil detrás del mostrador, con los brazos cruzados sobre el pecho, intentando ordenar sus pensamientos: ¿qué quería lord Blackwood? ¿Por qué su presencia la afectaba tanto? No tenía miedo, pero había algo en él que la hacía bajar la guardia.

—¡Amelia! —dijo Sheldon, mientras agitaba la mano para llamar su atención—. Estuve hablando con un conocido que podría tener información interesante para ti.

Amelia le dirigió una mirada exasperada.

—Por favor, dime que no tiene nada que ver con lord Blackwood.

Sheldon ladeó la cabeza y la observó con detenimiento.

—Creía que deseabas saber más sobre él, ¿acaso te estás enamorando?—preguntó.

Amelia apretó los labios, pero al ver la expresión de curiosidad incontrolable de su amigo, dejó escapar un suspiro.

—¿Enamorando?, que va, claro que no, pero no voy a negarlo: fue desconcertante que haya venido.

Sheldon soltó una carcajada.

—Esa expresión de tormento existencial, creo que esto hará las cosas aún más interesantes.

Sheldon se apoyó en el mostrador con un aire teatral, mientras una sonrisa traviesa se formaba en su rostro.

—Escucha, Amelia. La vida no sería tan divertida si no hubiera un poco de misterio, y Lord

Blackwood parece tenerlo en exceso. —Le guiñó un ojo, antes de continuar—: Ahora bien, sobre mi conocido...

Amelia lo interrumpió, escéptica.

—¿Es alguien confiable o es otro de tus excéntricos contactos?

Sheldon terminó sintiéndose ofendido, llevándose una mano al pecho.

—¡Por favor! Siempre hago mis deberes. Este caballero tiene información de primera mano sobre los círculos en los que se mueve nuestro enigmático señor.

Amelia frunció el ceño, intentando ignorar el peculiar entusiasmo de Sheldon.

—¿Y qué información tiene?

Sheldon bajó la voz, como si estuviera compartiendo un secreto que no debía ser escuchado por las paredes.

—Parece que lord Blackwood no siempre fue el hombre frío y distante que conocemos. Según mi fuente, hubo un tiempo en que era... bueno, casi humano. Amable, incluso apasionado. Estuvo casi toda su vida recluido en la casa de campo de su padre, pero eso no es lo que nos interesa, algo sucedió.

—¿Algo? —Amelia inclinó la cabeza, interesada a pesar de sí misma.

—Sí, relacionado con una mujer. —Sheldon hizo una pausa dramática, disfrutando de la atención de Amelia—. Aunque los detalles son un tanto vagos, se rumorea que ella fue la razón por la que cambió.

Amelia se cruzó de brazos de nuevo, intentando procesar la información.

—Y ¿qué tiene que ver eso conmigo?

Sheldon la miró con una mezcla de incredulidad y diversión.

—¿En serio? Tú eres quien revisó los registros, quien lleva semanas inquieta por descubrir quién es realmente. No me vengas con que no te importa.

Ella lo miró con sospecha, pero no podía contradecirlo. Había algo en Lord Blackwood que la inquietaba, algo que la empujaba a querer entenderlo, aunque no supiera el porqué.

—Está bien —admitió—. ¿Qué sugieres?

Sheldon se incorporó, extendiendo las manos como si fuera a revelar un plan magistral.

—Sugiero que sigamos investigando. Pero, por ahora, tengo algo más importante que decirte.

Amelia entrecerró los ojos.

—¿Más importante?

Sheldon se inclinó hacia ella, sus ojos brillaban con entusiasmo.

—Lady Rebecca Marbury ha invitado a una semana de celebraciones en su casa de campo. Y adivina, tú estás en la lista de invitados.

Amelia lo miró incrédula.

—¿Qué? ¿Cómo es posible? Apenas la conozco.

Sheldon se encogió de hombros, despreocupado.

—Digamos que diste una buena impresión en el baile. Ahora tienes la oportunidad perfecta para observar a Lord Blackwood fuera de su entorno habitual.

Amelia suspiró, dejando caer los hombros.

—¿Y si no quiero ir?

Sheldon sonrió, como si ya supiera la respuesta.

—Oh, irás. No solo porque te encanta fingir que no te interesa, sino porque sabes que hay algo más detrás de toda esta fachada. Y además... —hizo una pausa, inclinándose aún más cerca—. La madre de Rebecca no invita a cualquiera. Si estás en su lista, significa algo.

Amelia negó con la cabeza, sabiendo que Sheldon tenía razón. Su intuición le decía que debía aceptar, aunque no estaba segura de qué encontraría al hacerlo.

15

Por supuesto que tenía ese libro, y una edición especial que había conseguido en uno de sus viajes, pero tuvo que inventar una excusa para volver a verla. William tenía razón, Amelia lo atraía, solo que todavía no estaba preparado para aceptarlo. Verla ahí, en su entorno, rodeada de sabiduría e historias, su manera de hablar, el tono suave, pero al mismo tiempo seguro de su voz, su mirada, con esos ojos oscuros y curiosos, su pequeña mano con los dedos manchados de tinta y ese aroma a lavanda que se mezclaba con el de los libros produjo en él algún tipo de embrujo, además de su manera de escribir, no podía dejar de pensar en aquella osada carta.

No se conformaba con ese encuentro, quería verla de nuevo, pero no sabía qué excusa poner, no era como si pudieran encontrarse en algún baile o cena, no frecuentaban el mismo círculo, tal vez era eso lo que le gustaba. Parecía sincera, no estaba a la caza de marido, cosa que lo exasperaba cada vez que asistía a alguna reunión. Las madres y jóvenes casaderas lo miraban con interés, pero uno que no era genuino, en realidad poco les importaba él como ser humano, solo querían alguien que pueda proveerles lo suficiente como para vivir entre los lujos a los que estaban acostumbradas.

Tenía que inventar algo.

Dejó el libro sobre su escritorio y caminó hacia el ventanal que daba al jardín. Por una parte agradeció esta repentina fascinación, era refrescante enfocarse en algo más agradable, dejando de lado el desastre que Evan había causado. Aunque se rehusaba a admitirlo, el único que podía ayudarlo era William. Sin pensarlo más volvió a salir, sabía que su amigo no dudaría en darle una mano, ya que había tomado todo este tema de las cartas como un desafío personal.

La madre de Weston había fallecido cuando él tenía diez y Evan siete. Su padre murió cuando él llegó a la edad adulta. El viejo lord Blackwood los había recluido en la casa de campo, rodeados de sirvientes y al cuidado de la nana e institutriz, hasta que tuvieron edad suficiente para ir al internado y luego a la universidad. Weston siempre tuvo que estar al cuidado de su hermanito, que se había revelado desde pequeño, lo defendía, lo amaba más que a nadie, pero también sabía que Evan cometía muchas equivocaciones.

Su padre llenaba el espacio vacío que había dejado su madre con lujos. En lugar de guiarlos para que se conviertan en caballeros respetables, cuando Evan cometía alguna travesura, lo atiborraba de regalos. No culpaba a su padre, suponía que le resultó complicado quedar, de repente, con la obligación de criar a dos niños. Con el tiempo, y a medida que Evan crecía, también lo hicieron los problemas en los que se metía. Y el que acudía a su rescate era Weston, y más cuando quedó a cargo de la fortuna familiar, esa responsabilidad fue más pesada. Por lo que se dedicó a ser el padre de su hermano y dejó de lado sus intereses personales, en especial, a los asuntos que involucraban al corazón.

William y él se hicieron amigos en el internado, en vacaciones, sin embargo, su buen amigo iba a casa de sus padres, mientras que Weston volvía a la casa de campo, su padre estaba

demasiado ocupado como para regalarles, a él y a Evan, un poco de tiempo. Lord Blackwood siempre fue un hombre calculador, más bien práctico, no se podía decir que se volvió así por la muerte de su esposa, porque se estaría mintiendo. Su matrimonio fue una mera transacción comercial. Sin embargo, siempre respetó a lady Blackwood, tal vez no era cariñoso con ella, pero sí leal y honesto.

Weston aprendió a ser igual, pero siempre hubo algo en el fondo de su ser, una pequeña espinita que le hacía desear una relación diferente a la que tuvieron sus padres, tal vez ese era el motivo de que todavía, a sus treinta y un años, no se haya casado. Le gustaba disfrutar de la compañía femenina, pero no lo suficiente como para que esta se volviera algo constante en su vida, sin embargo, y al contrario de lo que hacía Evan, él era honesto y directo, no daba falsas esperanzas, es más, intentaba encontrar mujeres que pensaban como él, una actriz por aquí, alguna viuda joven que disfrutaba de los placeres de la carne, pero que no estaba dispuesta a arriesgar su tan ansiada independencia.

Sin embargo, una pregunta comenzó a rondar en su mente desde su encuentro con Amelia, ¿era feliz así?, y sí, lo fue, hasta que conoció a la creadora de aquellas palabras que lo hicieron sonrojar, pero no de vergüenza, sino que por algo más, algo que estaba dispuesto a averiguar.

El recuerdo de la perenne tristeza en los ojos de su madre, que sabía esconder con maestría, le hacía pensar que no fue feliz. Fue una mujer que lo tuvo todo y nada a la vez. No quería algo así, no soportaría ver como un ser humano se marchitaba como un rosal al que no se le presta el cuidado que necesita. Amelia, proyectaba una imagen diferente a la delicada y tímida imagen de lady Blackwood, era inteligente, sagaz en sus respuestas, su belleza no residía en su aspecto exterior, sino que más bien en cómo era y actuaba. Weston llegó a la conclusión de que eso era lo que le atraía. No podía negar que ansiaba besar aquellos labios atrevidos, abrazarla y experimentar una cercanía más íntima con Amelia, pero no solo era eso, era algo más, algo que no sabía cómo expresar.

Al llegar a la casa de William fue recibido por su mayordomo, que lo guió hasta el salón comedor donde su amigo estaba comiendo.

—¿Weston, que te trae por mi humilde hogar? —preguntó William, y lo miró con una sonrisa pícaro.

Weston tomó asiento frente a su amigo, cogió un panecillo y lo masticó con lentitud antes de comenzar a hablar.

—Una taza para lord Blackwood —ordenó William—. Dime, ¿qué milagro hizo que salieras de tu reclusorio?

—Fui a verla —respondió Weston—, estuve en su librería, hablamos un poco, nada personal, sobre libros y autores.

—Weston, Weston, Weston... —murmuró William, y lo miró con una ceja levantada—, ¿qué le ha pasado al hombre serio, recatado y gruñón?, me gustabas así, amigo, esa versión es mejor, a esta patética actitud blandengue.

—Por suerte eres mi amigo, William, solo porque te conozco y aprecio dejaré pasar ese comentario desagradable.

—Soy tu amigo, por lo tanto, es mi obligación ser sincero, para adúladores tienes a tus sirvientes, amantes, madres desesperadas por cazar un marido para sus insulsas hijas y a los que quieren hacer negocios contigo —comentó William, y bebió un poco de té.

—Está bien, pero ahora no quiero discutir sobre eso, lo que necesito es que me ayudes a que Amelia y yo volvamos a encontrarnos, tiene que parecer algo casual, solo que no puedo encontrar la manera, si era una dama de la aristocracia, sólo tenía que buscar asistir a alguna fiesta o reunión, pero con ella, esto se vuelve complicado.

William lo observó, sorprendido por lo que acababa de escuchar, dejó la taza sobre el platillo de golpe, se puso de pie y se inclinó hacia su amigo, colocó las palmas de las manos sobre la mesa y se acercó todo lo que pudo.

—Weston, estás enamorado —susurró muy cerca del rostro de lord Blackwood.

—Estás delirando, solo es interés... —murmuró, dejando la frase sin terminar y se quedó en silencio.

—Fascinación, deseo y... —William volvió a sentarse y añadió—: amor.

—¿Ahora te has vuelto experto en asuntos románticos? —inquirió Weston—, definitivamente no es amor, ¿quién se enamora de alguien que apenas conoce?

—Lo es, amigo, el amor es un continuo, como la vida, ¿cuándo realmente comienza la vida?...

Weston lo interrumpió.

—No tiene sentido lo que dices, sueñas como un loco.

—Lo dice el hombre que está aquí hablando de una mujer, pero sin querer aceptar que siente algo por ella.

—Bueno, Eros, tienes razón.

—¿Me estás tratando como a un loco?

—No, solo te doy la razón, para que dejes de hablar tonterías y uses esa gran imaginación en urdir algún plan para que Amelia y yo nos encontremos, pero que parezca una casualidad.

—Lady Marbury está organizando una semana en su casa de campo por el cumpleaños de su hija, solo invita a amigos muy cercanos, pero puedo lograr que te invite, y sugerir a lady Rebecca que invite a Amelia, me enteré que la librera logró conquistar su aprecio.

—¿Cómo te enteras de esas cosas?

—Tengo mis encantos, Weston, además de una curiosidad voraz. Pero no puedo contarte mi secreto.

Weston lanzó una carcajada interrumpiendo a su amigo.

—Ni me interesa saberlo, estoy seguro de que incluye ciertos detalles lujuriosos que prefiero guardes para tí y tus conquistas.

Amelia bajó del carruaje, sintiendo el viento fresco de la campiña inglesa acariciar su rostro. La majestuosa casa de campo de los Marbury se alzaba ante ella, con sus ventanas reflejando los primeros rayos de sol. No podía evitar sentir un nudo en el estómago; no estaba acostumbrada a eventos sociales de este tipo, pero Rebecca había insistido en que asistiera.

—Amelia, querida —la voz vivaz de Rebecca resonó desde la entrada, y en pocos segundos, la anfitriona apareció con los brazos abiertos—. ¡Sabía que no me fallarías!

—No podía rechazar tu invitación —respondió Amelia, forzando una sonrisa mientras aceptaba el abrazo de su nueva amiga.

Sheldon y su padre la convencieron, una vez más, de aceptar la invitación, y lo hizo solo porque su amigo se comprometió en acompañar al señor Fairburn todo el tiempo que Amelia estuviera fuera.

—Espero que te sientas como en casa. Esta semana será inolvidable, lo prometo.

Amelia siguió a Rebecca al interior de la mansión, donde un grupo de invitados ya se congregaba en el salón principal. Risas y conversaciones animadas llenaban el aire, y Amelia hizo todo lo posible por aparentar comodidad. Sin embargo, cuando sus ojos se encontraron con una figura familiar al otro lado de la habitación, el aire pareció volverse más denso.

Weston Blackwood.

Él estaba de pie junto a un grupo de hombres, pero su mirada estaba fija en ella, como si también estuviera sorprendido por su presencia. Amelia apartó la vista, buscando refugio en la cercanía de su amiga.

Rebecca, ajena al intercambio, tomó la mano de Amelia y la llevó hacia el grupo.

—Lord Blackwood, no veo a su hermano por ningún lado —comentó despreocupada—, y tampoco a su inseparable amigo.

—Mi hermano ha viajado, supongo que estará disfrutando de Francia en este momento y lord Nightingale no podía descuidar su negocio, es una época bastante ocupada para él.

Rebecca solo asintió y dijo:

—Creo que ya conoce a la señorita Fairburn.

Weston inclinó la cabeza, su expresión era neutral, pero con un destello de curiosidad en los ojos.

—Señorita Fairburn. Qué sorpresa verla aquí.

—Lord Blackwood —respondió Amelia con una ligera inclinación de cabeza, esforzándose por mantener la compostura.

Rebecca, siempre encantadora, comenzó a hablar de la comida que los esperaba después de que cada invitado se hubiera acomodado, permitiendo que Weston y Amelia intercambiaran solo unas pocas palabras más antes de que la conversación general los absorbiera.

—No esperaba verla en un lugar como este —dijo Weston.

—Rebecca puede ser muy persuasiva.

—Eso puedo imaginarlo —respondió Weston, con una media sonrisa—. Aunque debo admitir que me alegra que haya tenido éxito.

Amelia parpadeó, sorprendida, pero antes de que pudiera responder, Rebecca los interrumpió.

—Querida, te llevaré hasta tu habitación para que te acomodes y prepares. —Miró a Weston—. Lord Blackwood, un sirviente le mostrará su habitación. —Hizo una seña y un jovencito se acercó con diligencia.

—Milord —saludó con una reverencia—. Ya acomodamos sus pertenencias, si me permite lo guiaré hasta su habitación.

La casa de campo de los Marbury era un lugar sacado de un cuadro. La luz del sol se derramaba sobre los hermosos y cuidados jardines y un aire de expectativa flotaba entre los invitados que habían llegado esa mañana. Amelia, nerviosa por encontrarse en un entorno tan diferente, intentaba integrarse mientras paseaba por la terraza. Hubiera estado más cómoda con Sheldon ahí, pero él se quedó en Londres, ayudando al señor Fairburn en la librería. Rebecca Marbury, radiante como siempre, se acercó a ella.

—Amelia, querida, ¿te gustó tu habitación? —preguntó Rebecca, enlazando su brazo con el de su nueva amiga.

—Sí, gracias. Es preciosa, todo aquí es perfecto —respondió Amelia, aunque su tono dejaba entrever un ligero nerviosismo.

—No tienes nada de qué preocuparte. Estoy convencida de que todos te adorarán —aseguró Rebecca antes de excusarse para atender a otros invitados.

Amelia se quedó sola junto a una mesa llena de manjares, observando los jardines donde algunos de los caballeros practicaban tiro al blanco. Fue entonces cuando lo vio. Weston Blackwood caminaba hacia la terraza. Parecía al margen de la alegría general, como si estuviera más interesado en observar que en participar.

Para su desconcierto, sus ojos se cruzaron. Amelia, presa de un impulso inexplicable, sostuvo su mirada unos segundos más de lo necesario.

—¿Le temes o lo desafías? —preguntó una voz desconocida detrás de ella. Era una mujer de mirada fría y calculadora.

—¿Qué? —respondió ella.

—Tu mirada tenía algo... peculiar. No puedo decidir si lo desprecias o...

—En realidad no lo conozco, y no lo estaba mirando, milady —replicó Amelia con una sonrisa forzada. En ese momento se planteó seriamente en recoger sus cosas y largarse.

—Disculpa, no me he presentado, soy lady Emma —dijo la mujer, y agregó—: Deberías acercarte a él. Una charla ligera. Quizás descubras que no es tan terrible como dicen por ahí.

Amelia no respondió. Por supuesto, hablar con lord Blackwood estaba lejos de sus prioridades, pero tampoco podía ignorar la sensación persistente de que él sabía más de lo que aparentaba.

—Amelia Fairburn —respondió ella—. No sabía que se dice eso de lord Blackwood.

—Bueno, los hermanos Blackwood son bastante diferentes en algunos aspectos, pero en otros se parecen demasiado, y esos no son muy buenos que digamos.

—¿Cuáles serían esos aspectos? —indagó Amelia con real curiosidad.

—Son encantadores, enigmáticos, indiferentes, han roto la ilusión de muchas mujeres, sin embargo, hay muchas que siguen interesadas en cazarlos.

Descubrir que lord Blackwood y su hermano eran unos terribles seres humanos no la sorprendió, de alguna manera ella ya lo sabía.

—Al parecer, eso describe a la mayoría de los hombres en este lugar, milady —respondió Amelia con una leve sonrisa, intentando ocultar su incomodidad.

—Puede que tenga razón, señorita Fairburn —admitió la mujer, alzando una ceja y dedicándole una mirada cargada de desdén—. Bueno, la dejo para que siga con su contemplación.

Amelia observó cómo la mujer se alejaba, con su vestido de tonos suaves ondeando ligeramente a cada paso. Era bonita y elegante, con un andar altivo y seguro, como si el lugar le perteneciera.

Cuando la figura de la dama se perdió entre los invitados, Amelia volvió la vista hacia donde estaba lord Blackwood, pero ya no lo vio, entonces decidió que un paseo por los jardines le vendría bien. La quietud del lugar siempre lograba calmar el caos de pensamientos en su mente. Sin embargo, al llegar a un pequeño claro rodeado de rosales, su paso se detuvo al divisar una figura conocida.

Weston estaba sentado en un banco de piedra, con una expresión concentrada que lo hacía parecer ajeno al mundo. La luz tenue del atardecer iluminaba su rostro, resaltando sus facciones. Amelia se quedó inmóvil por un momento, dudando si acercarse o continuar con su paseo.

«¿Qué hace aquí tan apartado?», pensó. Había algo desconcertante en verlo tan sereno, tan absorto.

—Señorita Fairburn, qué coincidencia —dijo él al notar su presencia. Su tono era cortés, pero distante.

—Lord Blackwood —saludó ella con una ligera inclinación de cabeza, obligándose a mantener la compostura.

—¿Le gustan los jardines? —preguntó Weston, dirigiendo toda su atención hacia Amelia.

—Son hermosos, aunque me temo que no soy una experta en botánica —respondió, intentando sonar despreocupada.

—Entonces tenemos algo en común —comentó él, con un leve destello de humor en su

mirada.

El silencio que siguió no fue incómodo, pero sí cargado de una tensión sutil. Finalmente, Weston rompió la pausa:

—Debe ser un poco abrumador, estar aquí entre tanta gente. La madre de Rebecca tiene talento para reunir a las personas.

Amelia esbozó una sonrisa, sorprendida por el tono casual de su comentario.

—No negaré que es un cambio respecto a mi rutina, pero estoy agradecida por la invitación. Lady Rebecca es una anfitriona maravillosa.

—Y usted es una observadora aguda, por lo que veo.

Amelia lo miró con cautela.

«¿Había un doble sentido en sus palabras?», se preguntó, pero antes de que pudiera responder, Weston se levantó y se acercó con cortesía.

—Espero que disfrute el resto del día, señorita Fairburn. Estoy seguro de que nos cruzaremos de nuevo.

Y con eso, se fue, dejándola confundida.

16

Ya en su habitación, Amelia se acomodó en un pequeño sillón junto a la ventana, mirando hacia los jardines. Desde ahí, podía distinguir el grupo de caballeros que conversaba animadamente en la terraza. Entre ellos, Weston Blackwood.

«¿Cómo pudo Rebecca invitarlo aquí?» pensó, apretando los labios en un gesto de incredulidad. Sabía que los modales en la alta sociedad dictaban cordialidad, incluso hacia aquellos que no la merecían, pero esto le parecía un exceso. Rebecca había hablado con desdén de "lord Blackwood" en el baile, le confesó cuánto la había herido... ¿y ahora lo recibía en su casa como si nada hubiera pasado?

Amelia tamborileó los dedos contra el brazo del sillón, intentando ordenar sus pensamientos.

—Supongo que esta es una de esas cosas que nunca entenderé de los nobles. Pueden ser humillados, traicionados, incluso pisoteados, y aun así sonríen, se inclinan y organizan cenas para sus ofensores. ¿Es todo un juego para ellos? ¿Una actuación interminable? —se dijo a sí misma. Suspiró, dejándose caer un poco más contra el respaldo del sillón.

—Quizás sea por conveniencia —se volvió a hablar. Necesitaba a Sheldon para contarle todas sus hipótesis.

«Sí, eso debe ser. En este mundo, las apariencias valen más que los sentimientos. No importa cuánto daño te hayan hecho; si la persona en cuestión tiene un título o una posición importante, le abres la puerta y finges que todo está en orden», recapacitó. Se mordió el labio, su mente viajó hacia Sophie.

«Puede ser que Rebecca, de alguna forma, lo haya perdonado», reflexionó.

—No... eso no tiene sentido —dijo en voz alta—. No se puede perdonar algo así. O tal vez soy yo quien no entiende el concepto del perdón. Tal vez soy demasiado terrenal para comprender esa... ¿virtud? ¿Hipocresía?

La figura de Weston captó la atención de Amelia a través de la ventana. Estaba de pie, con una mano en el bolsillo, riendo con suavidad ante algún comentario. A pesar de su distancia, Amelia no pudo evitar fijarse en la facilidad con la que parecía encajar en ese mundo. Como si no hubiera en él ni un ápice de remordimiento o culpa.

«¿Qué te mueve, lord Blackwood?», pensó.

—Si lady Rebecca aún guarda rencor, no lo mostraba. Pero yo... yo no puedo evitar pensar que hay algo más. Algo que no encaja —murmuró.

Se levantó, incapaz de seguir sentada mientras su mente giraba en círculos.

«Quizás deba averiguarlo por mí misma», recapacitó.

—Si este es el juego de la nobleza, entonces aprenderé sus reglas. Y cuando lo haga, encontraré las respuestas que busco —declaró en voz alta.

Era el segundo día y el sol de la mañana bañaba los jardines de la propiedad de los Marbury, haciendo que las flores lucieran aún más vibrantes. Lady Rebecca había insistido en un paseo para disfrutar del paisaje y, aunque Amelia no estaba particularmente entusiasmada, decidió unirse para no parecer descortés.

El grupo comenzó la caminata con entusiasmo, liderado por Rebecca, quien describía con vivacidad cada rincón del jardín. Amelia, sin embargo, prefería quedarse al final, dejando que los demás se adelantaran.

—Parece que compartimos el gusto por la tranquilidad —dijo una voz detrás de ella.

Amelia se giró, encontrándose con Weston Blackwood. Estaba a una distancia prudente, con las manos relajadas tras su espalda, pero su mirada estaba fija en ella.

—Lord Blackwood —respondió, inclinando la cabeza en una sutil reverencia—. No esperaba verlo aquí.

Él sonrió, aunque con un toque de ironía.

—Y, sin embargo, aquí estoy.

Amelia se sintió incómoda. Weston no había hecho ningún esfuerzo por unirse al grupo más animado, algo que encajaba con su imagen distante y reservada.

—Es un jardín hermoso —comentó él, deteniéndose junto a un seto lleno de rosas en flor—. Pero veo que no le hacen justicia al aroma. Las rosas de Egipto tienen un perfume más dulce, aunque carecen de esta elegancia.

Amelia lo observó por un momento, sorprendida por su tono reflexivo.

—¿Ha viajado mucho?

—Más de lo que algunos considerarían prudente —respondió él, girándose hacia ella con una leve sonrisa—. Pero no suficiente para mi gusto.

—Eso suena a insatisfacción —dijo Amelia sin pensar.

Weston arqueó una ceja, divertido.

—¿Y acaso no lo estamos todos, en algún nivel? —Se inclinó hacia una flor, fingiendo estudiarla—. ¿Qué es la vida sin algo que perseguir?

Amelia se cruzó de brazos, intentando ocultar su desconcierto.

—¿Qué persigue usted, milord?

Él levantó la mirada hacia ella, y por un momento, pareció que iba a responder con algo personal, algo real. Pero en su lugar, se enderezó y volvió a sonreír con una cortesía estudiada.

—Por ahora, solo disfruto del paisaje.

Amelia lo miró con cautela, intentando descifrar sus intenciones.

«Es un hombre educado, incluso encantador. Pero eso no borra el hecho de que podría ser responsable de la tragedia de Sophie. No puedo permitirme bajar la guardia».

—Y usted, señorita Fairburn, ¿qué persigue? —preguntó Weston, rompiendo el silencio.

Amelia lo miró sorprendida, pero no permitió que su desconcierto se reflejara en su rostro.

—Nada tan poético como las rosas de Egipto, me temo. Solo busco cumplir con mis responsabilidades.

Weston soltó una suave risa.

—Una respuesta prudente. Pero creo que hay más detrás de esas palabras.

Amelia sintió un nudo en el estómago. Había algo en su tono, en la manera en que la observaba, que la hacía sentir como si pudiera ver a través de sus defensas.

«Habla con tanta sinceridad, y, sin embargo, hay un muro invisible entre nosotros. ¿Es precaución o desconfianza? La curiosidad me está matando. ¿Qué secretos guarda, además de su talento para las palabras?», pensó Weston mientras caminaban.

El grupo se detuvo a lo lejos, admirando un estanque rodeado de lirios. Weston y Amelia, sin prisa, continuaron su camino a una distancia segura de los demás.

—Debo admitir que no esperaba encontrarme con alguien como usted aquí —dijo Weston de repente.

Amelia arqueó una ceja, confundida. No era la primera vez que le hacía ese tipo de comentario.

—¿A qué se refiere?

—A alguien con una perspectiva refrescante. Este círculo puede ser predecible, por decirlo de alguna manera. Usted, en cambio, parece observar el mundo desde un ángulo diferente.

Amelia no supo qué responder. Por un instante, se sintió expuesta, como si él hubiera descifrado algo que ni ella misma entendía.

Antes de que pudiera responder, Rebecca los llamó desde el estanque, interrumpiendo el momento. Amelia suspiró con alivio, mientras Weston le ofrecía su brazo para unirse al grupo.

—Señorita Fairburn, no me mal interprete —dijo en voz baja mientras caminaban—. Los jardines son hermosos, pero hoy han sido mucho más interesantes gracias a su compañía.

Amelia lo miró, desconcertada, mientras él mantenía su rostro impassible.

«¿Qué quiere de mí realmente, lord Blackwood?» pensó, mientras intentaba descifrar al hombre que caminaba junto a ella.

17

La lluvia golpeaba suavemente las ventanas de la gran biblioteca de los Marbury, creando una melodía rítmica que llenaba el aire. Amelia, refugiada entre los altos estantes de madera, pasaba los dedos por los lomos de los libros, disfrutando del silencio y la calidez del lugar. Después de dos días de reuniones sociales y conversaciones superficiales, la soledad de la biblioteca era un alivio.

Estaba concentrada leyendo los títulos en busca de algo que llamara su atención cuando sintió una presencia detrás de ella.

—Señorita Fairburn, parece que usted también es de las que prefieren las palabras escritas a insulsas charlas —dijo una voz profunda y familiar.

Amelia se giró con lentitud, encontrándose con Weston Blackwood. Su expresión era serena, casi amigable, pero había algo en sus ojos que la mantenía alerta.

—No diría que rechazo la charla, milord, pero los libros son una compañía más agradable para un día de lluvia —respondió, controlando su tono para mantener la neutralidad.

—Entonces, tal vez pueda ayudarme. Estoy buscando algo que leer para esta tarde lluviosa. ¿Alguna recomendación?

Amelia lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿De verdad busca leer, milord? ¿O simplemente una excusa para conversar?

Weston esbozó una sonrisa traviesa.

—¿Por qué no las dos cosas?

Ella suspiró y recorrió la estantería con la mirada antes de extraer un pequeño libro de cubierta verde.

—Aquí tiene. Creo que encontrará este libro adecuado para un día como hoy.

Weston tomó el libro y lo inspeccionó con curiosidad.

—¿Romance? —murmuró, arrugando la nariz con fingida aversión—. ¿Es este su intento de castigarme, señorita Fairburn?

Amelia se cruzó de brazos y lo miró desafiante.

—¿No es usted un admirador del romance, milord?

Weston abrió el libro al azar y leyó en voz baja una línea. Luego lo cerró con un leve chasquido y sonrió.

—Digamos que prefiero las historias con algo más de acción.

Amelia rió, sorprendida por su franqueza.

—Entonces, prefiere batallas épicas y relatos de exploración.

—Más bien, disfruto los relatos que exploran la naturaleza humana. Historias en las que los personajes enfrentan dilemas que desafían su moralidad —dijo, mirándola con intensidad—. Tampoco soy ajeno a una buena trama de intriga.

Amelia sintió un escalofrío al notar la forma en que la observaba, como si tratara de descubrir algo en ella.

—Un gusto inesperado, milord. Tal vez debería probar con el romance; aunque no lo crea, también explora la naturaleza humana, pero de una manera más sucinta.

Weston rió con suavidad, sosteniendo el libro entre sus manos.

—Tal vez me sorprenda. Si no me agrada, le echaré la culpa a usted.

Amelia se encogió de hombros y sonrió.

—Estoy dispuesta a correr el riesgo.

Mientras Weston hojeaba el libro, Amelia no pudo evitar sumergirse en sus pensamientos.

«Esto no tiene sentido. No parece un manipulador. Pero los hombres como él son expertos en ocultar sus verdaderas intenciones. Aún así hay algo en su voz, en su presencia, que me hace dudar de lo que creía saber», pensó, observándolo por el rabillo del ojo.

Por otro lado, Weston levantó la vista del libro y la miró de reojo.

«Esa fachada de franqueza no puede ser todo lo que hay. ¿Por qué me desconcierta tanto? Tal vez sea por lo que no dice... o tal vez porque no puedo dejar de pensar en esa carta», reflexionó Weston.

El silencio entre ellos no era incómodo, pero estaba cargado de pensamientos no compartidos. La lluvia continuaba cayendo afuera, mientras dos mentes intentaban desenredar los misterios del otro en medio del olor a libros y el calor de la chimenea cercana.

—¿Qué le parece hasta ahora? —preguntó Amelia, rompiendo el silencio.

Weston levantó la vista y le dedicó una sonrisa casi burlona.

—Es interesante, aunque creo que el señor Darcy es demasiado orgulloso para su propio bien. Y Elizabeth Bennet, demasiado obstinada. Sin embargo, debo admitir, que eso la hace fascinante.

Amelia se sentó en un sillón cercano, ajustando su falda.

—Tal vez sea porque ambos están demasiado acostumbrados a observar a los demás desde la distancia, a juzgar antes de entender.

Weston asintió con lentitud.

—Es una perspectiva interesante. Aunque supongo que todos somos culpables de eso en algún momento, ¿no cree?

—Algunos más que otros —respondió Amelia con un matiz de intención en su voz—. En especial aquellos que, digamos, tienen una reputación de ser difíciles de comprender.

Weston cerró el libro y la miró con curiosidad.

—¿Habla de mí, señorita Fairburn?

Ella se encogió de hombros con una sonrisa enigmática.

—Tal vez. La verdad es que no se puede negar que usted tiene un aire de misterio, lord Blackwood. No es algo malo, por supuesto, pero despierta preguntas.

—¿Preguntas? —repitió Weston, entrecerrando los ojos con un brillo divertido—. ¿Qué tipo de preguntas?

Amelia fingió estudiar la lámpara cercana, como si la respuesta no fuera importante.

—Oh, ya sabe. Cosas como... ¿cómo es realmente? ¿Qué lo hace feliz? ¿Por qué parece tan indiferente a veces?

—¿Indiferente? —dijo él, ladeando la cabeza—. Tal vez porque prefiero observar antes de actuar. Es un hábito útil, en especial en ciertos círculos sociales.

Amelia aprovechó el comentario para avanzar un poco más en su línea de indagación.

—Y, hablando de círculos sociales, ¿alguna vez ha sentido algo parecido a lo que Darcy siente por Elizabeth? Una conexión que le haga cuestionar todo lo que creía saber sobre usted mismo.

Weston rió, una risa baja y suave que resonó en el ambiente tranquilo de la biblioteca.

—Señorita Fairburn, ¿está tratando de descubrir los secretos de mi corazón?

Ella lo miró directamente, sin vacilar.

—Solo intento entender al hombre detrás del título, milord.

Weston la observó con una intensidad que la hizo sentir un leve escalofrío. Finalmente, respondió:

—Diría que mi corazón ha estado en lugares más complicados de lo que un simple baile o una conversación podrían desentrañar. Pero, ¿qué hay de usted? ¿Alguna vez ha sentido algo así?

Amelia dudó un momento antes de responder, sin querer revelar demasiado.

—Supongo que todos llevamos algo en el corazón, algo que nos define, aunque no siempre lo compartamos.

Weston sonrió de lado, como si entendiera que ella había esquivado con habilidad su pregunta.

—Entonces, tal vez ambos tengamos secretos que proteger. Aunque debo admitir que este libro tiene una extraña manera de hacer que uno reflexione.

Amelia lo miró, intentando descifrar si estaba siendo sincero o simplemente jugando con sus palabras. Sin embargo, una parte de ella, por más precavida que fuera, no pudo evitar pensar que Weston Blackwood tenía más en común con Darcy de lo que él mismo podría admitir.

Lady Emma entró a la biblioteca. Miró a Amelia y luego a Weston, una sonrisa curvó sus

labios antes de hablar.

—Disculpen, no sabía que estaban aquí, es mejor...

—Lady Emma —la saludó Weston, y se puso de pie—. No se preocupe, yo ya me voy, pero llevo el libro, lo terminaré de leer.

Lady Emma observó a Weston salir de la biblioteca con el libro bajo el brazo, su sonrisa tenue permaneció hasta que la puerta se cerró tras él. Luego, se giró hacia Amelia, con la mirada llena de curiosidad.

—Parece que lord Blackwood le tiene aprecio a esta biblioteca. ¿No lo cree, señorita Fairburn? —comentó mientras avanzaba hacia una de las estanterías.

—Es un hombre curioso, sin duda —respondió Amelia, intentando mantener su tono neutral. Luego añadió con cautela—. Aunque debo admitir que no lo conozco lo suficiente.

La mujer dejó escapar una ligera risa mientras pasaba los dedos por los lomos de los libros, como si estuviera buscando algo en particular.

—Oh, siempre ha sido un enigma para muchos. Aunque debo decir que no es el único Blackwood que logra intrigar a las personas.

Amelia alzó ligeramente las cejas, captando la oportunidad.

—¿Se refiere a su hermano? Me han hablado de él, aunque no he tenido el placer de conocerlo aún —mintió Amelia.

Lady Emma se detuvo un momento, como si estuviera eligiendo con cuidado sus palabras.

—Ellos son... —comenzó, girándose hacia Amelia con una expresión calculada—. Son como dos caras de una moneda. Uno brilla en sociedad, mientras que el otro prefiere las sombras. Aunque, a veces, las sombras tienen su propio atractivo, ¿no cree?

Amelia no estaba segura de qué responder. El comentario parecía deliberadamente ambiguo.

—Supongo que depende de lo que uno busque —dijo finalmente, esforzándose por mantener la compostura.

La mujer sonrió de forma enigmática y se acercó a una mesa, donde tomó asiento con la gracia de alguien acostumbrada a ser el centro de atención.

—Lord Blackwood es... un hombre complicado. Algunos lo ven como alguien reservado, casi distante. Pero hay quienes encuentran fascinante esa cualidad. —Hizo una pausa, mirando directamente a Amelia—. Aunque, claro, hay quienes dicen lo mismo de Evan.

El desconcierto de Amelia creció. Era como si cada palabra de Lady Emma estuviera diseñada para confundirla aún más.

—Es interesante como dos hermanos pueden ser tan diferentes —aventuró Amelia, esperando que la conversación tomara un giro más revelador.

—Oh, lo es. Aunque no todos pueden entenderlos, ni siquiera yo a veces —admitió la dama, levantándose de nuevo para inspeccionar otra estantería—. Pero le daré un consejo, señorita

Fairburn: no intente comprender a los Blackwood. Solo disfrute el tiempo que pase con ellos... o evítelos por completo, si lo considera más prudente.

Amelia no pudo evitar fruncir ligeramente el ceño.

—¿Y usted, milady? ¿Qué opina?

Lady Emma se volvió hacia ella, con una amplia sonrisa, pero sus ojos eran insondables.

—Yo solo soy una observadora en esta partida, querida. A veces, las piezas se mueven solas, y otras... alguien las mueve por nosotros.

Con eso, se dio la vuelta y salió de la biblioteca, dejando a Amelia sola, rodeada de libros y llena de preguntas.

18

El sol de la mañana se filtraba entre las nubes, iluminando con suavidad los prados alrededor de la casa de campo de los Marbury. Lady Rebecca había organizado un paseo a caballo para sus invitados, y Amelia, aunque insegura, decidió unirse al grupo. No quería parecer descortés, pero, sobre todo, no quería dar la impresión de ser menos capaz que los demás.

Mientras los caballos eran preparados, Amelia acarició la crin de su montura, un caballo marrón con un temperamento calmado, pero no pudo evitar sentirse algo nerviosa.

—¿Es su primera vez cabalgando, señorita Fairburn? —preguntó Weston, apareciendo a su lado.

Amelia levantó la vista y, con una pequeña sonrisa, respondió:

—Digamos que mi experiencia es limitada.

Weston asintió con comprensión, mientras ajustaba la silla de su propio caballo, un hermoso ejemplar negro que parecía tan altivo como su jinete.

—No se preocupe, la seguiré de cerca para asegurarme que esté bien. La clave está en mantener la calma y confiar en el animal.

Amelia, con un leve gesto de aceptación, montó con cuidado, mientras Weston ofrecía consejos sobre cómo sostener las riendas y mantener el equilibrio. Una vez que todos estuvieron listos, el grupo partió hacia los senderos que atravesaban los jardines y los campos abiertos.

Rebecca lideraba la marcha, mientras Amelia se mantenía al final, cabalgando junto a Weston. Al principio, el silencio entre ellos era incómodo, roto solo por el sonido rítmico de los cascos. Sin embargo, Weston pronto lo rompió.

—¿Sabe? Estos prados me recuerdan a los campos que vi en Escocia. Pasé un verano explorando las Highlands.

Amelia giró la cabeza, interesada a pesar de sí misma.

—¿Estuvo en las Highlands?

Weston asintió, con orgullo y melancolía.

—Más de lo que esperaba, y quizá menos de lo que deseaba. África, la India, América... cada lugar tiene su propio carácter, pero siempre hay algo que me atrae de la naturaleza indómita.

Amelia no pudo evitar sentirse atraída por sus palabras.

—Debe ser fascinante ver el mundo de esa manera.

Él la miró con una sonrisa ligera.

—Lo es. Pero también hay un precio. A veces, uno deja demasiadas cosas atrás.

Amelia bajó la mirada hacia las riendas, reflexionando.

«¿Por qué alguien con una vida tan llena de aventuras estaría involucrado en un drama tan sórdido? Pero el hecho de que hable tan poco de Londres podría ser una estrategia para desviar la atención. No puedo olvidar a Sophie. No debo».

El grupo redujo la marcha al llegar a un claro rodeado de árboles. Weston, aprovechando la pausa, inclinó un poco la cabeza hacia ella.

—¿Y usted, señorita Fairburn? Parece alguien que disfruta de los libros y las letras, pero seguramente también ha soñado con viajar.

Amelia sonrió con debilidad.

—Mis viajes han sido más modestos. En su mayoría, del mostrador de la librería a mi escritorio. Pero supongo que todos soñamos con cosas diferentes.

Weston la observó en silencio por un momento, como si intentara descifrar un misterio que aún no entendía.

«Se muestra interesada, pero hay una barrera en sus ojos, como si analizara cada palabra que digo. ¿Es su naturaleza reservada o algo más?».

El grupo retomó la marcha, y Weston siguió a su lado, compartiendo anécdotas de sus viajes. Amelia escuchaba con atención, sorprendida por la intensidad con la que él hablaba de cada lugar, pero no podía dejar de lado sus sospechas.

Al llegar de nuevo a la casa, Weston desmontó primero y le ofreció la mano para ayudarla a bajar. Amelia dudó un instante antes de aceptar. Cuando sus ojos se encontraron, hubo un breve instante de conexión que ninguno de los dos pudo ignorar.

—Gracias, milord —murmuró Amelia, volviendo a ser la joven reservada que analizaba cada movimiento.

—El placer fue mío, señorita Fairburn —respondió Weston con una ligera inclinación de cabeza.

Mientras él se alejaba hacia los establos, Amelia lo observó. Cada vez era más difícil conciliar la imagen del hombre que acababa de conocer con la sombra que lo vinculaba al destino de Sophie. Pero una cosa era segura: no pensaba detenerse hasta descubrir la verdad.

Amelia observaba cómo Weston se alejaba hacia los establos, aún sumida en sus pensamientos, cuando la voz alegre de la anfitriona rompió el momento.

—¡Ah, ahí estás! —dijo Rebecca, acercándose con un paso ligero, sujetando con elegancia el dobladillo de su vestido para evitar el polvo.

Amelia se giró hacia su amiga y sonrió, aunque aún estaba algo distraída.

—Lady Rebecca. ¿Cómo fue su paseo?

Rebecca soltó una risita.

—Por favor, Amelia, ya te dije que me llames simplemente Rebecca. El paseo fue encantador,

aunque confieso que lo disfruté más por la compañía.

—¿La compañía? —preguntó Amelia, con curiosidad.

Rebecca le guiñó un ojo.

—Un joven caballero tuvo la amabilidad de cabalgar junto a mí y contarme historias de su infancia. Aunque no diré nombres; un poco de misterio nunca hace daño.

Amelia dejó escapar una risa suave, agradeciendo la ligereza de la conversación después de su tenso encuentro con lord Blackwood. Sin embargo, Rebecca la observó con detenimiento por un momento antes de hablar.

—Y tú, querida, ¿cómo te fue? Noté que lord Blackwood parecía particularmente interesado en asegurarse de que estuvieras cómoda.

—¿Eso no te molesta?

—No, ¿por qué me molestaría?

Amelia sintió un leve calor en las mejillas y se apresuró a responder.

—Milord fue muy amable al ayudarme con la montura. Creo que temía que terminara en el suelo antes siquiera de comenzar el paseo.

Rebecca soltó una carcajada, sus ojos brillaban con diversión.

—No me sorprende. Él puede ser muy atento cuando quiere.

Amelia no supo cómo responder a eso, así que simplemente sonrió, aunque su mente seguía girando en torno a sus sospechas sobre el hombre en cuestión.

Rebecca cambió de tema con la misma rapidez con la que había llegado.

—Amelia, quería disculparme. Siento no haber podido pasar más tiempo contigo desde que llegaste. Ha sido una locura organizar todo esto.

Amelia le sonrió con comprensión.

—No tienes por qué disculparte. Eres la anfitriona, y lo entiendo perfectamente.

Rebecca suspiró, mirando hacia la gran casa detrás de ellas.

—Es solo que, con mi madre aún retrasada en Londres, todo ha recaído sobre mis hombros. No es que no lo disfrute, pero a veces... —Se detuvo y le dedicó una sonrisa que, aunque cálida, tenía un matiz de cansancio—. A veces deseo que las cosas fueran un poco más sencillas.

Amelia colocó una mano sobre el brazo de su amiga en un gesto de apoyo.

—Estás haciendo un trabajo maravilloso. Todos lo hemos notado.

Rebecca soltó un suspiro más relajado.

—Gracias. Eso significa mucho para mí. Prometo que cuando termine este caos, tendremos tiempo para sentarnos y charlar con tranquilidad.

Amelia asintió, conmovida por la sinceridad en las palabras de Rebecca. Mientras veía a su

amiga alejarse para atender a otros invitados, no pudo evitar admirarla. Rebecca era más que una dama de la alta sociedad; era una mujer fuerte y generosa, que no dudaba en cargar con las responsabilidades que le imponía su posición.

Sin embargo, a medida que la tarde avanzaba no pudo dejar de lado las preguntas que giraban en su mente. Rebecca podía ser su amiga, pero eso no significaba que compartiera todos sus secretos, en especial cuando se trataba de lord Blackwood.

El salón principal de la casa de los Marbury estaba decorado con la misma elegancia de siempre, pero esa tarde, las risas y murmullos de los invitados le daban un aire de camaradería que contrastaba con la formalidad habitual. Lady Rebecca, siempre dispuesta a animar a los presentes, había organizado un juego de charadas. Los equipos ya estaban definidos, y Amelia se encontró, para su sorpresa, formando parte del equipo de Weston.

—¿Alguna vez ha jugado antes, señorita Fairburn? —preguntó Weston mientras tomaba asiento a su lado.

—No con tanta frecuencia como para considerarme una experta, milord —respondió ella, intentando no mostrar su incomodidad.

Weston sonrió, inclinándose levemente hacia ella.

—Bueno, entonces le prometo no ser demasiado crítico si fallamos. Aunque debo advertirle, soy terriblemente competitivo.

Amelia levantó una ceja, sorprendida por su tono jovial.

—Y yo terriblemente mala para adivinar, así que quizá deberíamos prepararnos para perder.

La primera ronda comenzó con un miembro del equipo contrario intentando representar el título de una obra de teatro. Las risas no tardaron en llenar el salón cuando el caballero en cuestión, un joven vizconde, intentó hacer una mímica de: "El mercader de Venecia" con movimientos exagerados que confundieron a todos.

Cuando llegó el turno de Amelia, Rebecca le pasó un papel. Al leerlo sintió un ligero temblor por los nervios, tenía que representar *Orgullo y Prejuicio*.

Se levantó despacio, tratando de ignorar las miradas de su equipo, más que nada las de Weston.

—Buena suerte, señorita Fairburn —murmuró él con una sonrisa que parecía más un desafío que un aliento.

Amelia se centró en sus gestos, representando el orgullo con una postura altiva y el prejuicio señalando a alguien con expresión de desdén. Weston observaba con los ojos entrecerrados, como si analizara cada uno de sus movimientos.

—¿Una obra de teatro? —aventuró un compañero de equipo.

Amelia negó.

—¿Es Hamlet? —preguntó otro.

—No, no, no —interrumpió Weston con seguridad, levantando una mano—. Es Orgullo y Prejuicio. Estoy seguro.

Amelia lo miró sorprendida cuando él se levantó con aire triunfante.

—¿Cómo lo adivinó tan rápido?

Weston se encogió de hombros, todavía sonriendo.

—Digamos que su interpretación fue clara.

Ella no pudo evitar reírse, contagiada por el aire relajado de la sala. Durante el resto del juego, Weston demostró un ingenio que Amelia no había anticipado. Era rápido para adivinar y tenía un talento inesperado para las mímicas, a menudo arrancando carcajadas de los demás.

Cuando la última ronda concluyó, con su equipo ganando por un estrecho margen, Amelia se dio cuenta de que había disfrutado mucho más de lo esperado.

«Esto no está bien. Me hace reír, pero no puedo olvidar lo que podría haber hecho. Sin embargo, si es culpable, ¿por qué parece tan humano? ¿Tan diferente a lo que esperaba?».

Mientras los invitados comenzaban a dispersarse, Weston se volvió hacia ella.

—Ha sido un placer colaborar con usted, señorita Fairburn. Espero que en algún momento podamos formar equipo de nuevo.

Ella lo miró con cautela, aunque su sonrisa seguía ahí.

—El placer fue mío, milord. Sin embargo, creo que la victoria fue más suya que mía.

Él inclinó ligeramente la cabeza, sus ojos oscuros centelleando con algo que Amelia no pudo identificar.

—Quizá, pero creo que hacemos un equipo formidable.

«Esa risa, tan genuina. Es diferente de la mujer reservada que he conocido. ¿Qué más esconde detrás de esa máscara de cautela? ¿Y por qué me importa tanto?», reflexionó Weston.

Mientras él se alejó para hablar con otro invitado, Amelia sintió que su humor se tornaba más introspectivo. Había algo en Weston que la desarmaba, pero no podía permitirse olvidar la razón por la que estaba ahí. Sus sospechas seguían siendo su ancla, aunque comenzaban a pesarle más de lo que esperaba.

19

La casa de los Marbury estaba inmersa en un silencio tranquilo, roto solo por el crujir ocasional de las vigas antiguas o el susurro de la brisa contra las ventanas. Amelia no podía dormir. Había algo en la quietud de la noche que hacía a sus pensamientos más ruidosos. Incapaz de permanecer en la cama, se levantó, se envolvió en un chal y salió en busca de aire fresco.

Los jardines, bañados por la luz plateada de la luna, eran un remanso de paz. Caminó despacio por los senderos, disfrutando del aroma de las flores nocturnas y del fresco rocío que se acumulaba en las hojas. Fue entonces cuando notó una figura a lo lejos, cerca del estanque.

Weston Blackwood.

Estaba inclinado hacia adelante, con los codos apoyados en una baranda de piedra, mirando el reflejo de la luna en el agua. Amelia pensó en regresar antes de que él la viera, pero al dar un paso hacia atrás, una rama crujió bajo su pie.

Weston levantó la cabeza, girando hacia ella.

—¿Señorita Fairburn? —dijo, sorprendido, pero no molesto—. No esperaba compañía a estas horas.

Amelia se acercó con lentitud, intentando mantener la calma.

—No podía dormir —admitió—. Pensé que un paseo me ayudaría a despejar la mente.

Weston sonrió y se enderezó.

—Parece que compartimos el mismo remedio. Aunque no estoy seguro de si la noche calma los pensamientos o los hace más ruidosos.

—Quizás ambos —respondió ella, deteniéndose a su lado.

Durante un momento, permanecieron en silencio, mirando el agua. La luna parecía un faro lejano en la superficie del estanque, rodeada de estrellas parpadeantes.

—¿Alguna vez se ha preguntado cómo sería tener la libertad de ir a donde quiera, sin restricciones? —preguntó Weston de repente, rompiendo el silencio.

Amelia lo miró, desconcertada por la pregunta inesperada.

—Supongo que todos soñamos con algo parecido en algún momento —respondió—. Pero la libertad siempre tiene un precio, ¿no cree?

Weston soltó una leve risa.

—Veo que también es una filósofa. Pero tiene razón. La libertad puede ser tanto una bendición como una carga.

Ella decidió aprovechar la oportunidad para indagar.

—Suenas como si hablara desde la experiencia, milord. He oído que su familia ha enfrentado tiempos complicados.

Él giró la cabeza hacia ella, estudiándola bajo la tenue luz.

—Supongo que las complicaciones son inevitables cuando se pertenece a una familia como la mía —respondió con suavidad—. Pero, como muchas cosas en la vida, los rumores tienden a exagerar la verdad.

Amelia sintió un leve temblor en su interior. Había sinceridad en su voz, pero también una evasión calculada.

—A veces, los rumores no son tan infundados como creemos —dijo, midiendo sus palabras—. Dicen que en cada historia hay un grano de verdad.

Weston sonrió, pero no con burla; era una sonrisa cansada, como si estuviera acostumbrado a esas insinuaciones.

—Tal vez —admitió—. Pero también es cierto que a la gente le encanta llenar los vacíos con su imaginación. En especial cuando se trata de los Blackwood.

«Hay algo que no dice, lo sé. Pero no parece un hombre que se regodee en el sufrimiento de los demás. ¿Y si estoy equivocada? ¿Y si mi imaginación está llenando los huecos con las historias de las arpías de Londres?».

Weston volvió la vista al estanque.

—¿Y usted, señorita Fairburn? —preguntó—. ¿Qué la mantiene despierta? No parece el tipo de persona que permita que los rumores la atormenten.

Amelia sintió que su pecho se tensaba.

—Estaba pensando en mi padre —respondió con una evasiva.

Weston la miró de nuevo, esta vez con una curiosidad más intensa.

—¿Le pasa algo al señor Fairburn? —preguntó Weston, con voz calmada, pero inquisitiva.

Amelia desvió la mirada hacia el estanque, fingiendo interés en las suaves ondulaciones del agua. La luz de la luna se deslizaba por su rostro, acentuando la línea delicada de su perfil.

—Los achaques propios de la edad —respondió, con un tono que intentaba ser casual, pero que no lograba ocultar del todo cierta tensión. Luego, sin mirarlo, añadió—: Pero prefiero concentrarme en el reflejo de la luna sobre el agua. Es un espectáculo mucho más agradable.

Weston la observó en silencio, una ligera sonrisa curvó sus labios. No insistió, respetando el límite que Amelia parecía trazar entre ellos. Sin embargo, mientras la brisa nocturna acariciaba sus rostros, un delicado aroma a lavanda lo envolvió.

El perfume de Amelia, tenue pero inconfundible, le recordó la calma de un jardín al atardecer, donde las flores exhalan sus últimas fragancias antes de ceder al descanso nocturno. Para Weston, ese aroma no era solo una fragancia; era una mezcla de serenidad y misterio que lo desconcertaba y atraía a partes iguales. Ese aroma, fresco y etéreo, le recordaba algo más, invitándolo a descifrar los secretos que ella ocultaba con tanto cuidado.

Permanecieron juntos en silencio durante unos momentos más, el único sonido siendo el leve chapoteo del agua en el estanque. Weston se preguntó qué pensamientos ocuparían la mente de Amelia, qué emociones se escondían tras esa fachada serena.

La noche, aunque tranquila, estaba cargada de secretos que ninguno de los dos estaba dispuesto a revelar aún.

Era el último día y el cumpleaños de Rebecca. No hubo actividades diurnas, dejando a los invitados la posibilidad de descansar y prepararse para la noche y la hermosa recepción que lady Marbury hizo preparar para su hija.

La sala de baile brillaba con el resplandor de los candelabros. Amelia observó desde un rincón cómo las parejas giraban al compás de una alegre melodía. Aunque trataba de no destacarse, el vestido azul celeste que Rebecca le había insistido en usar esa noche parecía atraer más miradas de las que deseaba.

Justo cuando se disponía a escabullirse hacia la mesa de refrescos, sintió una presencia a su lado. Al voltear, encontró a Weston que hizo una reverencia.

—Señorita Fairburn, ¿me concedería este baile? —preguntó, en tono bajo y seguro, aunque había una leve chispa de algo más en sus ojos.

Amelia dudó, sorprendida por la solicitud. Varias cabezas se volvieron hacia ellos, incluidos algunos susurros que claramente hablaban de lo inesperado del gesto. Sin embargo, antes de que pudiera negarse, su instinto la hizo asentir.

—Por supuesto, milord —respondió, ocultando su confusión detrás de una leve sonrisa.

Mientras cruzaban el salón hacia la pista de baile, Amelia sintió las miradas de todos sobre ellos. La orquesta cambió a una melodía más lenta y elegante, y Weston tomó su mano con una firmeza que parecía diseñada para calmar cualquier nerviosismo.

—No puedo evitar notar que siempre parece analizarlo todo —comentó él en un susurro mientras comenzaban a girar.

Amelia respondió, tratando de mantener el tono casual.

—¿Y eso le molesta, milord?

—En absoluto. Sin embargo, me intriga saber qué conclusiones ha sacado sobre mí.

Ella sostuvo su mirada por un momento, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Creo que, como la mayoría, es usted una combinación de lo que muestra y lo que oculta.

Weston soltó una risa suave.

—Una respuesta muy diplomática. Aunque creo que todos tenemos nuestras razones para ocultar ciertas cosas, ¿no es así?

Amelia sintió que la tensión en su pecho crecía. Había algo en su tono que la desconcertaba.

—¿Eso lo incluye a usted, milord? —preguntó, sin poder evitar que su voz sonara más aguda

de lo que pretendía.

—Por supuesto —respondió él, inclinándose hacia ella—. Pero quizás algún día encuentre a alguien digno de conocer todo lo que oculto.

La cercanía de Weston y el calor de su mano sobre la suya la hicieron perder el ritmo por un instante. Afortunadamente, él la sostuvo con destreza, impidiendo que el tropiezo se notara. Amelia recuperó la compostura con rapidez, aunque su mente seguía luchando por mantener sus muros en pie.

El baile terminó, y Weston la guió fuera de la pista con cortesía.

—Gracias por el baile, señorita Fairburn. —Su voz era suave, pero había un matiz en su mirada que la hizo sentirse expuesta, como si él pudiera ver más allá de sus reservas.

—El placer ha sido mío, milord —respondió ella, inclinando la cabeza.

Mientras Weston se alejaba, Amelia no pudo evitar seguirlo con la mirada. Él la desconcertaba. Era encantador, ingenioso y, sin embargo, parecía cargar con un peso invisible.

Amelia se retiró del salón con pasos medidos, sintiendo el calor residual del baile todavía en su piel. El aire en el interior parecía haberse vuelto más denso, sofocante, o quizá era el revoltijo de emociones en su pecho lo que la hacía sentir así. Necesitaba espacio, necesitaba claridad.

La terraza, bañada por la pálida luz de la luna, le ofreció el respiro que buscaba. Se apoyó en la balaustrada de mármol y dejó que el aire fresco acariciara su rostro. Desde allí, podía ver los jardines extendiéndose como una pintura onírica, un contraste con el bullicio de risas y conversaciones que aún resonaban en el salón detrás de ella.

Amelia cerró los ojos, intentando calmarse, pero le era imposible. ¿Cómo había llegado a este punto? Weston Blackwood, un hombre que debería representar todo lo que ella despreciaba, la había hecho reír, la había mirado como si nada más existiera. Pero cada vez que su corazón titubeaba hacia él, la imagen de Sophie volvía con fuerza, junto con el dolor de Lady Rebecca.

«Esto no está bien. Ella me abrió las puertas de su hogar, confiando en mí. Y aquí estoy, dejando que un simple baile me haga cuestionarlo todo».

El sonido de pasos detrás de ella interrumpió su tormento interno. Su cuerpo se tensó, pero no necesitó voltear para saber quién era. El aroma inconfundible de Lord Blackwood, una mezcla sutil de cuero y un toque de tabaco, flotó en el aire, envolviéndola con una presencia que era a la vez inquietante y fascinante.

—¿Buscaba escapar? —preguntó Weston, en voz baja y calmada que parecía deslizarse por el aire como una melodía.

Amelia se giró para enfrentarlo. Él estaba allí, a unos pasos de distancia, con las manos en los bolsillos y un leve arco en sus labios que no era exactamente una sonrisa.

—Solo necesitaba un poco de aire. —Intentó sonar neutral, pero sabía que su tono no era tan firme como habría querido.

Weston dio un paso adelante, sin invadir su espacio, pero lo suficiente como para que su presencia fuera imposible de ignorar.

—La terraza es un buen lugar para eso. Aunque me atrevería a decir que no es el aire lo que realmente busca.

Amelia lo miró con los ojos entrecerrados, tratando de leer en su expresión si había más detrás de sus palabras.

—¿Y qué cree que busco, milord? —preguntó, intentando sonar despreocupada, aunque un matiz de desafío se deslizó en él.

—Compañía. —La intensidad de su mirada la desarmó por un momento. Luego añadió, con una ligera sonrisa—: Pero podría estar equivocado.

Ella volvió la vista hacia los jardines, como si el paisaje pudiera darle el valor que sentía escurrirse entre sus dedos.

—Tal vez todos buscamos compañía. Algunos con más fortuna que otros.

Weston se recargó en la balaustrada junto a ella, su hombro apenas a unos centímetros del suyo.

—Y cuando las obtenemos, no siempre son lo que esperábamos.

Amelia lo miró de reojo, sus palabras parecían tener más peso del que decía su tono casual. El silencio se alargó entre ellos, no incómodo, sino lleno de posibilidades no dichas.

Finalmente, ella habló, apenas un susurro:

—¿Alguna vez ha sentido que no sabe en quién confiar, ni siquiera en usted mismo?

Weston giró el rostro hacia ella, sorprendido por la franqueza de la pregunta. Luego asintió lentamente.

—Más veces de las que puedo admitir, señorita Fairburn.

Amelia sostuvo su mirada por un instante que pareció eterno. En esos ojos oscuros y profundos, vio algo inesperado: una vulnerabilidad tan genuina que la dejó sin palabras.

Antes de que pudiera reaccionar, Weston extendió sus manos hacia las de ella, tomándolas con una suavidad que contrastaba con la tensión en el aire. Sus dedos se entrelazaron en un momento cargado de significado, como si el mundo hubiera detenido su marcha.

—Amelia... —susurró, con la voz cargada de una emoción que ella no supo cómo interpretar del todo.

Él se inclinó hacia ella, despacio, dándole tiempo para apartarse si lo deseaba. Pero ella no se movió. Su respiración se volvió más lenta, y el tiempo pareció diluirse entre el espacio que los separaba. Cuando sus labios finalmente se encontraron, fue un roce delicado, casi etéreo.

El beso no exigía, no buscaba más de lo que ella estuviera dispuesta a dar. Era dulce, como la promesa de algo que aún no había florecido, y al mismo tiempo tan intenso que Amelia sintió un leve temblor recorrer su cuerpo. Había un cuidado en sus movimientos, como si Weston temiera romper algo frágil e invaluable.

El aroma a lavanda de su perfume se mezcló con el aire fresco de la noche, envolviendo el

momento en una atmósfera casi irreal. Weston lo percibió como una nota persistente, suave, pero inolvidable, que lo anclaba al presente mientras su mente se perdía en la cercanía de Amelia.

Entonces, como un eco distante, llegó el sonido de una risa desde el salón. Fue suficiente para romper el hechizo. Amelia se apartó con suavidad, desvió la mirada hacia los jardines mientras sus manos se tensaban sobre la balaustrada.

—No debería haber pasado... —murmuró, más para sí misma que para él.

Weston permaneció en silencio por un momento, estudiando su perfil a la luz de la luna, antes de asentir.

—Tal vez no, pero no me arrepiento.

Amelia cerró los ojos brevemente, tratando de recomponerse. Sin decir nada más, dio un paso hacia la puerta, alejándose del lugar donde el mundo pareció detenerse por un instante que nunca podría olvidar.

—Deberíamos volver. —Su voz era un poco más firme ahora, como si necesitara construir un muro entre ellos.

Weston no insistió. Se enderezó y le ofreció su brazo.

—Permítame acompañarla.

Amelia dudó, pero finalmente asintió, aceptando su brazo. Mientras caminaban hacia la puerta, no pudo evitar pensar que, aunque estaba buscando respuestas sobre Weston, cada encuentro con él solo la llenaba de más preguntas.

Al final de la fiesta, cuando se retiró a su habitación, esperaba encontrar la tranquilidad que necesitaba para ordenar sus pensamientos. Pero en su mesita de noche había una nota que no estaba allí antes. El papel era simple, doblado con precisión. Con manos temblorosas, lo abrió y leyó las palabras escritas en una caligrafía desconocida:

"Si buscas respuestas, deberías preguntar a Weston directamente. No todos los secretos permanecen enterrados".

Amelia sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

«¿Quién podría haber dejado esto? ¿Rebecca? ¿Lady Emma? ¿O alguien más? Si Weston está implicado, no puedo ignorar esta advertencia. Pero enfrentarlo... ¿Estoy lista para eso?», recapacitó en silencio.

El sonido de la lluvia contra los cristales acompañaba su creciente inquietud. La nota era un recordatorio de que, aunque la conexión con Weston parecía humana y auténtica, las sombras del pasado no se disiparían con tanta facilidad.

Amelia caminaba de regreso a la librería por las húmedas calles de Londres con una sensación extraña en el pecho. A pesar de lo que había vivido durante la semana en la casa de campo de los Marbury, en lo más profundo de su ser, algo se resistía a aceptar la verdad que estaba empezando a vislumbrar. Había estado tan segura, tan convencida de su misión: buscar cómo vengarse de un hombre que había sembrado el dolor en tantas mujeres. Pero ahora, después de haber compartido tanto tiempo con Lord Blackwood, algo había cambiado. Algo que no estaba dispuesta a admitir, ni siquiera ante sí misma.

No fue solo la atracción inexplicable que había sentido en su cercanía, ni la forma en que sus ojos la miraban como si pudieran ver mucho más allá. No fue solo su interés, tan visible en sus gestos y palabras, ni siquiera fue aquel beso que la desarmó por completo. Había algo en él, algo que discrepaba con la imagen de hombre frío y distante que ella había construido en su mente. Algo mucho más humano que el simple deseo de manipular y controlar a las mujeres a su alrededor.

Sin embargo, Amelia se resistía a reconocer esa verdad. La sensación de estar atrapada entre dos realidades diferentes era insoportable. Por un lado, estaba la imagen que ella misma había creado de Lord Blackwood: un hombre cruel, manipulador, que había dejado un rastro de corazones rotos por toda la ciudad. Por otro lado, algo que sugería que detrás de esa fachada había un ser humano real. ¿Acaso eso justifica sus acciones? ¿Debería seguir adelante con su plan de venganza, o detenerse?

Sin darse cuenta había llegado a la librería, pero antes de entrar alguien la llamó por su nombre. Se giró y encontró a Lady Rebecca caminando hacia ella con una sonrisa en los labios, luciendo un vestido de día color crema y un sombrero elegante que hacía juego con el tono melocotón de sus guantes.

—He venido a conocer tu librería —le informó antes de abrazarla—. Se ve acogedora, me gusta.

—Me alegra que hayas venido, pero pasa, tomemos un té caliente mientras charlamos —la invitó Amelia.

El tintineo de la campanilla sobre la puerta de la librería hizo que su padre se sobresaltara, estaba concentrado sentado tras el mostrador haciendo cálculos y ordenando papeles. Al alzar la vista, se encontró con Amelia y Lady Rebecca entrando en el local. Se sorprendió al ver a la dama que acompañaba a su hija.

—Buenas tardes, milady —saludó el hombre mayor con una leve reverencia de cabeza y agregó—: Hija, han dejado un nuevo encargo para ti.

—Muy buenas tardes, señor Fairburn, tiene un lugar hermoso —respondió Rebecca, y miró a Amelia—. Querida —murmuró con una sonrisa que no lograba alcanzar sus ojos—. Espero no

interrumpir.

—Para nada. —Amelia dejó el paquete que tenía en las manos sobre el mostrador y se acercó a su padre.

—Aquí tienes —dijo su padre, y le entregó una nota. Se puso de pie y añadió—: Iré a prepararles té.

Rebecca miró a su alrededor, explorando con curiosidad las estanterías abarrotadas de libros y el aire impregnado de papel y tinta. Era evidente que no frecuentaba lugares como ese, pero su interés parecía genuino.

—Es un sitio encantador —comentó, dejando que sus dedos rozaran el lomo de un tomo de poesía.

—Gracias. ¿Hay algo en particular que estés buscando?

Rebecca sacudió la cabeza con un gesto suave.

—No. En realidad, vine a verte.

Amelia se sorprendió por la declaración.

—Estoy feliz de que hayas venido —dijo Amelia con sinceridad.

Aunque sentía culpa al tenerla frente a ella. El beso en la terraza la acosaba día y noche, y más pesada era la culpa, porque le había gustado.

—Te quería contar algo. —Rebecca dejó escapar un suspiro y se sentó en la silla junto al mostrador, como si la conversación que estaba a punto de iniciar requiriera más intimidad.

—¿De qué se trata? —preguntó Amelia, sentándose frente a ella, con la intuición de que lo que estaba por escuchar no sería una conversación trivial.

Rebecca jugueteó con los guantes en su regazo antes de alzar la vista.

—Lord Blackwood se comprometerá en breve. Se rumorea que ha elegido a una dama joven y de buena familia, alguien que cumplirá con sus expectativas y las de su posición.

Amelia sintió un ligero nudo en el estómago al escuchar el nombre de Lord Blackwood. Había pasado días analizando cada palabra e interacción, intentando descifrar si Weston era en realidad el hombre que jugó con tantas damas.

—¿Y cómo te sientes al respecto? —preguntó con cautela.

Rebecca dejó escapar una risa amarga.

—¿Cómo debería sentirme? No me importa, por supuesto. No tengo interés en su vida ni en lo que haga con ella.

Amelia ladeó la cabeza, observándola con atención. La rigidez de sus manos y el destello en sus ojos decían algo diferente.

—Pero... —Rebecca continuó, con una sonrisa irónica—, tampoco me importaría si esa dama lo rechazara. Sería un golpe a su ego, algo que merecería después de cómo ha tratado a tantas

mujeres.

Amelia se inclinó ligeramente hacia adelante, con curiosidad por la aparente contradicción en las palabras de su amiga.

—¿Crees que esa dama podría rechazarlo?

Rebecca suspiró.

—No lo sé. Si lo hiciera, sería una mujer valiente, eso seguro. Pero hombres como él tienen una habilidad especial para envolver a las personas con palabras bonitas y promesas vacías.

—¿Eso fue lo que hizo contigo? —preguntó Amelia con suavidad, sin apartar la mirada.

Rebecca se tensó antes de responder.

—Sí. Pero ahora ya no importa. Lo único que sé es que desearía que, al menos una vez, él sintiera lo que es ser rechazado, humillado incluso.

Amelia asintió en silencio, sus pensamientos giraban en torno a las implicaciones de lo que Rebecca decía. No podía evitar pensar en la nota que había encontrado en su habitación antes de volver a Londres y en las preguntas que aún no había resuelto.

Rebecca se levantó, enderezándose con una elegancia que parecía casi automática. Hablaron por largo tiempo mientras compartían una taza de té. Amelia le regaló un libro, era lo mínimo que podía hacer luego de que haya tenido tantas atenciones con ella. Rebecca le habló un poco más sobre lord Blackwood, su forma de ser, de hablar, de su inteligencia y de como esos ojos negros la hechizaron.

—No puedo negar que es atractivo, alto, con manos firmes y esos labios... —Hizo silencio al darse cuenta que estaba siendo imprudente, y se puso de pie—. Debo irme. Mi madre me espera.

—Gracias por venir —respondió Amelia, levantándose también.

Antes de salir, Rebecca se volvió hacia ella y, por un breve momento, dejó caer su máscara de indiferencia.

—Eres una buena amiga, Amelia. Me alegra haberte conocido.

Y con esas palabras, Rebecca se marchó, dejando a Amelia inmersa en sus pensamientos. La mención del compromiso de Lord Blackwood y el deseo de Rebecca de verlo rechazado despertaron en Amelia una idea peligrosa, una que podría poner a prueba su ingenio y sus principios.

Amelia estaba acomodando los libros recién llegados a la librería cuando Sheldon entró, cargando su manuscrito bajo el brazo y una expresión de curiosidad en el rostro.

—Buenos días, Amelia. ¡Cuánta energía tienes esta mañana! ¿Ya te enteraste de la noticia?

Amelia lo miró con una ceja alzada, dejando un libro en su lugar.

—¿De qué noticia hablas?

Sheldon dejó su manuscrito sobre el mostrador y se inclinó hacia ella, con aire conspirador.

—Del compromiso de Lord Blackwood con Lady Sarah Wright. Parece que ya es oficial.

Amelia sintió un nudo en el estómago. Había escuchado rumores sobre la posibilidad, pero oírlo de boca de Sheldon le dio un peso inesperado.

—Rebecca me había contado que se iba a comprometer, pero no me dijo con quién —respondió, tratando de mantener su voz neutral.

Sheldon asintió.

—Es la hija del conde de Grayhill. Es una buena alianza, al menos en términos políticos y financieros. Pero, ¿tú qué piensas? No pareces sorprendida.

Amelia se encogió de hombros, volviendo a su tarea.

—No sé si sorprenderme o no. Tal vez esperaba algo así de él. Es un hombre que siempre ha buscado su conveniencia.

Sheldon frunció el ceño, cruzó los brazos sobre el pecho y recargó la espalda contra la estantería.

—No pareces impresionada con esta unión. ¿Acaso hay algo que no me estés contando?

Amelia suspiró y se giró hacia él, apoyándose en uno de los estantes.

—¿Qué pensarías si alguien que ha hecho sufrir a tantas mujeres, incluyendo a una amiga cercana, ahora es recompensado con una dama respetable y un matrimonio ventajoso?

Sheldon ladeó la cabeza, pensativo.

—Pensaría que es una injusticia. Pero también que la vida rara vez es justa. ¿Qué tienes en mente, Amelia?

Ella hizo una pausa, mirando por la ventana como si buscara las palabras correctas. Al final, su voz salió firme.

—Voy a escribirle una carta anónima al conde de Grayhill. Le contaré todo lo que Lord Blackwood ha hecho, en especial lo que pasó con Sophie. Esa familia merece saber la verdad antes de sellar este compromiso.

Sheldon parpadeó, sorprendido, y luego se enderezó, cruzando los brazos con una mezcla de preocupación y admiración.

—¿Estás segura de esto? Podría haber consecuencias. Blackwood no parece un hombre que tome bien las acusaciones, y mucho menos si afectan su reputación.

Amelia apretó los labios y asintió.

—No puedo quedarme de brazos cruzados mientras alguien como él arruina otra vida. Sophie no tuvo a nadie que hablara por ella. Pero Lady Sarah aún puede tener una oportunidad para escapar de él.

Sheldon la observó con miedo, como si tratara de medir la resolución en sus palabras. Al

final, soltó un suspiro y se encogió de hombros.

—Si es lo que has decidido, no seré yo quien te detenga. Pero ten cuidado, Amelia. Estas cosas rara vez terminan como uno espera.

Amelia le ofreció una leve sonrisa y regresó a su lugar detrás del mostrador, tomando un papel y una pluma.

—Gracias, Sheldon. Lo sé. Pero hay momentos en los que el silencio es la peor de las opciones.

—Necesito que me respondas algo —dijo Sheldon.

—¿Qué?

—Estás así por las demás mujeres, o porque tú también caíste presa de sus encantos, porque cuando me contaste de la semana en la casa de los Marbury y el beso...

Amelia lo interrumpió.

—No puedo creer que estés diciendo eso, Sheldon, por supuesto que a mí no me afectó en lo absoluto...

—Repítelo, amiga, hasta que te lo creas. —Sheldon la miró por un instante más antes de tomar su paquete y dirigirse hacia el escritorio del señor Fairburn.

Cuando se alejó, Amelia cerró los ojos y dejó escapar un suspiro profundo. Sabía que lo que estaba por hacer no sería fácil, pero también sabía que no podía dar marcha atrás.

21

El salón de fumadores estaba envuelto en un tenue aroma a tabaco y madera quemada. William, con su habitual actitud despreocupada, descansaba en un sillón junto a la chimenea, con una copa de brandy en la mano. Weston, en cambio, estaba de pie junto a la ventana, observando las sombras alargadas que la luna proyectaba sobre el jardín.

—¿Y bien? —preguntó William, rompiendo el silencio mientras hacía girar la copa en su mano—. ¿Qué te tiene tan pensativo esta vez?

Weston se giró con las manos entrelazadas a la espalda. Su expresión era seria, más de lo habitual, lo que alertó a su amigo.

—He hecho algo que quizás no debí —confesó.

William entrecerró los ojos, inclinándose ligeramente hacia adelante mientras observaba a Weston.

—No me digas que al fin has tomado la decisión de conquistar a la señorita Fairburn.

Weston dejó escapar un suspiro y negó con la cabeza.

—Esto no tiene nada que ver con ella... —respondió, evitando la mirada curiosa William—. Es sobre Evan.

William dejó la copa sobre la mesa, enderezándose en su asiento.

—¿Qué pasa con Evan?

Weston avanzó hacia la chimenea y se apoyó en el marco.

—He arreglado su compromiso con Lady Sarah Wright.

El silencio que siguió fue pesado. William parpadeó un par de veces, como si intentara procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Arreglaste su compromiso? —repitió con lentitud—. ¿Evan lo sabe?

—No... aún —admitió Weston, dejando escapar un suspiro—. Pero era lo mejor. Lady Sarah proviene de una familia respetada, con una dote que Evan necesita para enderezar sus asuntos.

William se puso de pie, caminando hacia su amigo con incredulidad.

—¿Y crees que eso será suficiente para que él acepte? Sabes tan bien como yo que Evan nunca ha sido del tipo que sigue órdenes, mucho menos cuando se trata de algo tan personal como el matrimonio.

Weston lo miró con dureza, y en sus ojos oscuros se percibía una firme resolución.

—Evan no tiene elección, William. Está al borde del desastre, y lo sabes. Sus deudas, sus relaciones... todo es un caos. Este matrimonio no solo lo salvará a él, sino que también a la

reputación de nuestra Familia.

William lo observó en silencio por un momento antes de cruzarse de brazos.

—¿Y Lady Sarah? ¿Ella está de acuerdo?

Weston asintió.

—Hablé con su padre. Acordamos que la unión sería beneficiosa para ambas partes. Lady Sarah es consciente de las... particularidades de Evan, pero está dispuesta a aceptar el compromiso.

William dejó escapar una risa amarga.

—¿Dispuesta? ¿O simplemente resignada?

Weston apretó los labios, sin responder de inmediato.

—No es un matrimonio por amor, lo sé. Pero la vida no siempre se trata de eso, William. Se trata de deberes, de responsabilidades.

William negó con la cabeza, pero algo en la expresión de Weston lo hizo cambiar de tema.

—Bien, suficiente de Evan. Ahora cuéntame la verdad, amigo: ¿qué pasó en la casa de campo de los Marbury? —preguntó, su tono estaba cargado de sospecha y diversión—. La semana que pasaste ahí no ha dejado de rondar en mi mente, sobre todo porque desde entonces pareces más distraído de lo normal.

Weston apartó la mirada, pero el rubor apenas perceptible en su rostro lo traicionó.

—No es nada de lo que debas preocuparte.

—Oh, claro, nada de qué preocuparme —repitió William con ironía, cruzándose de brazos—. ¿Esto tiene que ver con la librería?

Weston guardó silencio un momento, pero al final cedió.

—Sí, tiene que ver con ella —admitió, casi en un susurro—. La última noche, después del baile, la seguí hasta la terraza.

William se inclinó hacia adelante, con el interés reflejado en su expresión.

—¿Y?

—Y la besé —dijo Weston, sin rodeos, aunque su voz se tornó más grave—. Fue un momento breve, pero no puedo sacarlo de mi cabeza.

William silbó bajo, sorprendido.

—Esto sí que no me lo esperaba. Pero dime, ¿ella correspondió al beso?

Weston asintió, aunque la expresión en su rostro no era de triunfo, sino de incertidumbre.

—Lo hizo, pero luego se apartó. Parecía confundida. Como si estuviera luchando contra algo.

William lo observó con atención antes de preguntar:

—¿Y tú? ¿Qué sientes por ella?

Weston miró la chimenea, como si buscara respuestas.

—No lo sé, William. Amelia me desconcierta. Es brillante, apasionada, diferente a cualquier mujer que haya conocido. Pero también parece guardar secretos, y siento que cada vez que me acerco, ella se aleja.

William sonrió de medio lado.

—Bienvenido al mundo del amor, amigo. Es un juego complicado, pero uno que vale la pena jugar... siempre y cuando estés dispuesto a arriesgarte.

Weston dejó escapar un suspiro y volvió a mirar por la ventana, sus pensamientos estaban divididos entre el compromiso de Evan y la enigmática señorita Fairburn.

Weston se encontraba en su estudio, revisando una pila de documentos, cuando escuchó el retumbar de unas botas en el pasillo. Levantó la vista justo a tiempo para ver a su hermano menor entrar en la habitación, con su porte desenfadado y una sonrisa de triunfo en el rostro.

—¡Hermano! —exclamó Evan, extendiendo los brazos como si esperara un aplauso—. He vuelto de Francia y debo decir que nunca he tenido mejores días. ¡El vino, la música, la comida y ni hablar de las mujeres francesas! Tienen un encanto que deberíamos importar.

Weston dejó los papeles a un lado y lo observó. Intentó mostrarse tolerante.

—Bienvenido. Me alegra que hayas disfrutado de tu tiempo en Francia. Espero que también hayas tenido oportunidad de reflexionar.

Evan soltó una carcajada y se desplomó en una de las sillas frente al escritorio de Weston.

—¿Reflexionar? Vamos, Weston, la vida es demasiado corta para desperdiciarla en preocupaciones. ¿Sabes lo que me dijo una bella parisina? Que tengo el porte de un príncipe. No sé si lo decía en serio, pero no se equivocaba.

—Es curioso que menciones a un príncipe, porque tu vida está a punto de volverse más... aristocrática.

Evan ladeó la cabeza, divertido.

—¿A qué te refieres? ¿Alguna nueva norma de etiqueta que desees imponer en la casa?

Weston se puso de pie y caminó hasta la ventana, mirando hacia el jardín. Con las manos cruzadas en la espalda, una postura que Evan reconocía como el preludio de malas noticias.

—He cerrado un compromiso para ti. Con Lady Sarah Wright, hija del conde de Grayhill.

El sonido de la risa de Evan llenó la habitación, pero se apagó cuando vio la expresión seria de su hermano.

—¿Es una broma, verdad? Porque si lo es, no tiene gracia.

—No, no lo es. —Weston se giró para enfrentarlo—. Tus días de vagabundeo han terminado,

Evan. Es hora de que asumas tu lugar en la familia Blackwood. Este matrimonio es lo mejor para ti y para nosotros.

Evan se puso de pie de un salto, con el rostro enrojecido por la furia.

—¡No voy a casarme con una mujer que no conozco! ¿Cómo pudiste hacer esto sin siquiera consultarme?

—Porque era necesario. —La voz de Weston era fría, pero firme—. He financiado tus caprichos durante demasiado tiempo. Pero ya no más. Lady Sarah es una mujer respetable, de una buena familia, y esta unión fortalecerá nuestras relaciones con el conde de Grayhill.

Evan empezó a caminar de un lado a otro, como un animal enjaulado.

—No me importa el conde ni su familia. No soy un peón para que juegues a tu antojo.

Weston lo detuvo colocando una mano firme en su hombro.

—No se trata solo de ti. Se trata del legado de los Blackwood. Has vivido como quisiste, pero ahora es momento de sentar cabeza y aceptar tu responsabilidad.

—¿Y si no quiero? —Evan apartó la mano de su hermano con brusquedad—. ¿Qué harás, Weston? ¿Cortarme los fondos?

—Exactamente. —La respuesta de Weston fue contundente, sin rastro de duda—. No recibirás ni un penique más de mí. Y créeme, Evan, no hay escapatoria.

Evan lo miró con incredulidad, y luego lanzó un bufido de frustración.

—Esto no ha terminado. No me obligarás a hacer algo que no quiero.

Weston volvió a su escritorio, tomando los documentos como si la conversación estuviera cerrada.

—Haz lo que quieras, pero te aconsejo que pienses bien tus opciones. Lady Sarah estará aquí para la cena de mañana. Espero que estés listo para comportarte como el hombre que sé que puedes ser.

Evan salió del estudio con la mandíbula apretada, dejando tras de sí un silencio tenso. Weston lo siguió con la mirada, sabiendo que las próximas semanas serían un desafío. Pero también sabía que Evan, por más rebelde que fuera, terminaría aceptando su destino.

22

La mesa del comedor principal de la mansión Blackwood estaba preparada con esmero. Los candelabros de plata arrojaban una luz cálida sobre los rostros de los presentes. Weston presidía la reunión con la compostura de quien sabía que cada movimiento suyo era observado. Frente a él, los condes de Grayhill y su hija, Lady Sarah Wright, lucían impecables. Evan, en cambio, se veía fuera de lugar, con el ceño fruncido y la incomodidad plasmada en cada gesto.

—Lord Blackwood —comenzó el conde de Grayhill, rompiendo el silencio inicial—, es una grata sorpresa sentir la disposición de su familia hacia este compromiso. Es una unión que beneficiará a ambas casas, sin duda.

Weston asintió, su rostro mostraba una cordialidad impecable.

—Nuestra familia aprecia la oportunidad de estrechar lazos con la suya, mi lord. Estoy seguro de que este compromiso será el inicio de una relación próspera y duradera.

Lady Sarah, con una sonrisa contenida y modales impecables, miró a Evan, quien evitaba su mirada.

—Estoy encantada de conocer más a fondo a la familia Blackwood —dijo ella, su tono era educado, pero distante.

Evan dejó escapar un suspiro apenas audible y tomó su copa de vino, buscando refugio en el licor.

—Lady Grayhill —intervino Weston, ignorando a Evan por completo—, me encantaría que compartiera con nosotros sus planes para la boda.

La mujer asintió con delicadeza.

—He pensado en una ceremonia íntima en nuestra finca de verano. Algo sencillo, pero elegante, rodeados de amigos cercanos y familiares.

Evan soltó una risa seca que rompió la formalidad del momento.

—¿Sencillo? —repitió, con sarcasmo—. Perdón, pero eso no suena como algo que mi hermano consideraría adecuado para la familia Blackwood.

La tensión en la mesa aumentó. Weston fijó su mirada en Evan, sus ojos oscuros eran un claro aviso.

—Evan, estoy seguro de que Lady Sarah sabe cómo manejar los detalles de su boda. Y estoy seguro también de que tú, como su futuro esposo, apoyarás todas sus decisiones.

Evan dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco.

—Estoy seguro de que así será —dijo, intentando sonar convincente.

Los condes de Grayhill intercambiaron miradas incómodas, mientras Sarah mantenía la

compostura, aunque su rostro palideció ligeramente. Tras la tensa cena, Evan se encontró deambulando por los jardines de la mansión Blackwood, buscando aire fresco y un momento de soledad. Sin embargo, no fue el único que decidió escapar del ambiente opresivo del comedor. Lady Sarah Wright estaba allí, de pie junto a una fuente iluminada por la luna, su silueta elegante se destacaba contra el agua que caía con un murmullo suave.

Evan dudó, considerando regresar por donde había venido, pero Lady Sarah giró la cabeza y lo vio.

—Milord —dijo con un tono neutral, aunque sus labios formaron una leve sonrisa—. Espero no estar interrumpiendo su momento de reflexión.

Evan soltó un suspiro, resignado a quedarse.

—No, para nada. Tal vez soy yo quien interrumpe el suyo.

Sarah negó con la cabeza y se volvió hacia la fuente.

—A veces, una noche tranquila dice más que las palabras.

Evan se acercó unos pasos, con las manos en los bolsillos, sintiéndose fuera de lugar.

—Supongo que esta noche no ha sido muy tranquila para ninguno de nosotros.

Sarah soltó una risa que parecía sincera.

—No, ciertamente no lo ha sido. Aunque debo admitir que no esperaba que fuera diferente.

Evan arqueó una ceja, curioso por su comentario.

—¿Acaso esperaba algo peor?

Sarah lo miró, su expresión era serena, pero directa.

—Digamos que no vine con demasiadas expectativas. He escuchado muchas historias sobre los Blackwood, y usted, milord, parece ser el protagonista de la mayoría de ellas.

Evan sintió un leve calor en las mejillas, una rara mezcla de incomodidad y orgullo.

—No todas son ciertas, espero.

—Tal vez no —concedió ella, inclinando ligeramente la cabeza—, pero algunas sí parecen plausibles.

El silencio que siguió fue incómodo, pero no insoportable. Evan, acostumbrado a las conversaciones superficiales, no sabía cómo responder a alguien que parecía tan real.

—Y usted, lady Sarah, ¿qué historias debería escuchar sobre usted? —preguntó finalmente, rompiendo el hielo.

Sarah sonrió, pero esta vez hubo un destello de picardía en su mirada.

—Oh, mis historias no son tan interesantes como las tuyas, lo lamento. He llevado una vida bastante convencional, aunque me gusta pensar que tengo algo de carácter.

Evan rió, relajándose por primera vez en la noche.

—Algo de carácter, dice. Ya lo he notado. No es común que alguien enfrente un compromiso obligado con tanta dignidad.

Sarah lo observó, y con ironía y diversión dijo:

—¿Dignidad? Supongo que lo tomaré como un cumplido. Aunque debo admitir que un compromiso obligado, como usted lo llama, no me intimida tanto como quizá debería.

Evan soltó una carcajada, más auténtica de lo que había esperado.

—Me está comenzando a gustar, lady Sarah. Es refrescante.

Sarah se permitió una sonrisa más amplia, y por un momento, el aire entre ellos se tornó más ligero.

—Tal vez usted no sea tan malo como esperaba, milord.

Evan la miró, inclinando ligeramente la cabeza en un gesto casi juguetón.

—Y tal vez usted sea más interesante de lo que quiere admitir.

Ambos rieron con suavidad, y por primera vez, la distancia que los separaba parecía acortarse, como si la tensión que había marcado su interacción inicial comenzara a disiparse bajo la luz plateada de la luna.

El estudio de Weston estaba en penumbras, iluminado solo por el fuego de la chimenea. Weston cerró la puerta detrás de ellos y se volvió hacia Evan, su paciencia estaba al límite.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó, con frialdad.

—¿Qué crees tú que estoy haciendo? —replicó Evan, cruzándose de brazos—. Esto no es más que una transacción para ti, Weston. No te importa lo que yo quiera o lo que Lady Sarah quiera.

Weston dio un paso adelante, con expresión severa.

—Te he permitido demasiado, Evan. Tus viajes, tus gastos, tu vida licenciosa. Todo eso termina aquí. Este compromiso es tu oportunidad para redimirte, para tomar el lugar que te corresponde como parte de esta familia.

Evan lo miró con incredulidad.

—¿Redimirme? ¿Y crees que si me obligas a casarme con alguien a quien apenas conozco es la solución?

Weston se mantuvo firme.

—Lady Sarah es una joven excepcional, y esta unión asegurará el futuro de ambos. Si te niegas, Evan, te quedarás sin apoyo. No financiaré más tus caprichos. Es hora de que crezcas y aceptes tus responsabilidades.

Evan guardó silencio por un momento, apretando los puños.

—Siempre es sobre responsabilidades contigo, Weston. Pero nunca sobre lo que quiero o lo que siento.

—Tal vez porque lo que quieres y sientes nos ha traído solo problemas hasta ahora —respondió Weston, con voz gélida—. Regresa al salón y compórtate como el hombre que sé que puedes ser.

Evan apretó la mandíbula, pero asintió con un gesto brusco antes de salir del estudio. Weston permaneció allí un momento más, dejando que la tensión se disipara.

Amelia miraba la hoja sobre la mesa, tamborileando con suavidad con los dedos contra la madera. La tinta aún fresca brillaba bajo la luz tenue de la lámpara, sus palabras dentro de esa carta parecían más pesadas que nunca. Frente a ella, Sheldon la observaba en silencio, con su acostumbrada paciencia, hasta que rompió el mutismo.

—¿Todavía estás dudando de enviarla? —preguntó, inclinándose con sutileza hacia adelante.

Amelia suspiró y apartó la vista de la carta, como si su simple existencia le generara un conflicto interno imposible de resolver.

—Es más complicado de lo que pensaba, Sheldon. Escribirla fue una cosa, pero enviarla...

Sheldon asintió, pero no dijo nada, dándole espacio para que continuara.

—Siempre creí que Lord Blackwood era un hombre sin escrúpulos, alguien incapaz de sentir remordimientos. Todo lo que escuché sobre él, especialmente lo de Sophie, reforzó esa idea. Pero ahora... —Amelia se detuvo.

Sheldon frunció el ceño.

—¿Ahora qué?

Ella alzó la mirada, encontrando en los ojos de su amigo la calma que necesitaba.

—No estoy segura de que sea el monstruo que pensé. Durante la semana que pasé en la casa de campo de los Marbury... lo vi diferente, Sheldon. Hay una humanidad en él que no encaja con la imagen que tenía de un hombre capaz de llevar a una joven a quitarse la vida.

Sheldon tomó un momento para procesar sus palabras antes de responder.

—¿Crees que podría ser inocente?

Amelia asintió con la cabeza, pero su respuesta fue contradictoria.

—No lo sé. No estoy diciendo que sea un santo, pero quizá las cosas no son tan claras como yo quería creer. Es fácil pintar a alguien como el villano cuando en realidad no lo conoces.

Sheldon se recostó en su silla, entrelazando las manos detrás de la cabeza mientras la miraba con una media sonrisa.

—Eso suena como un gran cambio de perspectiva. ¿Es por lo que sentiste durante ese beso?

Amelia abrió los ojos de par en par y sintió que el calor subía a sus mejillas.

—No tiene nada que ver con eso. —Intentó sonar firme, pero su tono fue más débil de lo que esperaba.

—¿Segura? —insistió él, divertido.

—Sheldon... —protestó, pero no pudo evitar la sonrisa que se asomó en sus labios.

Él levantó las manos en señal de rendición, aunque la diversión seguía en sus ojos.

—Está bien, está bien. No mencionaré el beso. Pero tienes que admitir que él ha logrado hacerte dudar de tus propias convicciones.

Amelia volvió a mirar el papel sobre la mesa.

—Tal vez. Pero no cambia lo que hizo con Sophie... si es que lo hizo.

Sheldon inclinó la cabeza, como si sopesara sus palabras antes de responder.

—¿Y si no fue? ¿Y si Sophie tomó esas decisiones por razones que ni siquiera él pudo prever o controlar?

Amelia se mordió el labio inferior, un hábito que Sheldon reconocía como signo de incertidumbre.

—No puedo saberlo con certeza. Pero, ¿y si estoy equivocada? ¿Y si enviar esta carta solo causa más daño?

Sheldon se inclinó hacia adelante, colocando una mano sobre la de ella.

—La pregunta que debes hacerte, Amelia, es: ¿qué es lo que realmente buscas al enviar esta carta? ¿Justicia, venganza o la verdad?

Amelia lo miró en silencio, permitiendo que sus palabras calaran hondo. Por primera vez desde que escribió la carta, se dio cuenta de que ni siquiera estaba segura de sus propias motivaciones.

—No lo sé, Sheldon. Tal vez necesito tiempo para averiguarlo.

Sheldon apretó con suavidad su mano.

—Entonces date ese tiempo. Pero no hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

Amelia sintió un peso menos abrumador en su pecho. La carta permaneció sobre la mesa, sellada, pero sin destino, mientras ella y Sheldon continuaron conversando.

23

La tarde era cálida y agradable, y el jardín trasero de la casa de los Blackwood se mostraba en todo su esplendor. Evan, que había estado inquieto desde el anuncio de su compromiso con Lady Sarah Wright, se encontraba ahora paseando junto a ella por los senderos cubiertos de rosas en flor. Aunque había comenzado el cortejo con escepticismo, algo en la manera de ser de Sarah estaba logrando desarmarlo poco a poco.

—¿Te has adaptado bien a la vida en Londres? —preguntó Evan, rompiendo el silencio que hasta entonces había sido cómodo, pero que, para él, comenzaba a sentirse cargado de expectativas.

Sarah sonrió ligeramente antes de responder.

—Lo suficiente como para no extrañar demasiado el campo, aunque admito que echo de menos la libertad de montar a caballo sin preocuparme por quién podría verme.

Evan no pudo evitar sonreír.

—¿Así que tienes un espíritu indomable escondido tras esa fachada de dama perfecta?

Sarah rió con suavidad, un sonido que a Evan le pareció refrescante y genuino.

—¿Fachada? Vaya, milord, no esperaba que me juzgaras tan rápido.

Evan alzó las manos en un gesto de disculpa.

—Para nada. Supongo que me dejé llevar por la primera impresión. Yo también viví toda mi infancia y parte de mi juventud en la casa de campo de la familia, hasta que a mi padre se le ocurrió morir y tuvimos que asentarnos en Londres para que Weston se hiciera cargo del título.

—Entonces tu vida no fue tan diferente a la mía —comentó Sarah, pero al ver el semblante triste de Evan decidió seguir con la conversación más liviana—. ¿Y cuál fue esa primera impresión?, si puedo preguntar —Sarah se detuvo, girando ligeramente para mirarlo a los ojos.

Evan se detuvo también, notando cómo el sol jugaba en su cabello castaño claro, iluminando su rostro con un brillo cálido.

—Que eras todo lo que se esperaba de la hija de un conde: impecable, refinada y... quizás un poco aburrida.

Sarah pareció considerar sus palabras, y luego una sonrisa astuta curvó sus labios.

—Y ahora, ¿ha cambiado su percepción, milord?

Evan se cruzó de brazos, fingiendo pensarlo.

—Un poco, sí. Ahora sé que también tienes sentido del humor.

Ambos rieron, y el ambiente entre ellos se tornó más relajado. Siguieron caminando, dejando

que la conversación fluyera con naturalidad. Sarah le habló de su amor por los libros y las largas caminatas, mientras que Evan compartió anécdotas de sus viajes, evitando cuidadosamente los temas más escandalosos de su pasado.

—Parece que ha tenido una vida interesante, milord. —Sarah lo miró de reojo, su tono era ligero, pero curioso.

—Digamos que he cometido suficientes errores como para tener un par de lecciones aprendidas.

Sarah asintió, como si sus palabras resonaran en su interior.

—Creo que todos hemos cometido errores. Algunos más visibles que otros, pero no por ello menos importantes.

Evan se detuvo de nuevo, girándose hacia ella con una expresión más seria.

—¿Sabes, Sarah? Pensé que este compromiso sería una condena, pero ahora empiezo a creer que podría ser algo más... algo bueno.

Sarah se sorprendió por la honestidad en su voz, pero no apartó la mirada.

—Yo también lo creí al principio. Pero ahora... —Hizo una pausa, una suave sonrisa se asomó en sus labios—. Quizás no sea tan malo después de todo.

Evan sonrió, y por primera vez desde que su hermano le informó sobre el compromiso, sintió que quizás estaba en el lugar correcto.

Mientras continuaban paseando por el jardín, las risas y conversaciones ligeras entre ambos llenaron el aire. Aunque ninguno lo dijo en voz alta, ambos comenzaron a albergar la esperanza de que ese compromiso forzado podría transformarse en algo mucho más profundo y significativo.

El reloj en la sala de estar marcaba las seis de la tarde. La luz dorada del sol poniente atravesaba las ventanas, iluminando el rostro de Amelia mientras miraba la carta sobre la mesa. Sus manos temblaban ligeramente, y aunque trataba de calmarse, las palabras de Sheldon seguían resonando en su mente.

—Es oficial, Amelia. Lord Blackwood y Lady Sarah Wright se casarán en unos meses.

Sheldon, sentado frente a ella, la observaba con atención. Sabía que su amiga estaba librando una batalla interna, y aunque no quería presionarla, sentía que debía decir algo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, con preocupación.

Amelia levantó la vista, en su mirada se podía ver el reflejo de la resolución.

—Enviaré la carta. —Sus palabras fueron firmes, pero había un leve temblor en su voz que no pasó desapercibido para Sheldon.

—¿Estás segura? Esto podría traer consecuencias, Amelia. Consecuencias que no puedes predecir.

Ella asintió con lentitud, y llevó una mano a la carta que contenía sus cuidadosas líneas dirigidas al conde de Grayhill.

—No puedo quedarme de brazos cruzados sabiendo lo que sé. Lady Sarah merece saber quién es realmente el hombre con quien está a punto de casarse. Y si su padre tiene algo de decencia, intervendrá antes de que sea demasiado tarde.

Sheldon suspiró y se reclinó en la silla.

—Entiendo tu intención, pero me pregunto si estás segura de todo lo que afirmas. ¿Es realmente Lord Blackwood un hombre sin escrúpulos? ¿Eres capaz de asegurar que él tuvo la culpa de lo que le ocurrió a Sophie?

Amelia sintió una punzada en el pecho al escuchar el nombre de Sophie. Durante mucho tiempo había estado convencida de que Weston Blackwood era el responsable indirecto de la tragedia, pero los momentos que habían compartido en la casa de campo de los Marbury seguían rondando su mente, llenándola de incertidumbre.

—No lo sé, Sheldon —dijo con la voz quebrada—, pero si no hago nada, me sentiré cómplice. No puedo ignorar lo que escuché de Sophie ni lo que sé de otras mujeres.

Sheldon se inclinó hacia adelante, colocando una mano sobre la suya en un gesto tranquilizador.

—Te conozco, Amelia. Eres justa y valiente, pero también impulsiva cuando te mueven las emociones. Tómame un momento para pensar. ¿Es en realidad correcto lo que vas a hacer? —dijo su padre, que apareció de repente en la habitación.

Amelia cerró los ojos, recordando los días en la casa de campo y el beso que Weston le dio la última noche. Su corazón latía con fuerza al evocar la calidez de sus labios y la intensidad de su mirada, pero ese mismo recuerdo avivaba su confusión.

—Él no es quien creía que era. Al menos, no del todo. Pero... eso no cambia lo que sucedió con Sophie ni las sospechas que tengo.

El silencio llenó la sala por unos instantes, roto únicamente por el leve tic-tac del reloj. Finalmente, Amelia se levantó, tomando la carta con firmeza.

—Voy a enviarla. Si estoy equivocada, al menos mi conciencia estará tranquila.

Sheldon la miró con admiración, aunque también estaba preocupado por ella.

—Entonces no puedo detenerte. Solo prométeme que, pase lo que pase, no te cargarás con culpas que no te corresponden.

—Es peligroso jugar a ser Dios —dijo su padre, y le hizo una seña a Sheldon para que la acompañe.

Amelia se dirigió hacia la puerta. Afuera, la tarde comenzaba a teñirse de sombras. Con paso decidido, se dirigió a la casa de los Grayhill.

En la esquina vio a unos niños jugando, entonces le pagó unos peniques a uno de ellos y le dijo que dejara la carta en el buzón. Mientras el niño se alejaba con la carta en sus manos,

Amelia sintió un peso liberarse de su pecho, aunque una nueva incertidumbre comenzaba a tomar su lugar.

Sheldon apareció a su lado, mirándola con una leve sonrisa.

—Sea lo que sea, Amelia, estoy contigo.

Ella lo miró y asintió.

—Gracias, Sheldon. Pase lo que pase, sé que hice lo que creí correcto.

Sin embargo, en lo más profundo de su corazón, una pregunta permanecía sin respuesta: ¿Qué pasaría si Weston Blackwood no era el villano de esta historia?

24

El salón en casa de los Marbury estaba lleno de vida, iluminado por la calidez de las velas y el sonido de las risas que resonaban entre las paredes decoradas con gusto impecable. Amelia se encontraba de pie cerca de una mesa decorada con un centro de flores frescas, observando con interés a los asistentes. Había algo cautivador en la manera en que los eventos sociales de Rebecca lograban reunir a personas de distintos círculos, pero también algo incómodo en la cantidad de miradas que se posaban en ella desde que entró.

—¿Otra copa de vino? —preguntó Rebecca, acercándose con una sonrisa.

—No, gracias —respondió Amelia, negando con la cabeza—. Una es suficiente.

Rebecca le lanzó una mirada juguetona.

—Por cómo te veo observando la sala, diría que necesitas algo más fuerte.

Amelia dejó escapar una risa ligera, aunque su atención se desvió hacia una figura al otro lado de la habitación. Weston Blackwood, con su postura impecable y esa aura de control que parecía nunca abandonarlo, estaba conversando con un pequeño grupo de hombres que lo escuchaban con atención y, entre ellos, el hombre del cementerio. No pudo evitar ver el parecido entre ambos. Cuando sus ojos se encontraron, él inclinó ligeramente la cabeza en señal de saludo, y Amelia sintió un nudo formarse en su estómago.

Rebecca siguió su mirada y su sonrisa se desvaneció.

—¿Has hablado con él?

—No. —Amelia negó con firmeza—. Y no planeo hacerlo.

Rebecca suspiró y tomó un sorbo de su copa.

—Bueno, será difícil evitarlo si él decide acercarse. Lord Blackwood siempre logra lo que quiere.

Como si las palabras de Rebecca hubieran invocado su presencia, Weston dejó su conversación y comenzó a caminar en dirección a ellas. Amelia intentó apartar la vista, pero algo en su porte y en la intensidad de su mirada la mantenían anclada en el lugar.

—Milady, señorita Fairburn —saludó Weston, inclinando la cabeza levemente—. Buenas noches.

—Lord Blackwood. —Rebecca le devolvió el saludo con una leve reverencia y una sonrisa que parecía más diplomática que amistosa—. No creí que aceptara mi invitación, teniendo en cuenta lo sucedido.

Amelia, en cambio, apenas logró esbozar un gesto de cortesía.

—Un pequeño tropiezo, nada que no pueda solucionarse con una conversación entre

caballeros —dijo Weston.

—Lord Grayhill es un hombre muy duro, dicen que cuando decide algo, nadie puede hacerlo cambiar de opinión.

—Me extraña que dude de mi poder para persuadir a las personas, negociar es parte de mi trabajo, por lo que manejo bastante bien ese arte, además, creo que no debería gastar su precioso tiempo en problemas ajenos.

—Y no lo hago, milord, es simple curiosidad, ahora lo dejo en compañía de la señorita Fairburn, espero que no utilice su poder de persuasión con ella —se burló Rebecca, y se marchó dejando solos a Weston y Amelia.

—¿Está disfrutando de la velada? —preguntó Weston, dirigiéndose a Amelia.

—Por supuesto —respondió ella con rapidez, como si intentara aliviar la tensión. Luego miró a Rebecca alejándose.

Un sentimiento de culpa la invadió, no pensó que se sentiría así, pero ella sabía que fue la que había denunciado a Weston frente a lord Grayhill. Aunque no entendió el intercambio entre Rebecca y él.

—Parece que siempre terminamos encontrándonos en circunstancias inesperadas, señorita Fairburn —comentó Weston, con una sonrisa que parecía más peligrosa que amable.

—Eso parece, milord. —Amelia mantuvo su tono formal, aunque no podía evitar que sus ojos lo observaran con cierta curiosidad.

Hubo un momento de silencio incómodo antes de que Weston hablara de nuevo.

—Supongo que ya le habrá llegado el último cotilleo.

—¿Cuál cotilleo? —preguntó Amelia, tratando de disimular.

—El compromiso con Lady Sarah Wright ha sido cancelado.

Amelia parpadeó, intentando ordenar sus pensamientos.

—¿Cancelado?

—Así es. Parece que el conde de Grayhill decidió que la unión no era beneficiosa después de todo.

Amelia sintió que una mezcla de emociones se agitaban en su interior. Por un lado, se alegraba de que Lady Sarah no tuviera que pasar por un matrimonio potencialmente infeliz. Pero, por otro, no podía evitar cuestionar su proceder, sin embargo, las razones fueron las correctas, o eso se repetía cada vez que pensaba el tema.

—Lamento oír eso —dijo, intentando sonar sincera.

—¿De verdad lo lamenta? —preguntó Weston, con un tono que parecía desafiarla a decir lo contrario.

—Por supuesto —respondió Amelia con firmeza—. Aunque entiendo que estos compromisos suelen ser más transacciones que alianzas románticas.

Weston inclinó la cabeza, como si considerara sus palabras.

—Eso es cierto, aunque no siempre es así. ¿Me acompañaría a dar un paseo por los jardines?

Amelia no respondió, sus pensamientos estaban corriendo a toda velocidad. Si el compromiso de Weston había sido cancelado, ¿por qué seguía enviándole esas señales de interés? Sabía cómo funcionaba la nobleza, y no le costaba imaginar que él pudiera quererla como amante mientras buscaba un matrimonio adecuado.

—¿Está bien, señorita Fairburn? —preguntó Weston, interrumpiendo sus pensamientos.

—Sí, solo estaba pensando en cómo estas decisiones pueden afectar a las familias involucradas —dijo, y añadió—: Lo acompaño a dar un paseo por el jardín.

Weston asintió, aunque había algo en su mirada que sugería que no creía del todo en su respuesta. Mientras caminaban hacia la puerta acristalada que llevaba a la terraza Weston comentó:

—Es una perspectiva interesante. No muchos considerarían esa dimensión de la situación. Sin embargo, es sabido que el matrimonio es una institución pragmática, más que nada destinada a preservar las estructuras familiares que a satisfacer los anhelos del corazón. El amor, si llega, es un lujo que se da después —dijo Weston.

Amelia se obligó a responder de manera somera.

—Quizá no pertenezco a los mismos círculos que usted, milord, pero eso no significa que no pueda entender lo que está en juego.

—Por supuesto, es usted una mujer inteligente. Sabe, este mundo se basa en apariencias, creo que no le estoy diciendo nada que no sepa —dijo Weston, mientras la invitaba a tomar asiento en un banco—. Es por eso que usted ha llamado mi atención, señorita Fairburn, siento que con usted no hace falta la máscara social, que puedo ser yo mismo y que no me va a juzgar a la ligera.

Amelia quería que la tierra la tragara, no era mejor que ninguna de esas personas, tal vez era peor. Weston siguió hablando.

—Creí haber sellado un buen trato con lord Grayhill, era la oportunidad perfecta para que mi hermano, Evan, siente cabeza y deje la vida de libertinaje y exceso —Weston suspiró antes de continuar—: Sé que puede comprender lo que significa tener que hacerse cargo de responsabilidades desde muy joven, siento que no he hecho un buen trabajo con mi hermano mayor, no lo guíé para que se convierta en un hombre de bien. Hace un tiempo, tuvo un problema con una joven, él estaba muy enamorado, hasta se barajó la posibilidad del compromiso, sin embargo, ella, como decirlo sin sonar mal, ella quiso usarlo para tapar el error que cometió con otro, ¿usted me entiende? Al final, la chica hizo lo peor, lo único que no tiene regreso en este mundo. Creo que fue el inicio de la perdición de Evan, él vive con esa culpa...

—¿Perdón? no lo entiendo... —lo interrumpió Amelia, la voz se le fue apagando.

—¿Qué no entiende, Amelia? ¿Puedo llamarla así? —indagó Weston.

—Claro, puede llamarme así. —Amelia bajó la mirada hacia sus manos que las tenía unidas sobre su regazo, tomó aliento y luego continuó—: ¿Evan, su hermano, era el que se iba a casar

con lady Sarah?

—Sí, pero el escándalo con aquella muchacha cuyo nombre es mejor no revelar, lo alcanzó. Lord Grayhill canceló el compromiso.

—¿Por qué se dirigen a Evan como lord Blackwood? —indagó Amelia.

—En realidad él tiene un título subsidiario.

—Disculpe, milord...

—Creo que también puede decirme Weston, ya que yo...

—No me siento bien, necesito regresar a mi casa —dijo Amelia, y se fue, dejando a Weston sumido en la confusión.

En el camino se topó con Rebecca.

—¿Qué fue eso? —preguntó Rebecca cogiendo a Amelia del brazo.

—Nada importante —respondió Amelia, aunque sabía que su amiga no se conformaría con esa respuesta.

Rebecca alzó una ceja.

—¿Nada importante? Acabas de dejar plantado a Lord Blackwood, y no puedo decir que parecieras del todo indiferente.

Amelia suspiró, sintiendo que su paciencia comenzaba a agotarse. Siguió caminando hasta entrar al salón, con Rebecca pisándole los talones.

Frenó la marcha y se giró hacia su amiga.

—Me dijo que el compromiso con Lady Sarah ha sido cancelado.

Rebecca parpadeó, confundida.

—Bueno, eso sí que es interesante. Aunque, para ser honesta, no se si estoy contenta de que haya terminado.

Amelia la miró, intrigada por el cambio de actitud.

—¿Por qué lo dices?

Rebecca bajó la mirada, como si estuviera reflexionando sobre sus palabras antes de responder.

—Sé que Evan Blackwood no es un hombre perfecto. Y sé que su reputación no es la mejor. Pero, de alguna manera, me cuesta creer que sea completamente insensible.

Amelia no dijo nada, pero sus palabras resonaron con sus propias dudas.

—Aunque —continuó Rebecca—, ahora que sé lo que es estar enamorada, no puedo evitar sentir un poco de pena por él. Quizá habría sido más feliz si no estuviera tan...

—El hombre que está ahí ¿Es Evan? —indagó Amelia, señalando con el mentón al hombre del cementerio.

—Sí —respondió Rebecca, y añadió—: Creí que lo conocías...

—Tengo que irme, no me siento bien —interrumpió Amelia.

Amelia no estaba segura de qué pensar. Su mente volvía una y otra vez a lo que había hecho.

Rebecca le acarició el antebrazo.

—Entonces haré que te lleven, no puedo dejarte ir sola, te veo muy mal.

Amelia le agradeció y se fue antes de volver a cruzarse con Weston.

«No importa si es uno u otro, el hecho es que sea Weston o Evan, el daño a Sophie fue irremediable...», reflexionó Amelia, mientras caminaba hacia la salida.

25

La brisa fría del cementerio acariciaba el rostro de Amelia mientras caminaba por los senderos solitarios. El lugar, silencioso y melancólico, era un refugio extraño. Cada vez que sentía que no podía seguir, que no veía la solución a sus problemas visitaba la tumba de su madre. Y ahora se encontraba en una encrucijada, estaba desesperada. Se había equivocado y no sabía qué hacer. Lo más lógico era ir y hablar con los involucrados, pedir disculpas y resarcir el daño que había hecho.

No supo muy bien por qué, pero decidió ir primero a visitar la tumba de Sophie. Y ahí estaba él. Lo reconoció de inmediato. De pie frente a la tumba adornada con flores frescas.

—No esperaba volver a verla aquí —dijo al notar su presencia.

—Ni yo esperaba regresar —admitió Amelia, sintiendo una mezcla de curiosidad y aprensión—. Pero parece que el destino insiste en cruzar nuestros caminos.

Él esbozó una sonrisa triste y señaló la lápida.

—He venido a despedirme de la mujer que creí amar con todo mi ser —continuó él, con una voz cargada de nostalgia—. Soy Evan Blackwood, creo que nunca nos presentamos.

Amelia sintió que el suelo bajo sus pies se tambaleaba. Definitivamente el hombre que tenía frente a ella era el mismo del que había oído hablar en tantos rumores. El destinatario de tantas cartas que había escrito. Se había equivocado y, al parecer no solo de hermano, sino que en todo lo que pensó sobre Sophie.

—¿Por qué está aquí? —preguntó, tratando de mantener la compostura.

Evan suspiró y desvió la mirada hacia la lápida.

—Porque Sophie fue mucho más que un escándalo. Fue una mujer atrapada por las circunstancias. Creo que merece ser recordada por algo más que los errores que cometió.

Amelia frunció el entrecejo, intrigada.

—¿Qué quiere decir?

Evan pareció dudar por un momento, pero finalmente comenzó a hablar, como si hubiera esperado mucho tiempo para liberar el peso de aquella historia.

—Sophie amaba a un hombre pobre, un poeta con sueños grandes pero sin recursos. Cuando se enteró de que estaba embarazada, el miedo y la presión de su familia la abrumaron. Su madre, en un intento desesperado por evitar el escándalo, decidió que yo sería el esposo perfecto para salvar su reputación.

Amelia lo miró, incrédula.

—¿Y usted aceptó?

—No, no al principio —respondió Evan, sacudiendo la cabeza—. Pero Sophie y yo habíamos sido buenos amigos, yo fui su paño de lágrimas. Conocía sus secretos, fingimos una relación, pero yo la amaba de verdad y me equivoque, si me hubiera arriesgado, si hubiese dejado de lado mi orgullo, ella estaría viva, no aquí, en este lugar tan frío.

Hizo una pausa, como si revivir aquellos recuerdos fuera doloroso.

—Pero ella se enamoró de un poeta. ¿Qué es peor que un poeta pobre? ¡Uno que ni siquiera rima bien! —murmuró—El duque de Somerset prácticamente lo desterró. No quería un yerno con más tinta en los dedos que monedas en el bolsillo. Así que, como en toda buena tragedia, cuando yo me negué a asumir la responsabilidad, arreglaron un matrimonio con un aristócrata. Un hombre que podía ser su abuelo.

—Es imposible saber lo que ella haría, no puedes echarte la culpa —dijo Amelia.

—Sabes, me dijo que nunca me amaría, pero que prefería casarse conmigo antes que con el viejo, me suplicó que la tomara como esposa, pero yo me negué, no podía soportar siquiera estar a su lado y que ella piense en otro, ¿acaso debía hacerlo? —suspiró—. ¿Tal vez no la amaba tanto? Su corazón pertenecía a ese poeta, pero sabía que nunca podría estar con él. Yo... yo estaba enamorado de ella. Fue un golpe duro.

Amelia sintió que la información la abrumaba, pero Evan no había terminado.

—Cuando mi hermano se enteró de que no tenía intención de casarme con Sophie, las cosas se complicaron, aunque al final terminó por comprender mi decisión. En cambio, la madre de Sophie, furiosa, encontró otra manera de proteger la reputación de su hija. —Negó con la cabeza antes de continuar—. Fui quién la encontró, junto a ella había una carta cuyo destinatario era yo, y encontré la manera de quedarme con la misiva. La leo todas las noches, ella estaba en cinta, pero no era de mí, jamás llegamos tan lejos, es más, nunca siquiera toqué sus manos. Ese hijo era del artista, de ese poeta cobarde, que no supo pelear por Sophie.

Amelia sintió que la sangre le abandonaba el rostro.

—¿Una carta?

Evan asintió, con la mirada fija en ella.

Amelia cerró los ojos con fuerza, intentando calmar el torrente de emociones que amenazaba con desbordarse. Todo encajaba ahora. Había sido utilizada en una intriga que desconocía por completo, y las consecuencias habían sido devastadoras. Ella no sabía nada de esto, pensó que estaba ayudando a una joven a expresar su dolor.

—Pero esta historia no termina aquí.

—¿Qué más hay? —preguntó Amelia, con la voz temblorosa.

—Ahora hay alguien más —dijo Evan, con una sonrisa amarga—. Una joven con la que mi hermano arregló un compromiso por intereses familiares. Al principio no quería nada con ella, pero cuando la conocí, algo cambió. Creí que era posible volver a amar. Pero ese compromiso también fue roto, y no sé si hay manera de enmendarlo.

Amelia sintió que su pecho se apretaba. Todo esto era demasiado. No solo había sido una

pieza en un juego del que no tenía conocimiento, sino que ahora entendía cuán profundas eran las cicatrices que había ayudado a infligir, aunque de manera involuntaria.

De vuelta en la librería, las palabras de Evan seguían resonando en su mente. Sheldon estaba allí, organizando algunos libros, pero al verla entrar, dejó lo que estaba haciendo.

—¿Qué ocurre, Amelia? Pareces haber visto un fantasma.

—Es peor que eso —respondió ella, y se sentó lanzando un ruidoso suspiro.

Sheldon escuchó con atención mientras ella relataba todo lo que Evan le había contado. Su rostro pasó de la sorpresa a la preocupación, y cuando Amelia terminó, él no dudó en expresar su opinión.

—Tienes que decirle la verdad a Weston.

Amelia negó con vehemencia.

—No puedo. No después de todo esto.

—Pero tienes que hacer algo —intervino su padre, que había estado escuchando desde el mostrador—. No puedes quedarte de brazos cruzados, ve junto a lord Grayhill, cuéntale la verdad.

Amelia miró a Sheldon, sintiéndose atrapada entre la culpa y el miedo.

—Podría escribirle una carta al conde Grayhill —dijo finalmente, casi como si hablara consigo misma—. Contarle todo, explicarle lo que de verdad ocurrió.

—¿Y crees que eso solucionará algo? —preguntó Sheldon, alzando una ceja.

—No lo sé —admitió Amelia, con la voz quebrada—. Pero es lo único que puedo hacer ahora.

—Debes ir en persona —dijo su padre, que los había escuchado.

Amelia no podía evitar sentirse como un personaje trágico de las novelas que solía leer. Había querido escribir historias de amor, pero ahora se encontraba en el centro de un drama que parecía no tener final feliz. Y aunque no estaba segura de lo que deparaba el futuro, sabía que tenía que hacer todo lo posible por corregir sus errores.

26

Weston llegó a la imponente mansión de Lord Grayhill, estaba preocupado, pero quería arreglar las situación con el hombre que además de ser un socio comercial importante para la naviera de los Blackwood, también tenía una influencia política al formar parte de la cámara de los lores, por lo que no podía dejar que una estupidez de Evan perjudique los negocios que estaban planificando.

Necesitaba entender por qué el compromiso entre Evan y Sarah había sido suspendido. Al ser recibido por el mayordomo, fue conducido a la biblioteca, donde Lord Grayhill lo esperaba.

Lord Grayhill, un hombre de porte distinguido y mirada penetrante, saludó a Weston con cortesía, pero con una evidente tensión en el aire.

—Lord Blackwood, gracias por venir tan rápido —dijo Lord Grayhill, señalando una silla frente a su escritorio—. Tenemos mucho de qué hablar.

Weston se sentó, sintiendo la urgencia de la situación.

—Gracias por recibirme, Lord Grayhill. Estoy aquí para entender por qué el compromiso entre mi hermano y su hija ha sido suspendido.

Lord Grayhill asintió y sacó un sobre de su escritorio. Lo abrió y extrajo una carta, que colocó frente a Weston.

—Recibí esta carta hace unos días. Contiene información preocupante sobre su hermano Evan. Hice mis averiguaciones y, lamento decirlo, creo en lo que dice la carta.

Weston tomó la carta y comenzó a leerla. A medida que sus ojos recorrían las líneas, su expresión se tornó de sorpresa a incredulidad. La caligrafía le resultaba familiar.

—Esta letra... —murmuró Weston, levantando la vista hacia Lord Grayhill—. ¿Quién escribió esta carta?

Lord Grayhill lo miró con seriedad.

—No estoy seguro de la identidad del autor, pero la información que contiene es convincente. Habla de un comportamiento inapropiado y de una falta de compromiso por parte de su hermano.

Weston sintió ira y confusión al mismo tiempo, ahora más que nunca quería saber la identidad de la persona que escribía esas cartas, si antes era porque le gustaba su pluma, ahora la razón era muy diferente. Quería destruir a esa persona, arruinarlo hasta el punto de que deba irse lejos de Londres, es más quería que viviera en la miseria. Sabía que Evan no era perfecto, pero también sabía que su hermano estaba empezando a sentir algo por Sarah. Además, Evan no fue el culpable del triste destino de lady Sophie. La historia es totalmente diferente, pero como Evan apreciaba a la muchacha, por no decir que se había enamorado de ella, decidió mantener el silencio, no quería que su memoria se manche con la verdad.

—Lord Grayhill, le aseguro que mi hermano no es el hombre que describe esta carta. Debe haber algún malentendido.

—Siento mucho todo esto, lord Blackwood, pero convengamos que el comportamiento de su hermano no ha sido muy pudoroso, todos en Londres lo conocen. Sin embargo, había decidido pasar por alto eso, me gustaba la idea de unir nuestras fortunas, pero lo que esa carta dice es difícil de ignorar, mi intención es que mi hija se una a un hombre que, puede no llegar a amarla, pero que la respete y no la haga sufrir.

—Entiendo su posición, milord, pero le aseguro que Evan no es culpable de lo sucedido con Lady Sophie.

—Mientras no me traiga pruebas fehacientes de eso, seguiré buscando opciones para Sarah, su madre confía en mí, y prefiero no estar mal con mi mujer, la tengo que soportar todos los días.

Weston se levantó, decidido a aclarar la situación.

—Voy a investigar esto a fondo. Le pido que no tome decisiones precipitadas basadas en una carta anónima. Mi hermano merece una oportunidad de demostrar su verdadero carácter.

Lord Grayhill asintió, aunque con reservas.

—Espero que tenga razón, Lord Blackwood. Por el bien de mi hija y su hermano, espero que aclare este asunto.

Weston no podía dejar de pensar en la carta y en la caligrafía que coincidía con las cartas que Evan había estado recibiendo. Tenía que hablar con William y descubrir la verdad detrás de todo esto. Sin embargo, no pudo ignorar que estaba muy cerca de la librería Fairburn, por lo que se desvió, necesitaba tener un poco de paz y creyó que la encontraría hablando con Amelia. Su mente estaba llena de recuerdos de sus conversaciones y de la dulzura de sus labios. Necesitaba verla, aunque fuera solo por un momento. Se había quedado preocupado después de la recepción en casa de lady Rebecca.

Weston llegó a la librería y empujó la puerta, haciendo sonar la campanilla que anunciaba su entrada. El aroma a libros antiguos y papel nuevo lo envolvió de inmediato. Al mirar alrededor, vio a Amelia detrás del mostrador, concentrada en escribir algo en un papel. Su corazón dio un vuelco al verla.

—Buenos días, señorita Fairburn —saludó Weston con una sonrisa.

Amelia levantó la vista, su corazón comenzó a latir con rapidez, no quería enfrentar su error en ese momento, antes tenía que prepararse.

—Buenos días, Lord Blackwood. ¿En qué puedo ayudarlo hoy?

Weston se acercó al mostrador, tratando de mantener la compostura. No quería parecer demasiado ansioso, aunque su corazón latía con fuerza.

—En realidad, vine a ver cómo estaba. No he podido dejar de pensar en nuestra última conversación —dijo Weston, mirándola a los ojos.

Amelia sintió un rubor en sus mejillas y bajó la mirada, tratando de concentrarse en la lista de

libros que estaba escribiendo.

—Estoy bien, gracias. Solo estoy ocupada con algunos pedidos de clientes —respondió, tratando de sonar casual.

Mientras Amelia hablaba, Weston notó la caligrafía en el papel. Algo en esa escritura le resultaba familiar. Cuando Amelia se distrajo por un momento para buscar un libro en una estantería cercana, Weston aprovechó la oportunidad para coger el papel y examinarlo más de cerca.

Sus ojos se abrieron con sorpresa al darse cuenta de que la caligrafía de Amelia era muy parecida a las cartas que su hermano Evan había estado recibiendo. A la carta que le había mostrado lord Grayhill ¿Podría ser que Amelia fuera la autora?

Weston levantó la vista y la miró con intensidad. Ella estaba de espaldas, eligiendo libros. Se quedó en silencio por un momento, procesando la información. No sabía si sentirse traicionado o iracundo. Estaba casi seguro de que Amelia era la autora de las cartas, en especial de aquella carta que difamaba a su hermano. Pero decidió guardar silencio, quería estar seguro antes de lanzar una acusación, por lo que guardó el papel en su bolsillo.

—Solo pasé un rato, estaba aquí cerca y quise ver si estaba mejor de salud —mintió Weston, y se fue sin despedirse.

Amelia se sintió confundida, pero también aliviada. Estaba buscando las palabras correctas para hablar con él, para confesarle lo que había hecho, para suplicar su perdón. Caminó hasta la vidriera y vio como se subía con rapidez a su carruaje. Salió a la vereda y se quedó observando hasta que lo perdió de vista.

—¿Qué miras? —dijo Sheldon desde atrás.

—Me asustaste—se llevó las manos al pecho—, lord Blackwood estuvo aquí, entró me saludó, pero después se fue sin despedirse.

—Qué raro —dijo Sheldon.

—Tienes razón —afirmó Amelia.

—Entremos, así me cuentas más sobre esta fugaz visita —la invitó Sheldon.

El fuego en la chimenea crepitaba con suavidad en el estudio de la mansión Blackwood. Weston sirvió dos vasos de brandy con el semblante serio, mientras Evan permanecía de pie junto a la ventana, mirando hacia la oscuridad del jardín. El silencio entre ellos era pesado, cargado de palabras no dichas y recuerdos que ninguno de los dos quería traer al presente, pero que ya no podían evitar.

—Evan —comenzó Weston, extendiéndole un vaso—. Es hora de que hablemos de Sophie.

Evan tensó los hombros, pero no rechazó el brandy. Dio un sorbo largo antes de girarse hacia su hermano, con una sonrisa amarga en los labios.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que la amaba? ¿Que la quería más de lo que nunca debí? ¿Que todavía la sueño algunas noches?

Weston lo observó con calma, permitiéndole hablar sin interrupciones.

—Ella nunca me quiso de la misma manera, Weston. No como yo la hacía. Para Sophie, yo era... —Evan soltó una risa seca—. Un refugio, alguien que la escuchaba cuando no tenía a nadie más. Y yo, como el idiota que soy, me aferré a eso.

Weston tomó asiento, cruzando las piernas y sosteniendo su vaso con firmeza.

—No eras un idiota, Evan. Sophie te necesitaba, aunque quizá no de la forma en que tú querías.

—¿Y eso qué importa? —respondió Evan, con amargura—. Su padre quiso comprometerla conmigo para cubrir su embarazo. Ese poeta, ese maldito que la dejó sola, fue el verdadero culpable de todo. Pero cuando me negué... cuando supe que no era yo quien debía cargar con el peso de ese escándalo, la comprometieron con ese viejo conde.

Weston frunció el ceño, pero no dijo nada, dejando que Evan continuara.

—¿Sabes lo peor de todo? —Evan apretó el vaso entre sus manos, con la mirada perdida en un punto imaginario—. Sophie no quería casarse con él. Me lo dijo una y otra vez, llorando. Yo intenté convencerla de que escapara, de que había otra salida, pero ella...

Evan cerró los ojos.

—Ella no veía ninguna. Y cuando se quitó la vida, Weston, no pude hacer nada.

Weston dejó el vaso sobre la mesa con un ruido seco.

—Hiciste más de lo que cualquiera hubiera hecho. La protegiste incluso después de su muerte.

Evan asintió, con un gesto lento y cargado de resignación.

—Dejé que se pensara que fue por mí, que había sido yo quien la deshonró. Era mejor eso que manchar su memoria con la verdad.

El silencio se instaló de nuevo entre ellos, roto solo por el crepitar del fuego. Weston volvió a hablar, con tono firme, pero comprensivo.

—No puedes seguir cargando con esto. Lo que pasó con Sophie no fue tu culpa. Su familia, sus decisiones... todo estaba fuera de tu control.

Evan no respondió. En lugar de eso, terminó su brandy de un trago y se dirigió a la puerta.

—Buenas noches, Weston.

Sin esperar una respuesta, subió a su habitación, donde los recuerdos lo aguardaban como un viejo conocido. Cerró la puerta tras de sí y fue directamente a su escritorio. Abrió un cajón y sacó una carta cuidadosamente guardada.

No era la letra de Sophie, aunque le resultaba familiar, pero cada palabra escrita en esa carta

era una mentira tejida por su madre. Evan lo sabía desde el principio.

Leyó la carta una vez más, como lo había hecho tantas veces. Sophie jamás le había dicho esas palabras. Jamás habían intimado, como la carta insinuaba. Ella era su amiga, su confidente, y aunque él había deseado algo más, nunca cruzaron esa línea.

Sabía que la carta era una treta de la madre de Sophie, para forzar el compromiso, pero aún así, no pudo ignorarla. Guardar la carta era su forma de mantener vivo ese dolor que no lo dejaba.

Dobló el papel con cuidado, y cuando lo iba a devolver a su lugar, volvió a mirarlo, cómo no se había dado cuenta, es la misma letra de las cartas que había estado recibiendo. Carta en mano fue hacia el estudio, cuando llegó se puso a revolver el cajón donde Weston ponía la correspondencia, encendió una lámpara de aceite y las comparó, era la misma caligrafía.

Weston entró al estudio, con la hoja que había robado a Amelia quemándole en la mano, al toparse con Evan, sentado en su silla, con las cartas desparramadas sobre el escritorio se sobresaltó.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—¿Tú qué haces despierto todavía? —rebatía Evan.

—Vine a revisar unos papeles que necesito para mañana a primera hora —mintió Weston.

—Hermano, mirá —dijo Evan, y le entregó la carta de Sophie—. Es la misma letra de estas cartas, menos de esta. —Sostuvo la carta que le había sacado el sueño por mucho tiempo a Weston—. ¿A qué dama ibas a enviar algo así?

—Es una larga historia, Evan, pero sí, es la misma letra —confirmó Weston—. Creo que sé quién es la autora —dijo, y comparó la letra de la lista de Amelia con las cartas.

Luego se dejó caer en el sillón, con la mirada fija en el papel que tenía en la mano.

Amelia avanzaba con lentitud por las calles adoquinadas, mientras repasaba lo que iba a decir con el corazón acelerado. Cada paso que daba hacia la mansión del conde Grayhill parecía intensificar sus nervios. No era una decisión que hubiera tomado a la ligera, pero sabía que esta conversación era inevitable.

Había pasado un par de semanas reflexionando sobre lo que debía hacer. Las palabras de Evan Blackwood seguían resonando en su mente, así como el persistente consejo de Sheldon y su padre. La única manera de corregir sus errores era enfrentarlos.

Se detuvo frente a la imponente residencia rodeada de jardines impecables. Amelia descendió, alisando el sencillo pero elegante vestido que había elegido para la ocasión. Un lacayo la condujo al vestíbulo, y después de un breve intercambio con el mayordomo, le informaron que el conde Grayhill estaba disponible para recibirla.

Cuando entró al salón principal, se encontró con un hombre de edad, de porte distinguido, que la observaba con curiosidad desde un sillón junto a la chimenea. El conde se levantó al verla entrar, inclinando ligeramente la cabeza en señal de saludo.

—Señorita Fairburn —dijo con voz grave—. Me intriga su visita. Por favor, tome asiento.

Amelia respiró hondo y se sentó en el sillón frente a él, manteniendo la compostura.

—Lord Grayhill, le agradezco que me reciba —comenzó, tratando de sonar segura a pesar del temblor en sus manos—. He venido a hablar con usted sobre un asunto de suma importancia.

El conde cruzó las piernas con elegancia, y la observó con curiosidad.

—Estoy escuchando.

Amelia hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas.

—Sé que mi nombre no le resulta familiar —continuó—. Hace algunos meses, usted recibió una carta anónima que hablaba de ciertas sospechas sobre lord Blackwood —suspiró, mientras apretaba contra su regazo sus manos cruzadas, para parar el ligero temblor—. Esa carta fue escrita por mí —confesó.

El conde no pareció sorprendido, aunque sus ojos adquirieron un brillo de interés.

—Adelante —dijo con calma, como si estuviera acostumbrado a escuchar confesiones inesperadas.

Amelia tragó saliva antes de continuar.

—En ese momento, pensé que estaba actuando en defensa de lady Sophie, creyendo que lord Blackwood había cometido una terrible injusticia. Pero me equivoqué. No conocía la historia completa, y actué de manera precipitada basándome en suposiciones.

El conde apoyó el mentón en su mano, escudriñando con la mirada el rostro de Amelia.

—Entonces, según lo que me está diciendo, la información contenida en esa carta no era del todo cierta.

—Es así, milord, he cometido una equivocación y estoy aquí para asumir las consecuencias de mis actos —admitió Amelia, sintiendo que un peso enorme se levantaba de sus hombros al decirlo en voz alta—. Desde entonces, he descubierto la verdad. Lady Sophie estaba en una situación delicada, y lord Blackwood, lejos de ser el despreciable hombre que imaginé, hizo todo lo posible por ayudarla. Mi intención nunca fue causar daño, pero reconozco que mis acciones fueron irresponsables.

El conde permaneció en silencio por un momento, y el sonido del fuego crepitando en la chimenea llenó el espacio. Finalmente, habló.

—Es inusual que alguien admita un error con tanta franqueza, señorita Fairburn. Sin embargo, debo preguntarle: ¿qué espera lograr con esta confesión?

Amelia levantó la barbilla, tratando de mostrar seguridad.

—Espero enmendar el daño que pude haber causado. Sé que el compromiso entre su hija y lord Blackwood fue roto, y no puedo evitar sentirme responsable por las dudas que sembré. Quiero que usted sepa la verdad, para que pueda tomar sus decisiones sin ninguna sombra de malentendidos.

El conde la miró con atención, como si intentara discernir la sinceridad detrás de sus palabras.

—El compromiso se ha roto, sí, pero no fue únicamente por la carta —dijo lord Grayhill—. Fue evidente que mi hija y lord Blackwood no compartían la conexión necesaria para un matrimonio exitoso. Su carta pudo haber precipitado los eventos, pero no fue el único factor.

Amelia se quedó en silencio, procesando sus palabras. Al menos ahora sabía que no había sido la única causa del rompimiento.

—Aprecio su honestidad, señorita Fairburn —continuó el conde—. Y aunque no puedo cambiar lo que ocurrió, respeto su decisión de venir aquí y aclarar las cosas.

Amelia asintió, aliviada por su respuesta.

—Gracias, milord. Mi único deseo era ser honesta con usted.

El conde se levantó, indicando que la conversación había llegado a su fin. Amelia hizo lo mismo, inclinándose levemente en señal de respeto.

—Le deseo lo mejor, señorita Fairburn —dijo el conde, acompañándola hasta la puerta—. Y si me permite un consejo: no vuelva a meter su cuchara en asuntos ajenos, tiene suerte de haberse topado con personas como yo o lord Blackwood, pero otros ya la hubieran metido presa por calumnias e injurias.

Amelia lo miró, en su interior se mezclaban: el miedo, la gratitud y el alivio. Sin embargo, no respondió, simplemente inclinó la cabeza en agradecimiento antes de salir de la mansión.

Cuando comenzó a alejarse, Amelia se dio cuenta de que su visita a lord Grayhill había sido el

primer paso, aún quedaba un desafío mayor por enfrentar: hablar con Weston.

Amelia apenas había sacado el cartel a la acera esa mañana cuando el sonido de pasos firmes en el pavimento resonó en la tranquila calle, al levantar la vista, vio a Evan Blackwood aproximarse. Su porte distinguido y su rostro calmado no daban indicios de la razón de su visita, pero era obvio a qué venía.

La ansiedad y la culpa se apoderaron de Amelia.

—Lord Blackwood —lo saludó, intentando mantener una compostura tranquila.

Evan sonrió, haciendo una ligera inclinación de cabeza.

—Señorita Fairburn, lamento presentarme sin previo aviso, pero me temo que tengo algo importante que hablar con usted.

Amelia arrugó el gesto, el momento de enfrentar a los Blackwood había llegado.

—Por supuesto. ¿Quiere acompañarme? —lo invitó, señalando con la mano la puerta.

Evan asintió, y juntos entraron a la librería. Amelia lo guió hacia la trastienda y le ofreció un asiento frente a su escritorio, y él aceptó con cortesía.

—Sé que mi visita puede parecer extraña, pero sentí que era necesario hablar con usted cara a cara —comenzó Evan, mientras la miraba a los ojos—. Weston está perdidamente enamorado de usted.

Amelia sintió que el aire abandonaba sus pulmones de golpe. Abrió la boca para responder, pero ninguna palabra salió.

—Lo sé todo —continuó Evan, con una calma que contrastaba con la conmoción de Amelia—. Sé sobre la carta que envió a lord Grayhill y sobre las demás cartas, incluso la de Sophie. Pero lo que más sé, señorita Fairburn, es que Weston no tiene ni un ápice de interés en cualquier otra mujer. Solo en usted.

—Eso es... imposible —balbuceó Amelia, sintiendo cómo sus pensamientos se atropellaban unos con otros—. Weston es... Él y yo... es complicado...

Evan levantó una mano para detenerla.

—Sé que esto puede parecer confuso, pero necesito que me escuche. Weston está más gruñón que nunca, y créame, eso es decir poco. Cuando Sarah y yo nos comprometimos, pensé que todo se calmaría, pero no ha sido así. Y no porque Weston desaprobe mi decisión, sino porque está consumido por sus propios sentimientos.

Amelia no sabía qué responder. La mención de Sarah y el compromiso hizo que un torrente de emociones la invadiera.

—¿Sarah? —preguntó en voz baja.

Evan asintió, con una sonrisa serena.

—Sí, Sarah y yo nos comprometimos oficialmente hace unas semanas. Nos casaremos en un

mes. No fue algo planeado al principio, pero ahora que la conozco más, creo que podemos ser felices juntos.

La confesión de Evan alivió una parte de la culpa que Amelia había cargado desde que escribió aquella fatídica carta. Sin embargo, también despertó otra emoción, una que no esperaba: celos. No de Sarah, sino hacia la posibilidad de un futuro claro y estable, algo que ella no podía imaginar para sí misma.

—Me alegra escuchar eso, lord Blackwood —dijo, con una sonrisa forzada—. Sarah es una joven encantadora, y estoy segura de que encontrarán la felicidad juntos.

Evan inclinó la cabeza, agradeciendo sus palabras.

—Pero no vine para hablar de mí —continuó, su tono se volvió más serio—. Vine porque creo que Weston necesita escuchar la verdad de su parte. No estoy ciego, señorita Fairburn. Lo conozco mejor que nadie, y sé que su mal humor no es más que la manifestación de su frustración. Mi hermano no sabe cómo manejar sus sentimientos hacia usted, pero estoy seguro de que lo que siente es real.

Amelia negó con la cabeza, sintiendo el peso de las palabras de Evan asentándose sobre sus hombros.

—No sé si podría enfrentarme a él —admitió en voz baja—. Después de todo lo que he hecho, no estoy segura de que quiera escucharme. Yo misma no me daría esa oportunidad.

Evan sonrió con algo de compasión, y se inclinó hacia ella.

—Señorita Fairburn, si algo he aprendido en todos estos años, es que mi hermano puede ser un hombre obstinado, pero también es alguien que valora la sinceridad. Usted tiene la oportunidad de enmendar lo ocurrido y, quién sabe, tal vez abrir la puerta a algo que ambos merecen.

Amelia lo miró, con la duda bailando en sus ojos. La idea de enfrentarse a Weston la aterraba, pero las palabras de Evan despertaron una chispa de esperanza. ¿Y si tenía razón? ¿Y si hablar con Weston era lo que ambos necesitaban para seguir adelante, juntos o por caminos separados?

—Lo pensaré —accedió, sin comprometerse del todo. Necesitaba procesar lo que Evan le dijo y prepararse mental y espiritualmente para hablar con Weston.

Evan se levantó, alisando su chaqueta con elegancia.

—Eso es todo lo que puedo pedir. Pero recuerde esto, señorita Fairburn: las oportunidades no siempre se presentan dos veces. No deje que el miedo le robe lo que podría ser el amor de su vida.

Con esas palabras, Evan se despidió y salió de la librería, dejando a Amelia sola con sus pensamientos.

Pasaron varios minutos antes de que Sheldon entrara, con el ceño fruncido al notar la expresión preocupada de su amiga.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó, dejando un libro sobre la mesa.

Amelia suspiró, recostándose en el respaldo del sillón.

—Evan Blackwood estuvo aquí. Me dijo que Weston siente algo hacia mí.

Sheldon abrió los ojos, sorprendido.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—No lo sé —admitió Amelia, cubriéndose el rostro con las manos—. No sé si puedo enfrentarme a él después de todo lo que ocurrió.

Sheldon se sentó frente a ella, cruzando los brazos.

—Amelia, ¿desde cuándo eres cobarde? Has enfrentado situaciones mucho más difíciles que esta. Si Weston de verdad te quiere, entonces mereces darle una oportunidad para que te lo demuestre.

Amelia lo miró, considerando sus palabras. Una parte de ella sabía que Sheldon tenía razón, pero el miedo seguía aferrado a su corazón. Sin embargo, mientras más pensaba en lo que Evan le había dicho, más sentía que tal vez había llegado el momento de dejar de huir de sus errores, y más que nada, de sus sentimientos.

Esa noche, Amelia se quedó despierta mucho más tarde de lo habitual, reflexionando sobre las palabras de Evan y Sheldon. Cualquier decisión que tome podría cambiar su vida para siempre, y aunque el miedo seguía presente, también lo estaba la posibilidad de un futuro lleno de amor y redención.

28

Amelia había caminado más de lo usual aquella tarde, intentando despejar la mente. Su encuentro con lord Grayhill había dejado emociones encontradas y una sensación de que había comenzado a reparar los errores del pasado, pero también sabía que aún había cosas por resolver. Y esas cosas estaban relacionadas con Weston Blackwood.

Se detuvo frente al lago del parque, observando cómo las hojas otoñales flotaban en el agua, formando remolinos con cada ráfaga de viento. Las palabras del conde Grayhill y en las de Evan quien le había sugerido hablar con Weston, se repetían en su mente una y otra vez, y aunque aún dudaba, sabía que no podía seguir postergando lo inevitable.

—Señorita Fairburn.

La voz profunda y familiar de Weston interrumpió sus pensamientos. Amelia giró con brusquedad, sorprendida y temerosa, encontrándose con su imponente figura. Él estaba ahí, de pie, con una expresión seria y algo más que no pudo identificar de inmediato.

—Lord Blackwood —respondió con un leve temblor en la voz—. Qué coincidencia encontrarlo aquí.

Él ladeó la cabeza, escudriñando con la mirada.

—¿Coincidencia? No estoy tan seguro. Parecería que el destino disfruta de jugar con nosotros.

Amelia sintió su rostro ruborizarse, pero se obligó a mantener la compostura.

—Si tiene un momento, hay algo que me gustaría decirle —dijo con firmeza, aunque por dentro sus pensamientos estaban desordenados.

Weston hizo un gesto, indicando que continúe.

—Sé que esta conversación puede no ser del todo grata, pero necesito aclarar ciertas cosas —comenzó, evitando su mirada al principio, pero al final reunió el coraje para enfrentarlo—. Sobre la carta que envié a lord Grayhill...

Él alzó una ceja, pero no la interrumpió, lo que ella tomó como una señal para continuar.

—La escribí basándome en información incompleta. Pensé que estaba protegiendo a alguien, pero me equivoqué. Desde entonces, he descubierto la verdad sobre lady Sophie y... Evan me ha contado todo lo que en realidad ocurrió. Necesito su perdón, milord.

El rostro de Weston permaneció imperturbable, pero algo en su mirada se suavizó.

—Entonces, ya sabe que yo no tenía nada que ver, y que mi hermano jamás fue el villano en esa historia —dijo en tono neutral.

Amelia sintió como el peso de la culpa caer sobre ella una vez más.

—Sí, lo sé. Y me arrepiento profundamente de haber causado confusión. Jamás fue mi

intención lastimar a nadie, y menos a usted o a su familia.

Weston suspiró y se cruzó de brazos, desviando la mirada hacia el lago por un momento antes de hablar.

—Agradezco su honestidad. Pero hay algo que aún no entiendo. Si sabía que la carta podría generar problemas, ¿por qué decidió enviarla?

Ella bajó la mirada, incapaz de sostener la intensidad de su interrogatorio.

—En ese momento, estaba cegada por la rabia y el dolor ajeno. Creí que estaba haciendo lo correcto.

Hubo un silencio tenso entre ellos, roto únicamente por el susurro del viento y el crujir de las hojas bajo sus pies. Weston habló, suavizando el tono de su voz.

—No puedo negar que su carta tuvo consecuencias. Pero también me hizo reflexionar sobre mis propias acciones. El compromiso con lady Sarah nunca tuvo una base sólida, y aunque al principio creí que estaba haciendo lo correcto para Evan, me di cuenta de que no sería justo continuar con algo que ni él ni lady Sarah querían.

Amelia levantó la vista, sorprendida. Weston continuó hablando.

—Para los hombres, el matrimonio es una responsabilidad que implica la continuidad del apellido y administrar los bienes, el amor suele quedar en segundo plano, reemplazado por una evaluación práctica del carácter, la dote y la posición social de la potencial esposa. Sin embargo —la observó, y su mirada se suavizó—, el corazón humano, incluso bajo las más estrictas normas, no puede ser completamente domado. Al final, Evan y Sarah se van a casar, eso es lo importante.

Ella asintió con lentitud.

—Así es, milord.

Hizo una pausa, mirándola directamente a los ojos.

—Yo también merezco algo más... —Weston dejó la frase sin terminar, y se acercó a ella.

El corazón de Amelia dio un vuelco, pero se obligó a mantener la calma.

—Milord... no entiendo lo que quiere decir.

Él dio un paso más cerca de ella, su mirada era intensa y sincera.

—Lo que quiero decir, señorita Fairburn, es que me importa más de lo que debería. Desde que la conocí, no he podido dejar de pensarla. Y, aunque me resisto a admitirlo, creo que el afecto que siento hacia usted es genuino.

La respiración de Amelia se aceleró, incapaz de procesar lo que acababa de escuchar.

—Pero... ¿cómo puede decir eso? Después de todo lo que he hecho, ¿después de la carta?

Weston negó con la cabeza, y una leve sonrisa curvó sus labios.

—Porque la verdad siempre encuentra su camino, señorita Fairburn. Y porque, a pesar de

todo, veo en usted a una mujer valiente, apasionada y con un corazón noble.

Ella lo miró, conmovida por sus palabras, pero también sintiendo un calor reconfortante en su interior.

—No sé qué decir... —murmuró, incapaz de sostener su mirada por más tiempo.

Weston dio un paso atrás, dándole espacio.

—No tiene que decir nada ahora. Pero quería que lo supiera. Y, si me permite, quisiera demostrarle que mis intenciones hacia usted son sinceras.

Amelia asintió, sin saber cómo responder.

—Necesito tiempo para procesar todo esto... pero agradezco su generosidad.

Weston inclinó la cabeza, aceptando su respuesta.

—Tómese todo el tiempo que necesite. Estaré esperando.

Sin añadir más, él se despidió con una inclinación formal y comenzó a caminar hacia la salida del parque. Amelia lo observó alejarse, en su mente se mezclaban todo tipo de pensamientos.

Sabía que aún había mucho por resolver, pero por primera vez en semanas, sintió que había esperanza, una tenue, pero real. Y eso era más de lo que había esperado encontrar.

EPÍLOGO

La luz del sol entraba a raudales en el salón principal, iluminando la estancia con un calor acogedor que anunciaba la llegada de la primavera. Amelia estaba sentada en el amplio escritorio, una pluma en la mano y una hoja en blanco frente a ella. Aunque la rutina de escribir no le era ajena, esta vez el contenido tenía un propósito completamente distinto. Ya no escribía cartas en nombre de desconocidos o como herramienta de venganza. Ahora, se dedicaba a escribir novelas de romance.

Lord Blackwood, o Weston, como ella había aprendido a llamarlo en los momentos más íntimos, entró al salón con un libro en la mano. Vestía de manera casual, sin las rígidas chaquetas ni corbatas que solía llevar en público. Su rostro relajado y su mirada serena era el reflejo de un hombre que había encontrado un refugio en el amor que compartía con Amelia.

—¿Qué escribes hoy? —preguntó él, acercándose para dejar el libro sobre una mesa lateral.

Amelia alzó la vista, y una sonrisa se dibujó en sus labios. Había algo en la forma en que él la miraba que le hacía sentir como si fuera la única persona en el mundo.

—Un nuevo capítulo —respondió, haciéndose la misteriosa mientras lo observaba con una chispa de travesura en los ojos.

—¿Puedo leerlo? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia ella, y sus labios se curvaron en una sonrisa cómplice.

—Todavía no —respondió Amelia, dejando la pluma a un lado y extendiendo la mano hacia él.

Weston tomó su mano y la llevó a sus labios, depositando un beso suave en sus nudillos antes de sentarse junto a ella. Su gesto era sencillo, pero estaba cargado de significado, como todos los momentos que compartían desde que habían decidido dejar atrás las máscaras y mostrarse tal como eran.

—¿Qué podríamos ocultarnos, viviendo bajo el mismo techo? —preguntó él, aunque la calidez en su tono indicaba que en realidad no esperaba una respuesta.

Amelia lo miró con ternura.

—Las palabras tienen poder, Weston. No porque no podamos decirlas en voz alta, sino porque al escribirlas, las hacemos eternas.

Él asintió, como si considerara sus palabras, y luego arqueó una ceja.

—¿Y qué has escrito hasta ahora? —insistió.

Amelia soltó una risita suave y giró la hoja hacia él para que pudiera leer. Las primeras líneas hablaban de sus primeros encuentros, del desprecio inicial que había sentido hacia él y de cómo, poco a poco, esa fachada de arrogancia se había desmoronado para revelar a un hombre lleno de matices y complejidades. Era una mezcla de recuerdos, reflexiones y promesas para el futuro.

Weston leyó en silencio, sus ojos se movían con rapidez por las líneas que Amelia había trazado con tanto cuidado. Al llegar al final, alzó la vista hacia ella, con la expresión llena de una emoción que no necesitaba palabras.

—Es hermoso —dijo, con la voz cargada de sinceridad—. Aunque creo que has sido demasiado indulgente conmigo en algunas partes.

Amelia sonrió, sacudiendo la cabeza.

—No es indulgencia. Es la verdad tal como la veo. Y creo que, después de todo lo que hemos pasado, merecemos ser un poco generosos con nosotros mismos.

Él tomó su mano de nuevo, entrelazando sus dedos con los de ella. Por un momento, ninguno de los dos habló, pero no era necesario. El silencio entre ellos estaba lleno de entendimiento.

—¿Sabes? —dijo Weston, rompiendo el silencio—. Quizás sea hora de que yo también escriba algo.

Amelia lo miró con curiosidad.

—¿Tú? ¿Escribiendo? Pensé que ese era mi terreno.

—Quizás lo es —admitió él, inclinándose hacia ella—, pero he aprendido que hay cosas que vale la pena intentar, incluso si no soy un experto en ellas. Y creo que expresar lo que siento por ti merece el esfuerzo.

Amelia no pudo evitar sentirse conmovida por sus palabras. Ellos habían cambiado tanto desde aquellos primeros encuentros. Aunque seguía siendo reservado por naturaleza, aprendieron a abrirse el uno al otro de una manera que nunca habrían imaginado posible.

—Entonces escribe —dijo, desafiándolo con una sonrisa—. Pero no esperes que sea fácil. Esto requiere práctica.

Él rió con suavidad, su risa resonó en el salón como una melodía que ella nunca se cansaba de escuchar.

—¿Me permite usar su escritorio, milady? —preguntó, poniéndose de pie y haciendo una exagerada reverencia.

Amelia le cedió el lugar, levantándose y sentándose en un sillón cercano mientras lo

observaba tomar la pluma con cierta torpeza. Había algo entrañable en verlo inclinarse sobre el papel, con el entrecejo arrugado mientras trataba de plasmar sus pensamientos.

Mientras lo miraba, Amelia sintió una oleada de gratitud. Había sido un camino complicado para llegar a este punto, pero cada obstáculo, cada malentendido, había valido la pena. Ahora, estaban construyendo algo juntos, algo que no dependía de la perfección, sino de la honestidad y el esfuerzo.

El tiempo pasó, y Weston finalmente levantó la vista, sosteniendo la hoja como si fuera un tesoro.

—Creo que he terminado —anunció, en tono triunfal.

Amelia se acercó, tomando la hoja de sus manos. Sus ojos recorrieron las líneas con rapidez, y a medida que leía, sintió cómo su corazón se llenaba de emoción. Las palabras de Weston eran simples, pero cada una estaba cargada de una sinceridad que la conmovió. No era un escritor profesional, pero lo que había plasmado en el papel era puro y auténtico.

—Es perfecta —dijo finalmente, levantando la vista para encontrarse con su mirada.

Weston sonrió.

—Entonces supongo que podemos llamar a esto un éxito —dijo, extendiendo una mano hacia ella.

Amelia se puso de pie y la tomó, permitiendo que él la acercara hasta que sus rostros estuvieran a pocos centímetros de distancia.

—Es más que un éxito, Weston. Es el comienzo de algo nuevo.

Y mientras el sol seguía brillando, llenando la habitación con su cálida luz, Amelia y Weston permanecieron allí, unidos por las palabras que habían compartido y por las promesas que aún quedaban por escribir.

CARTAS SECRETAS

Lydia acepta un puesto como institutriz en la mansión de los condes de Wycliffe. Su responsabilidad será educar y cuidar de Rose, quién quedó huérfana y bajo el cuidado de lord Wycliffe, su tío paterno, cuya llegada a la mansión marca el comienzo de un torbellino de emociones y revelaciones inesperadas.

Pronto Lydia se ve atrapada entre su deber y una atracción inesperada hacia el nuevo conde, un sentimiento que amenaza con desbaratar todo lo que ha trabajado por proteger. En un mundo lleno de secretos y deberes familiares, Lydia tendrá que decidir hasta dónde está dispuesta a llegar por la verdad y el amor.

Pasión Y Letras

BOOKS BY THIS AUTHOR

Drake Ragon

Madeleine Defevre es una dulce joven recién graduada en empresariales que acaba de salir de una tormentosa relación. Cuando está desesperada por encontrar un empleo para poder costear los gastos de su apartamento, recibe una misteriosa carta de Ragon Enterprises invitándola a pasar seis meses como pasante. Drake Ragon es el primogénito de un antiguo linaje de dragones cuyo fin es proteger a la raza humana. Él es sombrío y calculador, con secretos que si llegaran a desvelarse pondrían en peligro a toda la humanidad. Es el próximo en la línea para recibir el mando de la empresa y la familia. Pero la llegada de una joven pasante pone su mundo patas arriba, haciéndolo dudar hasta de su propia naturaleza.

Pasión De Fuego

Cuando Amelie, una joven novicia, decide dar cobijo una noche a un hombre herido, no sabe en lo que se está inmiscuyendo. El herido no es otro que el laird Declan McOwen, que la saca del convento y la lleva con él a su castillo. Allí, Amelie descubre que Declan no solo es un hombre que despierta en ella una pasión indescriptible, sino que, además, no es tan humano como aparenta.

Ardiente Deseo

Escocia, finales del siglo XVIII

La rebelión jacobita ha puesto un alto a los planes del laird Ragon de casar a su hija mayor, Enya. Con veinte años y un carácter rebelde, la joven ha aceptado que su destino es tomar los hábitos o resignarse a un matrimonio sin amor.

Bruce ha sido entrenado desde niño para cazar dragones, unas temibles criaturas que adoptan forma humana y se ocultan entre los clanes de las Highlands. Ahora tiene una última misión: acabar con la hija soltera del laird Ragon antes de que tenga descendencia.

Sin embargo, las cosas no son siempre tan simples, y el amor llega en el lugar y el momento menos esperado.

¿Puede un cazador enamorarse de su presa?

Hasta Que Me Pidas

Él la necesita más que al aire para respirar, ella necesita respirar...

Alice y Chris están conformes con su relación de sexo sin compromiso, pero los sentimientos

reales empiezan a aflorar ante el inminente compromiso de él con otra mujer, complicándolo todo.

Posiblemente nunca será nada serio. Justamente en eso se basa lo que ambos comparten: en la libertad de no estar bajo presión y el secreto que tienen es más emocionante que una relación común.

Hasta ahora, Alice, no tuvo problema con eso, pero con la aparición de la hija del nuevo socio de Chris, empieza a dudar de todo lo que había vivido hasta el momento.

Alice y Chris lucharán contra las intrigas, los malentendidos, los celos, y una cosa que ambos desconocían o ignoraron a conciencia: el afecto más allá del sexo.

Siempre Hacia Ti

Inglaterra, 1817

Los planes de Agnes Harvey de participar en su primera temporada se ven truncados por la repentina muerte de su padre, el coronel Sir Charles Harvey. Sin familia y sin dinero, acepta convertirse en la dama de compañía de su vecina, la anciana lady Devonhill.

Martin Raymond Slade, Vizconde de Devonhill, regresa a Inglaterra con la noticia del deterioro de la salud de abuelo, después de luchar en Waterloo y pasar dos años en París junto al ejército de ocupación. Con su nuevo título llega la responsabilidad de un condado menoscabado por la guerra, y también la necesidad de encontrar una esposa acorde a su estatus. Sin embargo, la única mujer que consigue llamar su atención es la humilde pero bella dama de compañía de su abuela.

Un Caballero Imprefecto

¿Cómo reaccionarías si el hombre perfecto saliera de las páginas de tu libro preferido?

¿Sería tan perfecto?

Jane es una chica que vive sumergida en sus libros, una romántica empedernida que sueña con que el príncipe azul venga a su rescate montado en su Lamborghini Diablo. Aquel que, con solo mirarla, despierte en ella la pasión desenfrenada, como en los fantásticos libros que lee.

Pero ¿qué pasaría si su perfecto caballero saliera de las páginas de su libro favorito haciendo realidad sus sueños?

Es imposible ¿no?, aunque tal vez, para Jane, no. Sin embargo, una cosa es imaginarlo, y otra vivirlo...

Un Amor Prohibido

Marjorie Hamilton ha dedicado sus años casaderos a cuidar de su padre enfermo y su hermana menor, Josephine. Ahora, cerca de los treinta, soltera y sin dinero, no le queda otra que seguir a su hermana hasta Inglaterra, donde va a contraer matrimonio con un conde viudo.

Lord Jared Aberforth, conde de Bridgbury, se ha resistido durante años a volver a casarse tras la muerte de su mujer, pero ha decidido darle una segunda oportunidad al matrimonio. Josephine Hamilton es todo lo que debería desear: joven, educada, dulce y bella. Y, sin embargo, Jared no puede evitar que sus atenciones se desvíen a la hermana soltera de su prometida, la reservada Marjorie.

Ambos saben que el suyo es un amor imposible, que no deben ceder a los anhelos de sus corazones. ¿Cómo puedes amar a alguien cuando eso supone hacer daño a la persona más importante para ti?

Un Amor Del Pasado

Lady Katherine Cecil tiene suficiente con lidiar con el díscolo sobrino de su esposo fallecido, que está dispuesto a demostrar por todos los medios que su matrimonio no es legítimo para poder quedarse con la fortuna que ahora pertenece a ella. O eso cree, hasta que un amor del pasado aparece dispuesto a alborotar aún más su ya agitada vida.

Henry Donovan amó intensamente a una mujer, pero la perdió. Envuelto en el escándalo de la infidelidad de su esposa, jura que nunca más volverá a entregar su corazón. Sin embargo, un encuentro fortuito con su primer amor hará que tenga que replantearse si de verdad es tan sencillo negarse a amar de nuevo.

¿Podrán superar los obstáculos del pasado para encontrar la felicidad juntos?

La Niñera Del Señor Novak

A un año de acabar sus estudios, la familia de Julie lo pierde todo. Temiendo quedarse en la calle, la chica acepta a la desesperada una oferta de trabajo sospechosamente generosa. Enzo Novak, el antiguo jefe de su padre, millonario y filántropo, busca una niñera para su hija después de enviudar repentinamente. Pero Julie lo conoce mejor, sabe que la fachada de perfección que proyecta no es más que un engaño para incautos. Lo peor que puede hacer es ceder ante sus encantos, así que jamás lo hará. ¿O sí?

Dulce Tentación

Honey, hija de un acaudalado chocolatero, fue criada entre algodones. La repentina muerte de su padre la expone, a sus diecinueve años, a los buitres cazadores de fortunas y a su ambicioso primo, Charles. Con el secreto del éxito que su padre había mantenido celosamente guardado, debe tomar decisiones que afectarán toda su vida.

Edmon, heredero de un impúdico club de caballeros venido a menos, necesita conseguir dinero para hacer frente a las deudas de su padre. Desesperado, decide hacerse pasar por un noble

caballero en busca de esposa.

Cuando Honey se cruza en el camino de Edmon, él sabe que está pisando terreno peligroso; sin embargo, surge entre ambos un desbocado deseo que pone en peligro los planes de ambos. ¿Qué sucederá cuando los secretos sean revelados?

Anne - Primer Libro De La Sere "Los Fitzroy"

Anne, la mayor de las hermanas Fitzroy, ha pasado demasiadas temporadas sin encontrar al caballero ideal. Con un espíritu libre y pasión por la astronomía, ha rechazado numerosas propuestas matrimoniales. Sin embargo, al acercarse su cumpleaños número veintitrés la presión familiar para que se case aumenta.

Finn Cavendish, hijo menor del conde de Newshire, un hombre encantador y rebelde que evita el matrimonio por obligación, es un explorador que ha regresado recientemente de una expedición por Egipto.

Ambos deben enfrentarse a las expectativas de sus familias y la sociedad. Anne, como la mayor de las hermanas Fitzroy, siente la presión de casarse, mientras Finn lucha contra la imagen de irresponsable que lo persigue.

Su primer encuentro está marcado por el desprecio mutuo. Anne lo considera un libertino irresponsable, mientras que Finn la ve como una solterona fría y distante; sin embargo, una serie de eventos inesperados comienzan a acercarlos.